El humo de la gloria

Diego San José

Diego San José

EL HUMO DE LA GLORIA

NOVELA ANECDÓTICA

ALGUNAS OBRAS DE DIEGO SAN JOSÉ

NOVELAS

Mozas del partido
La bella malmaridada
Doña Constanza
El libro de horas
Puñalada de pícaro
El pecado mortal
La Mariblanca
Ginés de Pasamonte
La corte del Rey embrujado
La monja del amor humano
Una pica en Flandes
El sombrero del Rey
Cuando el motín de las capas
La estatua de nieve
Gratas memorias
El mesón de «El Sevillano»
El alma al Diablo

VERSOS

Rufianescas

Hidalgos y plebeyos

Libro de diversas trovas

Versos de capa y espada (en preparación)

ARTÍCULOS Y NARRACIONES

Los hijosdalgo del hampa

Mentidero de Madrid

La Monarquía, la Privanza y el Ingenio

Madrid fernandino

Mis mejores cuentos

El abogado del Diablo

TEATRO

Un último amor (comedia en un acto y en verso, precedida de un prólogo en prosa)

El bufón del Rey (tragedia en cuatro actos y en verso)

El primer novio (diálogo en prosa)

El semejante a sí mismo (refundición en tres actos)

La dama boba (refundición en tres actos)

El manteo prodigioso (sainete en un acto y en verso)

La ilustre fregona (comedia en un prólogo y tres actos en verso)

La gitanilla (comedia en un prólogo y tres actos en prosa)

La dama del buen amor (comedia en tres actos y en verso)

Espronceda (comedia romántica en tres actos y un epílogo en verso)

A la memoria de mi hija Lolita.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

«El Parnasillo»

La contaduría del viejo «corral» del «Príncipe» era, hasta hace poco, la única reliquia superviviente de la época romántica; aquella no muy distante de nuestros días, en que leyendo a Walter Scott, Goethe, Byron y Víctor Hugo, se hacían en España poetas como Espronceda, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Tassara; de aquel tiempo en que España comenzaba a despertarse de la horrible pesadilla absolutista y en la que el más grande de nuestros escépticos se levantaba la tapa de los sesos de un pistoletazo, porque no podía sufrir el desvío de una mujer veleidosa y banal.

Este reducido recinto era, por el entonces, el café llamado del «Príncipe», tomando su nombre del glorioso teatro que había al lado; cenáculo de nuestros ingenios más insignes y al que ellos mismos confirmaron llamándolo «El Parnasillo».

Varios eran a esta sazón los cafés en donde la gente de Madrid iba tomando afición a las tertulias que pudiéramos llamar públicas. «La Fontana de oro», de inmemorable recuerdo, inmortalizada por las ideas liberales y por haberla descrito la pluma inmortal que noveló la historia de España en el siglo XIX. Los otros establecimientos del mismo menester eran los de «Lorencini», «San Sebastián», «Levante», «La Cruz de Malta», «Santo Domingo», «Pombo», «Venecia», «Nuevo», «La iberia», «Sólito» y «El Morenillo», y aun había algunos hermanos menores, como eran las botillerías de «Canosa», «Calzadilla» y los «Balbases».

Cada uno de ellos, como ahora acontece, tenía su público determinado.

Los políticos acudían a «La Fontana» y a «Lorencini». También «Levante» tenía sus puntas y collares de congresillo, y hubo más de una vez en que las opiniones liberales de algún parroquiano exaltado dieron lugar a la clausura del establecimiento.

El de San Luis estaba tomado por los absolutistas y los Guardias de Corps, por lo que se hacía peligrosa la estancia en el local a todo el que no fuese acendrado partidario de los procedimientos fernandinos y de sus secretarios del «Despacho universal».

«San Sebastián» no era el mismo que había tenido por parroquianos a los Moratines, Iriartes, García de la Huerta y Hermosilla, el poeta académico y retórico que tradujo a Homero y a Virgilio y compuso un pretencioso *Arte de hablar en prosa y verso*, del que es lástima que no fuese él discípulo más aprovechado.

Mencionado solamente de pasada el café de «Pombo», donde, como ahora, acudían los parroquianos atraídos por la fama de la leche merengada y los barquillos rellenos, acaso este establecimiento y el «Nuevo» eran los únicos en que se seguía al pie de la letra la máxima de Moratín: «Al café se viene a tomar café».

El de «Venecia», que estaba en la plaza de Santa Ana, esquina con la calle del «Prado», era bolsa y contratación de comediantes. Había sucedido al *mentidero* que en los siglos XVII y XVIII tuvieron en la confluencia de las calles del «León» y del «Prado», y era el precursor de la calle de «Sevilla».

Volviendo al del «Príncipe», ya queda asentado que recogió la herencia de la «Fonda de San Sebastián» en sus primeros tiempos.

El mobiliario y aderezo de este recinto, que ha de ser primer lugar de acción de este libro, no era en verdad muy a propósito para pasarse las horas muertas, como ahora es uso en los de su clase. Lo componían unas cuantas sillas de Vitoria alrededor de algunas mesas de «pintado pino».

Adosados a las paredes, se hacían la ilusión de que iluminaban la reducida estancia unos «quinqués» que arrojaban más petróleo sobre los sufridos parroquianos que claridad encargada de vencer las cerradas tinieblas, aun encomendándoles el eco de sus mortecinas llamas a unos reverberos de latón que las moscas se encargaban de deslucir y el único camarero que servía en el establecimiento no se cuidaba de limpiar, ni siquiera una vez al año.

Completaban el mísero adorno unas cuantas cornucopias, que, sin duda, en los lejanos tiempos de su mocedad adornaron la saleta de alguna dama de la corte de Isabel de Farnesio.

En el centro, como madre de todas aquellas aceitosas luciérnagas, triunfaba una lámpara que acaso a la hora de esta, después de haber presidido durante muchos años el absurdo yantar de una casa de huéspedes, yacerá con vilipendio en algún tenderete de «El Rastro».

El mostrador estaba en el fondo, y en él se adivinaba, más que se veía, la figura del dueño.

Junto a esta especie de estrado, que tenía a la zaga un aparadorcillo, de la misma «sangre», se hallaban dos mesitas que parecían haber honrado privilegio sobre las demás. Ordinariamente solían ser ocupadas por unos graves señores, que dicen que eran gente de «campanillas», en las altas esferas de la política y de la diplomacia. Sus nombres, que andan hoy muy esparcidos por los folios de la Historia y las columnas de los diarios, eran los de Arriaza, Carnerero, Cuadra, Onís y alguno más, que, en fuerza de ser solo políticos de oficio, han de quedarse en el olvido, y tengo para mí que con ello no saldrá ganando poco su memoria.

No faltaban una sola noche.

Invariablemente tomaban sendas jícaras de chocolate, que ellos mismos, sin necesidad de que el mozo cumpliese con el menester de servirlas, alcanzaban del mostrador solo con tender la mano, y allí estaban un par de horas entretenidos, con mucho regodeo, en poner medias suelas y remiendos a la *cosa* pública.

Durante el día, apenas si entraba media docena de parroquianos a enjuagarse la boca y lavarse las tripas con un poco de agua teñida, a la que el mozo (descendiente directo de aquel invicto «Pipí» de la «Fonda de San Sebastián») llamaba hiperbólicamente «café»; pero, siendo las nueve de la noche, ya se transformaba el establecimiento completamente.

Y ello era desde hacía poco, en que los «hijos» de Apolo sintieron la necesidad de congregarse algo públicamente, pero lejos de los sitios adonde acudía demasiada plebe o se jugaba a la política con grave riesgo de la vida o de la libertad cuando menos; que aquellos tiempos no eran para mejor esperar.

Se había pasado ya la época en que se iba a leer *El Mercurio* y *La Gaceta*, en torno a un brasero de sartén, arrullado por los furibundos ronquidos del mozo, que dormía junto al mostrador, con tanto descuido y sosiego como bajo las raídas mantas de su revuelto catre…

***

Hacia las nueve, poco antes de comenzar la representación en el viejo coliseo, acudían los habituales tertulianos.

Solían ser de los primeros Carlos Latorre, el gran trágico, y Antonio de Guzmán, el notabilísimo gracioso, porque gustaban de tomar café y fumar su cigarro tranquilamente antes de entrar a representar la comedia.

Patricio de la Escosura también era de los madrugadores, y no solían hacerse esperar mucho tiempo Espronceda y Miguel de los Santos Álvarez.

Hartzenbusch y Bretón llegaban a poco, y muchas veces entraron a la par que ellos Gil de Zárate, Saavedra, Pezuela (ninguno de estos dos ostentaban todavía los títulos de duque de Rivas y conde de Cheste con que han pasado a la posteridad), Navarro Villoslada, Mesonero Romanos, «Fígaro», Zorrilla y Heriberto de Quevedo.

La entrada de Veguita, como todos llamaban familiarmente al futuro autor de *El hombre de mundo*, pues aún faltaba algún tiempo para que escribiera esta lindísima comedia, la mejor de cuantas salieron de su fecunda pluma; la entrada de Veguita, digo, solía ser ruidosamente efusiva, y su vena satírica siempre tenía dispuesta una burla ingeniosa y a la vez mordaz para algún camarada.

Una noche se presentó llevando prendido en la corbata un soberbio alfiler de oro, que representaba una cabeza de ciervo. Martínez Villergas, que, como es sabido, era terriblemente mordaz y de no buena índole, pues solamente injuriando y maldiciendo logró fama de ingenioso, miró muy atentamente la joya y, después de un buen espacio, preguntó a su dueño:

—¿Es retrato…?

A lo que el bueno de Ventura, que no le cedía en gracejo y mala intención, respondió en el acto, como si trajera preparada la respuesta:

—Es espejo…

CAPÍTULO II

Un nuevo ingenio

Cuando realmente se da comienzo a esta verídica historia era una de las más crudas noches del mes de febrero de 1837.

«Guadarrama» no parecía sino que tenía que vengar algún agravio con la Villa y Corte y la enviaba sus más recios resoplidos, con los que le limpiaba las calles, mucho mejor de lo que ordinariamente lo hacían los barrenderos del excelentísimo Ayuntamiento.

El Cielo se encargaba de regar después el piso y las casas tan copiosamente que dejaba la ciudad como si acabara de salir de las profundidades del Océano.

Por ninguna parte se encontraba alma viviente.

Los serenos, beneficiosos y nocturnos funcionarios que fueron instituidos en las postrimerías de la centuria anterior, dormitaban en los portales entreabiertos, teniendo en los quicios los faroles como guía de los transeúntes que tuvieran necesidad de sus servicios, o libaban de lo de la tierra en lo más profundo de las manolescas tabernas.

Las «rondas», que aún no habían perdido la vieja costumbre de llevar a la cabeza el alcalde de barrio o el celador de cuartel, no se columbraban en ninguna esquina.

En cambio, los capeadores y cofrades de Luis Candelas (que a la sazón estaba preso en la cárcel de Villa, esta vez bien seguro de no volver a salir si no era camino del patíbulo, que en su «honor» tendría que levantarse en las afueras de la Puerta de Toledo) campaban a sus anchas, aunque, si se ha de decir verdad, con muy poco o ningún provecho de su desaprensivo oficio, pero sin duda que no lo perderían todo y trabajarían a domicilio, sin miedo de que la policía los inquietara.

El café estaba desierto; allá en un rincón, intentando leer el «Diario de Avisos», con el auxilio de uno de los abominables quinqués de que ya queda hecha mención, se veía a Guzmán, el actor cómico de quien tanto gustaba Fernando VII; junto a él meditaba o dormitaba, con el inmenso «bombín» encajado hasta las cejas, el gran Latorre.

Alguna que otra vez, cuando la furia del viento sacudía terriblemente la débil y desvencijada vidriera que servía de frontera entre el café y la calle, alzaba Guzmán la

cabeza, avizorando si, acaso, el ruido que movía la puerta era producido por alguna mano conocida al hacer girar el picaporte.

Desengañado de esta halagüeña esperanza, tornaba a la lectura tras arrancar espesa humareda al aromático cigarro que tenía puesto en la boca.

—Me parece que la grillera no se abre esta noche —dijo señalando a las mesas en que tenían la costumbre de acomodarse los poetas que daban fama al establecimiento y, doblando con mucha parsimonia el «Diario», que zambulló en uno de los insondables bolsillos del recio paleto con que se abrigaba, tomó asiento junto a su camarada insigne y gran amigo.

Como si las palabras de Guzmán y de las que su compañero no hizo gran caso, pues continuaba sin mudar de postura, entre la somnolencia y la meditación, fuesen de un gran poder evocativo, se abrió la puerta y comenzaron a entrar aquellos a quienes ya se echaba de menos.

En tal noche, correspondió ser el primero el pintor Esquivel, que tuvo que pasar a la posteridad con un solo lienzo, aquel en que se le ocurrió retratar a «El Parnasillo» en pleno, haciéndole acudir a su estudio para escuchar la lectura de un drama de Zorrilla.

Tras el pintor de los poetas, llegó Carnerero, el notable periodista y editor de las «Cartas Españolas», que, como habitaba en el piso que estaba encima del café, solía ser de los primeros en acudir a la tertulia. No se hizo esperar Grimaldi, que, por ser también vecino de la calle del «Príncipe», no solía perder las delicias de aquella «peña» —como ahora se dice— en que acostumbraba a poner cátedra de conocedor de nuestro teatro, claro es que más como empresario que como autor, pues este hombre, que llegó a España el año 23, con las tropas de Angulema, y se naturalizó español, tenía cimentada su fama de dramaturgo en ser traductor de *La pata de cabra* —famosa comedia de magia que se puso en escena más de 700 noches consecutivas, sin que ciertamente tenga rasgo de ingenio alguno que justifique tan extraordinaria aceptación— y sus derechos a estar de continuo entre cómicos, en ser marido de la gentilísima Concepción Rodríguez, primera dama del teatro del «Príncipe».

Con pocos intervalos fueron llegando los demás, y cada uno que calaba en la estancia, muy bien resguardado tras el embozo de la capa, después de dar las «buenas noches»,

lanzaba una imprecación contra la crudeza del tiempo e iba a hacer un largo cumplido al brasero que había junto al mostrador.

Cuando ya casi podía decirse que estaba reunida la docta y alborotada república literaria, entró Espronceda, acompañado de un nuevo amigo.

Era el tal un jovencillo simpático de rostro, pero de no muy lucido indumento.

Vestía según la más furiosa moda romántica. Peinaba larga melena negra, usaba mostacho y perilla y tenía una mirada lánguida y vaga, como si su magín estuviese viajando continuamente por las etéreas mansiones de la Quimera o por los solitarios paseos de la Muerte.

Como hubiese que hacer un lugar al recién llegado, dijo Mesonero:

—De seguir creciendo de este modo, vamos a tener que trasladarnos de local. Creedme, es preciso volver a reorganizar el Ateneo. Aprovechemos que Martínez de la Rosa es ministro, y que siendo uno de los nuestros…

—Aunque indigno… —interrumpió Ventura de la Vega, y prosiguió «El Curioso Parlante»:

—… no nos dará cerrojazo, como los otros, porque pensemos de esta o de la otra manera. Aquí no podemos hacer más que tomar café lo más incómodamente posible.

A estas palabras del autor de las *Escenas matritenses*, exclamó el dueño del café, saltando de su asiento, como si hubiera sido impulsado por un resorte:

—¡Caramba!, don Ramón; después de que me han hecho ustedes adecentar esto, poniéndoles una lámpara nueva, que es «propiamente» un faro, y unos muebles que no sé si los tendrá mejores Medinaceli, ¿se me van a ir con la tertulia a otra parte…?

—No se asuste, ¡hombre de Dios! —le tranquilizó Mesonero—, que es mucho más difícil el poner de acuerdo una lechigada de literatos que mover la mole del Palacio Real. No hay cosa tan pesada como la gente de pluma.

A todo esto, no dejaban de asaetar con inquietadoras miradas al amigo de Espronceda, que, muy cuitado y otro tanto receloso, no acertaba a decir «esta boca es mía».

El aún no famoso ingenio que escribiera *El estudiante de Salamanca* respondió con malévola sonrisa a la curiosidad de sus camaradas:

—Este amigo que tengo el gusto de presentaros será, desde esta noche, si para ello le dais licencia, un compañero más; a ello le da derecho el tener escrito un drama, que nos leerá, Dios mediante.

Quién más, quién menos, todos hicieron bojiganga de espantarse, y Vega, que era el más audaz de todos, se arrojó a decir, por vía de burla:

—Miren, tan inofensivo como parecía… Para que se fíe uno de las apariencias…

Escosura murmuró al oído de Bretón:

—Nos está muy bien empleado por no habernos ido al baile de la Vistahermosa, como yo proponía.

Hartzenbusch fue más piadoso y, después de escudriñar a través de sus espejuelos la inteligente mirada del «gorrioncillo» nuevo que cayera en aquel nido de águilas, le invitó a sentarse a su lado y le confortó con tan cordiales razones como éstas:

—No haga usted caso; son algo bromistas, pero buenos chicos. Casi tengo la seguridad de que escucharán con mucho gusto esa lectura, y yo seré el primero de todos en prestar la atención que sin duda merece. Yo vine aquí como usted, no hace mucho, con el drama debajo el brazo y la mosca en la oreja…, leí, y ya ve usted, hoy soy uno más entre ellos, como lo será usted. Son buena gente, son buena gente…

Agradeció el novato la fineza con un cumplido elogio para el poeta de *Los amantes de Teruel*, y con ello parece que cobró algún aliento para continuar en aquella silla de la paciencia.

A este tiempo, Espronceda dio dos sonoras palmadas para llamar al mozo.

—Vayan como anticipo a la gloria del nuevo dramaturgo —dijo Vega.

El camarero, que no acudió al reclamo, apareció antes de media hora trayendo sobre una bandeja de azófar no muy limpia dos tazas llenas de café y dos platillos con azúcar terciada.

—Cuando usted guste —dijo Espronceda al neófito, ofreciéndole un magnífico tabaco, que el tal aceptó, pero sin llegar a encenderlo, para leer más desembarazadamente.

«Desplegado el manuscrito en guerrilla» —según frase de Pezuela, que tenía muy buen ingenio y hacía muy malos versos—, y con voz bastante velada por la emoción comenzó la lectura.

—«*Doña Isabel de Valois*, drama histórico, en cuatro actos y en verso…».

Entre los oyentes y a la solapada se cruzaron terribles miradas; otro ladrillo más en el gran monumento del Romanticismo.

El aprendiz de ingenio leía, y muy en contra de lo que esperaba el «areópago», aquello estaba bien y comenzó a interesar, y los gestos, en principio burlones, se fueron tornando graves, y las miradas compasivas acabaron en señas de entusiasta aprobación. Molestaba todo ruido que en las mesas cercanas se producía y, de muchas de ellas se iba desglosando la gente en torno de la tertulia de los poetas.

Aquel muchacho débil y tímido se crecía por instantes y su voz recitaba con potente brío los versos que esmaltaban la obra.

Llegó un parlamento vibrante de interés y magnífico en la forma, y el selecto auditorio prorrumpió en una larga ovación.

Pero en aquel preciso momento terminaba el primer acto de la comedia que se estaba representando en el coliseo y comenzó a entrar gente para tomar café durante el entreacto.

Ventura de la Vega, que era quien en principio tomara aquella lectura con más trazas de burla, exclamó:

—Esto no puede continuarse aquí ni un solo verso más. Mañana la oiremos en mi casa.

—Yo hablaré con Latorre —dijo Grimaldi—, y casi me atrevo a hacerle a usted promesa formal de que *estrenaremos* el drama en esta misma temporada.

***

La lectura de aquel acto fue para su autor como el espaldarazo que le daba entrada en la sublime orden del cortesano ingenio, y así no fueron necesarias más pruebas.

Espronceda, que todavía no había dicho el nombre de su apadrinado, reservándole —*sub conditione*— por si acaso no salía triunfante de la presentación de su primer título, como viera que el muchacho «sabía andar solo» por las floridas sendas del Parnaso, quiso proclamarle en voz alta, y tan pronto como la lectura quedó interrumpida, por la imprevista y forzosa causa de la irrupción del público que entraba en el «café» a tomar café, se alzó de su silla y exclamó con voz tribunicia, mucho más elocuente y sincera que cuando pocos años más tarde pronunciara su primero y único discurso en el Congreso, para defender la industria algodonera:

—Ya es tiempo de que sepáis cómo se llama este joven, que por lo poco y bueno que le habéis oído leer, con más atención de la que yo esperaba, si he de ser sincero, comprenderéis que puede sentarse dignamente entre vosotros, aunque no sea más que a mi lado. El señor es don Juan Miguel de Arenzana; hasta hoy mismo corrompió su inspiración despachando billetes de «baca», «rotonda» y «berlina» en la ventanilla de las «Postas peninsulares», publicando de vez en cuando tal cual oda a la luna, sin que faltara su romancillo a un castillo en ruinas, con todo aquello de «muda atalaya del tiempo», y «vigía de los siglos», algún que otro soneto a los mártires de la Libertad, firmado solamente con sus iniciales, en el «Semanario pintoresco», o donde buenamente se lo admitían; huelga decir que *gratis et amore*. De hoy en adelante, será empeño de todos que no vuelva a su inmunda covachuela, y que su drama —si es que termina tan bien como le hemos oído empezar— lo estrene el primer actor de nuestro primer teatro, según ha prometido Grimaldi.

Prosiguió animadamente la tertulia, hasta que terminada la representación en lo que todavía era cofrecillo de sándalo que guardaba nuestro teatro del «dorado siglo», se fue cada uno al recogimiento de su hogar.

Juan Miguel, que salió con Espronceda, como había entrado, se creyó en el caso de acompañarle hasta la misma puerta de su casa, que estaba en la calle de la «Greda», pero como aquel le dijese que precisamente a tal hora comenzaba su vida, se fue al mísero zaquizamí que en la calle de la «Zarza» tenía alquilado, con toda asistencia y manutención, la viuda de un exento de Guardias de Corps…

***

En la noche siguiente, casi a punto de las nueve, estaba «El Parnasillo» reunido en pleno, a excepción de Larra y Roca de Togores, en el estudio de Esquivel, porque el generoso

ofrecimiento de Ventura de la Vega no pudo llevarse a la práctica por insuficiencia de local y falta de sillas.

A los que en la noche anterior estuvieron congregados en el café del «Príncipe» había que añadir otro personaje al que todos distinguían con más deferencia de la que entre ellos usaban.

Don Gabriel de Orozco y Arloz, que tal era su nombre con el aditamento nobiliario de marqués de Armuña, era un prócer como de cuarenta y cinco a cincuenta años, muy amigo de las Artes y de las Letras, pues que de continuo se le veía con escritores y artistas. Supo por Roca de Togores el acontecimiento que se prevenía, y no quiso ser de los últimos en conocer la aparición del nuevo ingenio.

Esperaron un poco para hacer tiempo a que llegasen los dos camaradas que faltaban, y que no eran de los más reacios, como hubiese lectura que mereciese la pena de ser escuchada; pero, viendo que no llegaban, se creyó que, sin duda, cosa de más interés personal los detenía y se dispusieron los reunidos a no demorar por más espacio la cata de aquel vinillo nuevo.

Para darte idea, hermano lector, de cómo se congregó en no mucho espacio aquella docta academia, recuerda, si lo conoces, el cuadro del famoso artista que cedió el local. Ilumina imaginativamente tan preciado documento pictórico con una lámpara colgada en el centro de la estancia; sienta a Juan Miguel de Arenzana junto a una mesa sobre la que lucen dos soberbios candelabros de bronce y te habrás aproximado bastante a la realidad.

Ya iba a desplegar el lector el manuscrito de su drama, cuando entró jadeante y demudado Roca de Togores.

—¿No saben ustedes la noticia? —exclamó excusándose el saludo.

Todos, casi al mismo tiempo, inquirieron más con los ojos que con la boca.

—Pues que Larra acaba de levantarse la tapa de los sesos —respondió el futuro marqués de Molins a la anhelante pregunta.

La emoción que tales palabras produjeron fue enorme.

De momento, un profundo silencio se enseñoreó de la estancia.

En seguida empezó atropelladamente la demanda de detalles y los comentarios.

Todos se olvidaron del drama nuevo que iba a leerse y de su autor.

El muerto invadió todos los cerebros y se posesionó de todos los corazones.

Hubo quien propuso marchar a la casa de «Fígaro», pero el mismo mensajero de la terrible nueva les disuadió de tal propósito. Era inútil. No les dejarían entrar. La autoridad judicial se había hecho cargo del cadáver.

Algunos habían visto a Larra por la tarde, más alegre y menos mordaz de lo que tenía por costumbre. No acertaban a explicarse la desesperada determinación.

Togores, como para adelantar alguna de las causas que hubiera podido llevar al genial escritor a tan desastroso fin, dijo:

—Por Pedro, su criado, he sabido que Lola Armijo le visitó esta noche, a primera hora. Se encerraron en el despacho, y allí estuvieron como cosa de veinte minutos. Al cabo de este tiempo, salió aquella, quedando solo Mariano; de allí a muy poco tiempo, sonó un ruido seco, como cuando se cierra una puerta de golpe. Nadie hizo caso, porque los muchachos pensaron que su amo quedaba de mal talante con la visita, aun cuando la estuvo esperando toda la tarde, y, cuando entraron, alarmados por las voces de Adelita, la hija menor del pobre «Fígaro», que, como sabéis, estaba con él, y que, por una horrible coincidencia, entraba en aquel momento a das las buenas noches a su papá, se encontraron a este caído sobre una alfombra, en medio de un gran charco de sangre, con la cabeza atravesada por un balazo…

Todos callaron.

Juan Miguel quiso suspender la lectura, en señal de duelo, aunque la verdad era que comprendió que no podía tener la necesaria atención. La realidad es siempre más fuerte que la fantasía.

Pero, de pronto, las prendas personales del muerto comenzaron a reflejarse en los ánimos de los que hasta pocas horas antes fueron sus compañeros, y, como a decir verdad, no fue gran sembrador de simpatías y de afectos, no le hicieron la mejor oración fúnebre. No le llegó, como suele ser humana costumbre —por aquello de que «a enemigo que huye, puente de plata»— la hora de las alabanzas.

Pensaban, con poca caridad cristiana, que en su desesperación había matado lo más noble de su persona: el cerebro.

Togores, alardeando de la entrañable amistad que le uniera con el difunto, quiso estar lo más cerca posible de él, y se fue, con promesa de que después se verían todos en el «Príncipe», para ponerse de acuerdo en todo lo concerniente al entierro.

Se sentó, al fin, Juan Miguel junto a la mesa que tenía prevenida para ser primer escalón de su fama y comenzó la lectura.

… Tal era la fuerza emotiva de aquel drama histórico y pasional (un poco amoldado a las ideas de la libertad tan en boga, cosa que aminoraba algún tanto la sinceridad literaria) y en el que jugaban como personajes centrales Isabel de Valois, Felipe II y su hijo, el príncipe don Carlos, tan exaltado por los poetas y novelistas como flagelado por los historiadores, que, a pesar de la tragedia viva que flotaba en el ambiente, consiguió subyugar al auditorio selecto, y todos los actos fueron premiados con entusiastas salvas de aplausos.

Cuando casi al filo de las doce acabó la lectura, exclamó Ventura de la Vega:

—Hay que hacerle cumplir a Grimaldi su promesa de que este drama será estrenado por Latorre en el teatro del «Príncipe».

El aludido lo prometió así, estrechando efusivamente la diestra del autor, que tan buena impresión acababa de producir en el ánimo de la concurrencia.

Carnerero, acercándose a Arenzana, le ofreció un puesto entre los colaboradores de «Las cartas españolas».

Mesonero se comprometió formalmente a pagarle cuantas poesías le enviase a *El Semanario Pintoresco.*

Esquivel le ofreció un retrato y el marqués de Armuña le convidó a comer en su casa al día siguiente. Desde luego, podía despedirse de su despacho de las «Postas peninsulares».

Y todos juntos se fueron al café del «Príncipe» a oír qué cosas se contaban del suicidio de «Fígaro»…

CAPÍTULO III

El romanticismo de un escéptico

Aquella noche y aun algunos días después, el tema principal en las conversaciones de la gente de letras fue la inesperada y trágica muerte de Larra.

Según transcurrían las horas, se iban acumulando antecedentes para reconstruir las causas de tan desesperada resolución, en quien hasta entonces parecía haber pasado por la vida con un altivo desdén y un gesto despectivo para cuanto le rodeaba.

El gran satírico bajaba a la paz de la tierra, dejando, desde luego, un nombre glorioso en las letras españolas, pero casi ningún vacío en el corazón de sus camaradas.

La cordialidad no fue nunca la prenda más estimable de su carácter.

Dotado de una inteligencia refinadísima, tenía la mala condición de cerner por ella cuanto pasaba ante sus ojos, y alambicándolo con la amargura que desde la adolescencia destilaba su espíritu, nada hallaba digno de él, y así para todo tenía un juicio terrible y una frase mordaz.

Apenas salido de la cuna, le llevaron sus padres a Francia, en donde pasó casi toda la niñez en un alejamiento absoluto del suelo en donde se meció su cuna, hasta el punto de haber olvidado por completo el idioma nativo y, cuando a la edad de ocho años, le trajeron a España, resultó un extranjero en su patria.

Asistiendo el muchacho a las tertulias de su abuelo —administrador de la Casa de la Moneda—, que se picaba de hombre culto, fue tomando gustó a las letras españolas y presto logró recuperar el olvidado idioma y hablarlo correctamente, como si nunca lo hubiera tenido desterrado de sus labios…

Se le quedaba reciamente grabado en la memoria cuanto escuchaba en aquellas reuniones, y su privilegiada inteligencia no tardó mucho tiempo en derivar hacia las frondas del ingenio.

Llegada la edad de los estudios, dio los primeros pasos para ser hombre de provecho en la Escuela Pía de San Antón, y de allí salió para seguir, como su padre, la carrera de médico; pero, por lo que parece, no llegó a licenciarse, pues apenas cumplidos los diez y

seis años abandonó los estudios y un empleo que disfrutaba, para vivir única y exclusivamente de la pluma; cosa harto difícil en aquel tiempo, pero que a él no le costó mucho trabajo. Por el entonces, no disfrutaba de tal privilegio más que Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros y, un poco más adelante, Zorrilla.

Estando en Valladolid, adonde se había trasladado su familia, sintió los primeros deleites y las primeras amarguras del amor. Se prendó de una preciosa damisela, vecina de su misma casa, la cual, de alguna más edad que él, le tomó desde el primer momento por entretenimiento de sus coqueterías.

Creyó en ella y se entregó completamente en cuerpo y alma, con la ilusión de todo el que ama por primera vez, y cuando más entusiasmado estaba con su conquista, he aquí que el más terrible de los desengaños que puede sufrir un amante vino a dar en tierra con toda la máquina de su grande amor; una tarde en que quiso dar una agradable sorpresa a su dama acudiendo a verla antes de lo que tenía por costumbre, se encontró con que el mismísimo autor de sus días estaba ocupando su puesto.

El desencanto no pudo ser más terrible.

Fue como si su alma cayese desde las cimas más empinadas de la gloria a las profundidades más escondidas del infierno.

Ya no volvió a haber alegría en su espíritu, que en los primeros pasos por las sendas de la vida daba tan formidable caída.

Ya no volvieron a reír sus labios, y su corazón parecía que quedaba estéril para que volviese a florecer en él ningún otro amor de la tierra.

Larra se trasladó entonces desde Valladolid a Valencia, con propósito de proseguir sus estudios en esta Universidad, lejos de los que para siempre le habían envenenado el alma.

Tampoco estuvo mucho tiempo en las hermosas riberas del «Turia» y regresó pronto a Madrid.

En el mar proceloso de la Corte, procuró arrancarse con nuevos amores aquella espina agudísima que llevaba clavada en el corazón, y aunque varias veces creyó haberlo logrado, es lo cierto que nunca consiguió ver cerrada aquella herida tan alevosamente hecha.

De amor en amorío se cruzó en su camino una señorita insustancial, poco a propósito para hacer feliz a un hombre del temperamento del autor del «Macías»; se llamaba Josefina Wetoret; se encaprichó de ella y, contra la opinión de su familia, se determinó a hacerla su esposa… Y ocurrió lo que fatalmente tenía que ocurrir: acabada la ilusión, se acabó el amor…

Larra vivió intensamente su admirable artículo titulado «El casarse pronto y mal».

Se separó de la señorita mimada, pero no dejó de atenderla a ella y a los tres hijos que nacieron de tan infortunado matrimonio, y se lanzó nuevamente a las olas de la vida.

Su gran amigo el mediocre poeta Juan Bautista Alonso le presentó a una hermosa malcasada que estaba en la plenitud de un espléndido verano. Se llamaba la tal Dolores Armijo, y halagada de tener por cortejo a un hombre que con tan seguro paso y en plena juventud iba escalando las empinadas cumbres de la fama, se dio muy gentil arte para conseguir que el impresionable corazón de «Fígaro» se abrasase en un amor mucho más impetuoso que aquel primero que tuvo en Valladolid, y consintiendo que le pusiese apretado cerco, como tantos otros galanes hacían al mismo tiempo, sin que, por lo que parece, concediera a uno más que a otro, pero muy satisfecha de levantar rivalidades entre ellos.

Amarrado a este mal amor vivió infeliz Larra, abrasándose más cada día, pero sin lograr adueñarse por entero del corazón de la bella infiel, que, cuando le parecía oportuno, ponía por barrera a las impetuosidades de sus cortejos los rigores del matrimonio a que estaba sujeta.

Con tan amargos sinsabores estaba el hombre en un estado tal de humor que nada le hacía feliz y no encontraba un amigo que le tendiera la diestra francamente.

A buen seguro puede tenerse que el atormentado escritor pintó la desastrosa disposición en que estaba su ánimo en aquel párrafo de su artículo «La sociedad», que copiado al pie de la letra dice así:

«Quise a una que me quería sin duda por vanidad, porque a poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo; luego quise frenéticamente a una casada; esa sí que creí que me quería solo por mí; pero hubo hablillas de que promovió precisamente aquella fea que ves allí que, como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; tuvieron que llegar al oído del marido, que empezó a darle mala vida; entonces, mi

apasionada me dijo que comenzaba el peligro y que debía concluirse el amor; su tranquilidad era primero. Es decir, que amaba más a su comodidad que a mí…».

El marido burlado que conocía su desgracia, y que, por lo que parece, no tenía «agallas» para «cortar por lo sano», pensó en poner tierra de por medio entre su mujer y los varios cortejos que la asediaban, y se la llevó a Mérida. La distancia no fue obstáculo para que «Fígaro» dejase de tomar la diligencia e irse en pos de la que tan por entero le había vuelto el sentido.

Desde Mérida, en donde no es de creer que tuviera muchas ocasiones de avistarse con su dulce enemigo, puesto que su dueño y señor supo guardarla esta vez mejor que nunca, retornó Larra a la Corte y, para intentar curarse de tan terrible pasión, emprendió un viaje al extranjero, en compañía de su íntimo amigo, el desventurado conde de Campo-Alange.

De vuelta en los últimos días de 1835, se encontró nuevamente con Lola, y aquí es donde puede decirse que se inició el principio del fin, pues el amor que parecía apagado con la ausencia, al encontrarse otra vez frente a frente con la desenvuelta hembra, renació con más ímpetu, sin que al enconado amante le importara ya nada de tapujos ni de guardar conveniencias, pues parece que llegó a tener un duelo con el paciente marido, que tampoco tenía fuerza de voluntad para soltar a la «pájara» ni para encerrarla en su nido.

De esta suerte, llegó el 13 de febrero de 1837, en que el gran escéptico no halló mejor medio para arrancar de raíz aquel funesto amor que la pistola de Werther…

CAPÍTULO IV

El entierro de «Fígaro»

Juan Miguel de Arenzana y el marqués de Armuña, después de haber almorzado en la magnífica mansión que el ilustrado prócer tenía en la calle de «Don Pedro», fueron a rendir su tributo al ilustre difunto.

En la carretela de su excelencia recorrieron el corto espacio que hay entre aquella vía a la margen de la isidoriana iglesia de San Andrés y la de Santiago, en cuya bóveda estaba depositado el cadáver del gran satírico.

Se pensaban que por ser quien era el muerto se habrían compuesto las cosas de manera que el entierro tendría lugar en aquella misma tarde, pero, según les informó Pastor Díaz, a quien hallaron en la puerta del templo, mucho fue conseguir que la justicia no tomase solemnemente la parte que le corresponde en tan tristes casos, y que el clero pasase por alto, gracias a la imposición del Ministro de Gracia y Justicia y a que comenzaban a triunfar las ideas liberales, la muerte voluntaria del desdichado ingenio, sin esperar a que fuese Dios servido de tomarse este trabajo, y consintiese en darle sepultura en sagrado, manteniéndole en su mismo recinto hasta la hora precisa del entierro.

No podría quejarse la familia del insigne fenecido de las consideraciones que le quiso guardar el Gobierno.

El Ministro de Gracia y Justicia, que habitaba el piso principal de la misma casa de la calle de la «Amnistía», en que Larra vivió, fue el primero en acudir a los gritos de la espantada servidumbre, cuando esta se halló de manos a boca con el cadáver de su malaventurado señor. Inmediatamente, puso su influencia para que los restos del autor de *El doncel de don Enrique* no fuesen tratados como los de un suicida vulgar y, en consecuencia, no fuesen llegados al gabinete anatómico.

La Iglesia no parece que se mostraba tan propicia; pero como los tiempos de su poder omnipotente habían pasado con la muerte de Fernando VII, no tuvo más remedio que transigir, aunque ello no fue sin la estéril protesta del párroco, que hizo constar en la partida mortuoria que el difunto en cuestión había recurrido al gatillo de una pistola para apartarse de los caminos del Mundo.

Pasaron luego los tres amigos a ver al muerto y, por un buen tiempo, contemplaron mudos aquellos inanimados restos, que más reflejaban en el empalidecido semblante la tranquila placidez del sueño que la horrible mueca de la muerte.

Pastor Díaz dijo al marqués que entre todos los escritores de Madrid habían pensado en costear el entierro, y no fue necesario más para que la proverbial largueza del aristócrata pusiera su contribución a la obra de misericordia.

Cumplida que fue la última cortesía con el difunto, se separaron el prócer y el poeta, despidiéndose hasta la tarde siguiente en aquel mismo lugar.

Desde aquel día, quedó Juan Miguel inscripto en la munificencia del marqués. Según expresión de Espronceda, había topado con su conde de Lemos. No quiso aquel que la lozana inspiración del nuevo ingenio se enmoheciera en los almacenes de la casa de postas.

***

Entre los papeles inéditos que dejó escritos don Juan Miguel de Arenzana, la mayoría de notas y apuntes, que muy bien pudieran servir para componer el historial de su vida, hay unos en los que, por ser curioso observador, asentó el por tantas causas famoso entierro de «Fígaro»; permíteme, pues, hermano lector, que, aunque de sobra te sea conocido este triste acaecimiento por haberle leído manado de insignes plumas, lo inserte aquí, ya que en el protagonista de esta novela vivida dejó tan marcada huella.

***

«Espronceda me prohijó en mis comienzos literarios y, como contra toda volubilidad de su carácter —que para nada tenía constancia, en su afán de gustar una sensación nueva en cada hora del día—, me había tomado verdadero afecto, acontecía que yo tampoco acertaba a estar sin él. Fui a buscarle a la calle de la «Greda», para asistir juntos al entierro, pero no le hallé. El portero me dijo que muy de mañana había salido para Aranjuez, en donde, para quitarse la espina de Teresa, tenía un amor nuevo, que, por ser el último, pensaba que era el más intenso de cuantos hasta entonces habían inquietado su vida; tanto lo creyó así que tenía pensado cuajarle en matrimonio.

»Como se acercaba la hora de cumplir el triste deber de acompañar el cadáver del camarada muerto a la última morada, me encaminé hacia la parroquia de Santiago, en donde yacía el que, por su misma mano, se había abierto las puertas de la eternidad.

»En la calle «Mayor» me encontré con Julián Romea y con Ventura de la Vega, y juntos los tres siguieron hasta la parroquia de Santiago.

»Todas las calles al dicho templo encaminaban semejaban veredas del Parnaso, según las gentes de letras que en ellas se encontraban. Desde la plaza que lleva el nombre del belicoso apóstol, patrón de España, hasta la de «Requena», todo parecía feudo de Apolo.

»Poco después de las cuatro fue sacado el cadáver.

»Bien puede creerse que, desde el entierro de Lope de Vega, al que asistió entera la Villa de Madrid, no se había visto otro tan solemne…

»Las Letras, las Artes y la Política estuvieron brillantemente representados, que recuerdo ahora, al cabo de los años transcurridos y mencionando solamente a los que pasaron ante mí, y fueron en pos del coche fúnebre hasta el cementerio de la «Puerta de Fuencarral», Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Ferrer del Río, Salas y Quiroga, Martínez Villergas, Grimaldi, Latorre, Guzmán, Martínez de la Rosa, Roca de Togores, el duque de Frías, Madrazo, Mesonero Romanos, Carnerero, sir Willers, Donoso Cortés, Villalta, Alenza, Esquivel, Aygual de Yzco, Joaquín María López, condes de las Navas, Torrejón, el marqués de Armuña, Cortina, García Gutiérrez, Gil de Zarate, Pastor Díaz, el editor Delgado.

»Por las calles de «Santiago», «Mayor» y «Puerta del Sol» subiendo por la de la «Montera», dimos en la de «Fuencarral», a cuyo término está el cementerio, como acaece en la calle real de la Vida.

»Frente a frente con la Muerte, esto es, cuando vimos por última vez aquellos gloriosos restos junto al nicho que deberían guardarles, se volvieron a encauzar los cerebros y los corazones… Nos parecía mentira que tanta juventud y tanto ingenio se hundirán para siempre en las tinieblas y en la podredumbre de aquel agujero.

»Todos quisimos contemplar por última ver lo que restaba de quien escribió las cartas de «Andrés Niporesas» y de *El Pobrecito hablador*, y nos agrupamos en torno al féretro.

»De súbito, se hizo un gran silencio, y la voz de Roca de Togores, falta de calor y horra de elocuencia, pero llena de sincera emoción, hizo la apología del ilustre muerto. No en vano pensé yo siempre que el que poco después fue marqués de Molins, Escosura y Pastor Díaz, no aprovecharon más que para políticos de lance, buenos cuando no había otros peores…

»Un jovenzuelo melenudo y melancólico, enfundado en una levita, que desde cien leguas se advertía que su primitivo dueño fue hombre de más talla y corpulencia, se adelanta a la primera fila trayendo en la diestra unas cuartillas que se dispuso a leer… ¡Dios nos tuviera de su mano…!

»Luego habló el conde de las Navas, con más fortuna que Togores, y echaron también su cuarto a discursos José María Díaz y Jacinto Salas y Quiroga, un poeta del montón y que en el montón de los olvidados se quedó, Manuel Alberto Benito leyó un soneto que no quiero calificar; la intención, que era superior a todos aquellos catorce versos, le disculpa…

»Se iba a cerrar el ataúd cuando aquel mozo pálido y en cuya temblorosa diestra nos amenazaban unas cuartillas, empujado por un amigo, comenzó a leer, pero con voz tan baja y llena de emoción, que apenas se le entendía.

»Pero, de pronto, la voz fue creciendo y la poesía fue adquiriendo patéticos relieves, hasta el punto en que logró adueñarse de todos los corazones y, al acabar, faltó bien poco para que, a pesar de las tristes circunstancias y lo sagrado del lugar, no prorrumpiésemos todos en estruendosos aplausos

»Al borde de la tumba de «Fígaro» acababa de nacer el autor de *Don Juan Tenorio*…

»Años más tarde, Zorrilla, que tenía la «virtud» de ser inconsecuente y olvidadizo con aquellos a quienes más debía, dijo, al comentar su origen literario:

"Nací como una planta carcomida
al borde de la tumba de un malvado…".

»Así como en otra ocasión tuvo que escribir de Todo, al que debe buena parte de su merecida fama:

"Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y entre ruinas y blasones
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbécil que vegeta al pie…"».

CAPÍTULO V

Un drama nuevo

Ventura tomó con tal empeño la protección de Arenzana que hizo que Grimaldi, como empresario del teatro del «Príncipe», cumpliera su palabra.

Carlos Latorre oyó el drama de Juan Miguel, y tanto le agradó que no habiendo fecha disponible para estrenarlo, por estar todas tomadas de antemano, se comprometió a hacerlo en la noche de su beneficio, ya que Gil de Zarate no había terminado la obra que le ofreciera.

Como pocos años antes, otro ingenio desconocido[1], enfundado en un uniforme militar, había reverdecido los laureles de nuestro teatro, en circunstancias análogas a las de Arenzana, no tuvo gran inconveniente en abrirle de par en par las puertas de nuestro primer teatro, aunque no faltara «varón prudentísimo», con sus puntas y collares de celoso de los triunfos ajenos, que recordó el sapientísimo y cervantesco aforismo que dice: «Nunca segundas partes fueron buenas».

El viejo recinto en donde se habían hecho vida perdurable comedias de los más insignes poetas del Parnaso español estaba aquella noche memorable rebosante de público.

En palcos y lunetas, lo más florido de la aristocracia y los próceres más linajudos de la corte de Apolo.

En las alturas de la cazuela y anfiteatro, lo más castizo de la gente menestrala, que suele ser gran devota de la diosa Talía, como esta sepa sentir con emoción o reír con desenvuelto gracejo y buen donaire.

Todos sabían que el drama que estaba a punto de florecer sobre las tablas de la escena era obra de un nuevo ingenio y corrían muy insistentes rumores de que la «cosa» valía la pena.

Ni uno solo de los magnates de la intelectualidad matritense había faltado, y haciéndoles nutrida cohorte las más de las modestas medianías que pudieron conseguir un puesto, a

[1] García Gutiérrez.

costa de mil sacrificios, pues, como la excelencia de la obra habíase divulgado tan profusamente antes del estreno, todo el teatro estaba vendido.

Corrían ciertos temores de que la empresa de la «Cruz» pondría cuanto estuviese de su parte para que «doña Isabel de Valois» no acabase en la escena con el sosiego con que finó sus andanzas en la vida real, a pesar de las galantes impertinencias del príncipe don Carlos.

Los comediantes del dicho coliseo de la plaza del «Ángel» no podían sufrir que los del de la plaza de «Santa Ana» se alzaran una vez más con el favor y el dinero del público, quien, dicho sea de paso, prefería las arrogancias a la antigua de Latorre que las frívolas modernidades de Romea.

Entre las truculencias altisonantes de «Guzmán el Bueno» y las galanuras de «Marcela», elegía aquellas, aunque después, en el transcurso del tiempo, haya quedado la última por modelo del género y más linda prenda del buen ingenio de su autor, mientras que la primera se recuerda muy de tarde en tarde por algún actor de facultades extraordinarias, como ejemplo de arbitrariedad teatral y de gimnasia declamatoria.

En un palco estaban Martínez de la Rosa y Quintana con los duques de Medinaceli, y poco más allá, en el fondo de otro, en cuyo primer término hacía gala de su belleza otoñal la duquesa de Frías, don Juan Nicasio Gallego, que trataba de ocultar su reverenda humanidad a los ojos curiosos.

En una platea se exhibía una antigualla tan conocidísima como el decrépito duque de Alagón, aquel Paquito Córdoba, capitán de Guardias Reales, amigo y confidente de Fernando VII, que hacía poco se casara en segundas nupcias, a pesar de sus ochenta años bien cumplidos.

El linajudo y anciano aristócrata (segundón de la Casa de Sástago) bastaba por sí solo con su presencia para dar pábulo a las charlas y comentarios, mientras se levantaba el telón, y después en los entreactos.

Él solo componía la historia íntima de tres reinados, sobre todo, del último, en el que alcanzó tanta parte, más como tercero de su amo que como benemérito de la patria.

Si este hombre hubiese dado en la flor de escribir sinceramente sus memorias (y a lo que se sabe en manera alguna le acució esta curiosidad tan frecuente en políticos y cortesanos

que necesitan disculpar su vida), el recuerdo del «Deseado» monarca fuera todavía más vilipendiado y escarnecido de lo que es.

Pero dejemos las digresiones, pues si en ellas damos, tela hay cortada para muchos libros, y tornemos a nuestro Juan Miguel de Arenzana.

***

Doña Isabel de Valois tuvo un triunfo clamoroso, de aquellos que marcaron una fecha en la égida del teatro romántico español.

El nombre del autor fue ovacionado al final de todos los actos y, según la costumbre implantada pocos años antes, con el estreno de *El Trovador*, salió el poeta a escena, de la mano de los actores, a recibir los entusiastas plácemes del público, el cual no parecía cansarse de verle pálido y nervioso, como si más que a una glorificación le llevasen a un patíbulo.

Acabada la representación fue acompañado hasta su humildísima morada de la calle de la «Zarza», a hombros de los espectadores más entusiastas.

Años antes se hubiera pensado la policía que aquella algazara era nada menos que un movimiento revolucionario y hubiese dado en la cárcel con ídolo y corifeos.

De allí a pocos días hubo gran comida en el magnífico palacio del marqués de Armuña, a la que asistió la nata y flor de nuestros poetas.

El opulento aristócrata quiso emular el glorioso patronato que en los pasados siglos tuvieron para los más insignes príncipes del ingenio los condes de Lemus, de Osuna y de Sessa, y desde aquel momento se erigió en «mecenas» de aquel predilecto hijo de Apolo, que, de allí en adelante, no tendría que preocuparse de otro menester que el de dar nuevos días de gloria a la española escena.

Las pocas revistas literarias que por el entonces había solicitaban sus trabajos bien retribuidos, los cuales eran publicados en preferente lugar.

El poeta volaba con alas de águila caudal.

Armuña se ufanaba de ello, y en sus salones cantaba siempre bien pagada la musa de Juan Miguel de Arenzana.

¡Lástima grande que, de vez en cuando, aquella pluma tan bien cortada para bordar primores en florilegios y antologías, rastreara por los salones palatinos como casi todas las de su época, componiendo odas onomásticas y elegías lamentables; fárrago literario en donde toda adulación tiene su blanco y todo ripio su asiento…!

***

Después de *Doña Isabel de Valois* vino otro drama a imitación del teatro clásico, titulado *La cruz de la espada*, que tuvo la misma entusiasta acogida que el anterior, y después una comedia de costumbres, *Usted primero*, que hizo a Bretón torcer un poco el ojo sano al advertir que había quien pudiera pisarle los talones y que, de seguir por el mismo camino, le obligaría a apretar de firme los puntos de la pluma; pero Juan Miguel no quiso segundar en la comedia contemporánea, y así pudo respirar a todo su talante el insigne tuerto…

CAPÍTULO VI

El hombre a la margen del poeta

Juan Miguel de Arenzana fue de allí adelante uno más entre los concurrentes de calidad a la pindárica tertulia de «El Parnasillo», que contribuía a hacer inmortal en los anales madrileños el humilde y no nada limpio café del «Príncipe».

Asimismo, tuvo puesto en los otros lugares, más o menos académicos, a que concurrían los más conspicuos individuos de la docta cofradía.

Con Mesonero Romanos, Álvarez Guerra, Ríos, Alcalá Galiano y Olózaga, contribuyó a la reorganización del Ateneo de Madrid, que, creado en 1821, fue clausurado por el despótico Gobierno de Fernando VII, el cual, en su enemiga rabiosa contra la Libertad, no podía consentir que ni aun el pensamiento estuviese libre de cadenas, y cuando aquella docta corporación sufrió el desamparo de los primates políticos que componían su junta directiva, porque los más de ellos, como el duque de Rivas, Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, dejaron los deleitosos coloquios con las Musas para engolfarse en los más productivos de la Política, que como vieja corrida y de más «saneados» posibles, ofrece partidos más pingües de los que suelen las «nueve hermanas».

***

Le llegó la hora sublime del amor, según es orden natural en todos los mortales. Pero, para demostrar una vez más que el mundo es una incongruente y constante paradoja, no llegó en traza literaria ni por novelescos caminos, según parece que tuviera que ser en rigor en personajes un poco al margen de la vida ordinaria, como son artistas y literatos.

¡Cuántas veces ocurre que un tendero adocenado, bien curtido de sabañones y sin el más pequeño vestigio de sensibilidad artística ni apenas racional, viene a casarse legalmente, como manda la santa madre Iglesia, con una comedianta ilustre, que fue un día ídolo de los públicos; y una ricacha de pueblo, harta de ajos, pero con muy buen caudal, entrega su zafia mano a un hombre que va con seguro y triunfal paso por las floridas sendas de la inmortalidad…!

Juan Miguel encontró su «media naranja» entre el montón corriente de la burguesía, en donde hay infinitas mujeres de gran corazón y alma sencilla, que solo son mujeres en el sentido más adorable y santo que puede darse a la palabra.

La encontró, sin buscarla, en la casa de un administrador de aquella casa de postas en donde estuvo empleado.

Dicho señor, un buen hombre y mejor padre de familia, orgulloso de haber tenido como subordinado a un hombre de quien ya en España empezaba a ocuparse todo el mundo, le invitó a comer. Quería que le conociese su familia y las amistades más íntimas.

Nuestro hombre, que, sin duda, conocía muy bien el regocijado artículo de «Fígaro», que se titula «El castellano viejo», ante la perspectiva de las atenciones familiares, que en fuerza de querer alardear de sencillez suelen ser más molestas que las etiquetas de las casas de cumplido, pretendió excusarse, pero no hubo manera: su antiguo jefe le invitaba de corazón, y fue preciso asistir y quedar agradecido de antemano.

Don Pablo, que así se llamaba el simpático «covachuelo», tenía la suerte de ser padre de tres lindísimas criaturas, cada una de las cuales poseía a su vez tres magníficas prendas, que eran juventud, belleza y discreción, y de todas las tres madamitas era difícil señalar cuál pudiera estar en mayor plano.

La segunda de estas tres gracias caseras, que atendía por el seráfico nombre de Angelita, fue quien, desde los primeros momentos, supo adueñarse de todos los sentidos del joven poeta, que, habiendo entrado en aquella casa poco menos que a la fuerza, salió de la primera visita con deseos de avecinarse allí para el resto de sus días, por dilatados que fuesen.

***

Tan corrientes, tan encantadoramente vulgares fueron los capítulos de aquel idilio, que, al cabo de poco más de un año, viniera a cuajarse en matrimonio, que no hay para qué cansarse de hacer crónica de él…

Ni siquiera parece que hubo una sola de esas nubecillas tan frecuentes y sin importancia en todo noviazgo, por bien que camine sobre la blanca nube de sus ilusiones.

Todo era diáfano y tan claro que, por propio impulso, sin que cada uno de los tiernos amartelados hiciese más que dejarse querer del otro, llegó el feliz término de la boda que,

sin gran rumbo ni boato, se celebró una mañana de mayo en la capilla de la Virgen de la Novena, que la cofradía de los Cómicos tiene en la madrileñísima iglesia de San Sebastián.

No hay para qué decir que los padrinos fueron los marqueses de Armuña, que cada vez estaban más satisfechos de otorgar su protección al celebrado autor de *Doña Isabel de Valois*.

A los triunfos en el campo de las letras siguieron los que suele dar la vida a los que anticipadamente quiere halagar un poco para compensarles de los amargos temporales que les hace correr, sin que ellos se empeñen en buscar audazmente las revueltas aguas…

Fue el primer galardón el regalo de un lindísimo angelote que, ni más ni menos, se creyera desprendido de un bello retablo en el que anduvieran las maestras gubias de Martínez Montañés o de Alonso Cano.

CAPÍTULO VII

Donde Juan Miguel, sin tener amor, corre una aventura en defensa de una dama

Bajo aquella imaginación arrebatada de la que tantas y tan gloriosas muestras iba dando el protagonista de esta novela, latía un corazón sencillo y aburguesado, que no gustaba de las sensaciones a la margen de un tranquilo vivir. Quiero decir que era hombre por extremo casero, muy amante de los goces del hogar. Fuera de su mujer y de su hijo no había más trato en que se entregase todo entero que el de las musas.

Una gran actriz, cuyo nombre, a pesar del tiempo transcurrido, todavía es reverenciado en la escena, le quiso apuntar en el largo y escogido memorándum de sus triunfos en los deleitosos campos del pecado original, pero Arenzana solo se mostró propicio a servirla como autor dramático, y un día que la tal se lo echó en cara le respondió con una gran humildad, como lo hiciera uno de aquellos fortísimos ascetas que, en la soledad del desierto sabían rechazar las seductoras tentaciones del demonio, engarzadas en carnes desnudas de espléndidas mujeres, siquiera fuesen fingidas y febriles apariencias:

—Amiga mía, yo solo puedo dar a usted comedias con las que triunfe del público, señor de todos nosotros, pero el corazón ya no es mío; mi mujer y mi hijo se lo llevaron por entero y no me han dejado más que los latidos necesarios para sentir lo que escribo.

Si él no encontrara tan a tiempo y cuando más eran necesarios el sosiego y el bienestar, quizá hubiese sido uno de tantos dilapidadores de la salud y del ingenio como se han hecho famosos, pero habiéndole alcanzado tales venturas en manera tan firme, no quería exponerse a perderlas.

Ahí era nada, tener una mujer joven y bonita y un cachorro de ángel que solo con el encanto de sus gracias llevaba camino de la gloria…

Pues negándose a toda complicación amorosa, tal lo enredó un día el diablo, gran zurcidor de humanas miserias, que por defender la vida de una mujer extraña estuvo muy en riesgo de perder la suya.

Merece la pena de ser referida la singular aventura, puesto que fue una comedia galante, de capa y espada, que vivió y no escribió el romántico autor de *Doña Isabel de Valois*.

***

Espronceda, su gran amigo y protector, le dio ocasión para ello y, aunque Arenzana en los enredos de amor era hombre que no aprovechaba gran cosa, brotó en él la flor del Romanticismo y se portó con mucha más gallardía y caballeresca nobleza que quien de ordinario blasonaba tan de fino amante y rendido enamorado en los libros, que en la verdad de la vida ya era muy de otra suerte el famoso autor de *El Diablo Mundo* (empresa en a que ya por el entonces andaba muy empeñado).

Era el caso que el plañidero y desconcertado amador de la voluble Teresa Mancha, se entretenía a la sazón enredado en las peligrosas redes de una imperfecta casada.

Siempre fue el cercado ajeno el lugar en donde Espronceda gustó de buscar la deleitosa fruta que perdió a nuestro padre Adán.

«Ella» —cuyo nombre no es bien, ni hace al caso que en estas páginas se descubra, ya que Arenzana, segundo y más importante actor de la tragicomedia a que dio lugar el idilio, no ha tenido a bien de insertarlo en sus memorias—, comprendiendo que su prohibido galán se iba cansando, dio en perseguirle con desesperado ahínco, que es condición de mujeres caprichosas el aferrarse al amor cuando ya el hastiado quiere dejarlas.

Nada le importaba a la malmaridada «el qué dirán», aun teniendo como tenía un marido que no era nada a propósito para sufrir ayudantes en su menester conyugal.

Acaeció que una tarde en que el gran poeta que dio vida perenne a «Don Félix de Montemar» se hallaba en su casa de la calle de la «Greda», acompañado por Arenzana, con quien en aquel preciso instante se preparaba a salir, apareció la dama en cuestión, dando lugar a una violenta escena de celos. ’

Se disponía Juan Miguel a dejarles solos, porque bien se le alcanzaba que tales pasos de comedia no tienen necesidad de espectadores, cuando en la puerta que comunicaba con la escalera comenzaron a sonar desaforados golpes.

Espronceda, que era hombre impulsivo y de poco aguante, al advertir el estrépito con que se anunciaba el que pretendía entrar, iba a responder en el mismo tono, pero la mujer, echándose rápidamente el velo por la cara, advirtió que quien llamaba con tantos bríos no era otra persona que su marido, el cual le pareció advertir poco antes algunos indicios de que estaba, como vulgarmente suele decirse, «con la mosca en la oreja»…

Ante declaración semejante, se bajaron bastante los humos del impetuoso poeta, tanto que ni siquiera acertaba a resolver lo que más urgía por el momento, que era ocultar a la

adúltera. Arenzana fue quien tuvo que tomar a su cargo este cuidado, escondiéndola en la alcoba, aunque bien se pudo ahorrar de servirle de guía, pues mucho conocía ella el camino.

Cuando Juan Miguel retornó al despacho, se encontró a Espronceda, que, saltando por una ventana al piso de al lado, con grave riesgo de descrismarse, le decía:

—Juanito: ha llegado la ocasión de que me pagues lo que hice por ti cuando viniste a luchar en el teatro con las armas de tu ingenio. Recibe a ese «toro» y «capéale» como puedas…

Dicho esto, con el cínico humorismo que le caracterizaba y del que ni en los momentos más apurados de su azarosa vida hizo renunciación, desapareció…

Arenzana hizo un soberano esfuerzo sobre su voluntad apocada y abrió la puerta al furioso visitante, que, como la deshonesta dama sospechaba muy bien, no era otro que su agraviado consorte.

Apenas este viera franqueada la entrada, gritó:

—¡Gracias a Dios…! ¡Ya era hora…! Pensé que iba usted a obligarme a echar la puerta abajo… Pero, bien; vamos al desdichado asunto que me trae. Señor don José de Espronceda, tan mal caballero como buen poeta; entrégueme usted la dama que desde hace unos momentos se esconde en esta casa.

—¡Señor mío —exclamó con mucha flema Juan Miguel—, en todo cuanto está usted diciendo se está equivocando lamentablemente! Ni yo soy don José de Espronceda ni aquí hay mujer alguna sobre la que usted tenga derecho de reclamación.

—¿Que aquí no vive el señor Espronceda…? —preguntó el asombrado marido—. Bien puede ser… Entonces, utiliza esta habitación para sus bellaquerías, porque la mujer que ha entrado aquí no hace diez minutos no a otro que al sujeto que he nombrado venía a buscar.

A Juan Miguel, aunque estaba muy poseído de su papel, le iban faltando las fuerzas, ante la firmeza con que aquel malaventurado se empeñaba en reclamar la peor prenda de su pertenencia, pero hizo un enérgico mandato sobre su voluntad y siguió con la farsa adelante.

—Señor mío —prosiguió—, la excitación de sus nervios me está ofendiendo gravemente, acaso sin que tal sea su ánimo. Ni yo soy hombre tan relajado que alquilo mi casa como mancebía pública ni la mujer por quien pregunta tan obstinadamente tiene nada que ver con usted. Le ruego, pues, que se retire, porque yo tengo mucho que hacer y no estoy para perder tiempo con asuntos que no me importan.

El hombre, que, para su desdicha, estaba muy persuadido de que la buena moza que allí había entrado no era otra que la suya, porque confiaba ciegamente en quien le había ido con el soplo, puso el grito en el Cielo y pretendió por la fuerza pasar adelante, pero la caballerosidad comprometida de Arenzana estaba dispuesta a llegar al sacrificio y lo impidió a todo trance.

—Aquí ha entrado una mujer —decía aquel hombre— y quiero verla.

—Una mujer que no es la suya… —replicó el guardián cuidadoso, cerrándole el paso.

—¡Lo he visto yo…! —insistía el triste ofendido.

—Pues le han engañado a usted las apariencias —tornaba a replicar el gran amigo de Espronceda—. Esta señora es una dama honorable y no puede ser objeto de comprobaciones impertinentes.

Acabó por perder la calma el burlado, y después de un formidable empellón, asestó una formidable bofetada a nuestro héroe, el cual, al verse tan duramente agraviado, repelió la agresión con la misma energía.

Los dos sujetos que, sin duda, por vía de testigos, acompañaban al malcasado, y que hasta entonces se habían mantenido en una prudente neutralidad, sin decir palabra, tuvieron que hacer imponderables esfuerzos para separar a los dos contendientes.

En tal forma se había excitado el pacífico Arenzana, posesionándose del «divino papel» que representaba, que bien puede tenerse por cierto que el mismísimo «Don Quijote de la Mancha» no defendiera con tan pujante brío y gentil denuedo la inmaculada pureza de su «Dulcinea».

Después de que, tras no poco trabajo, quedaron separados los irascibles caballeros, vino el inevitable reto.

Por algo vivíamos en un tiempo que, gracias al Romanticismo, tenía hartas reminiscencias caballerescas del siglo XVII.

Se cruzaron las. tarjetas los que antes se habían cruzado los rostros y se fue el marido con los que le acompañaban, los cuales, a su vez, creían haber cometido una lamentable equivocación, pues reconocían que Arenzana no era Espronceda, y recelaban que aquella mujer no tuviera que ver nada con la que iban buscando.

Juan Miguel, así como se compuso la ropa desalmada en la descomunal refriega, se dirigió a la estancia en donde más muerta que viva estaba la causante de todo el «jaleo», y como si fuese la más a afligida doncella que tuviese necesidad del amparo de un caballero, la dijo:

—Salga usted, señora; ya no hay peligro. Así como se la pase el susto puede retirarse sin cuidado alguno.

La tal, que, desde la alcoba en que estuvo escondida, no perdiera palabra ni detalle de cuanto ocurriera en el recibimiento, no encontraba frases para mostrarse agradecida con su improvisado defensor y arrancándose un hermoso clavel que llevaba prendido en el pecho —magnífico reclinatorio para «penitencias» de amor—, se lo ofreció a Arenzana, el cual, después de aspirar por un instante el delicioso aroma que exhalaba, se lo devolvió a su dueña diciendo:

—Lo traía usted para Pepe; guárdeselo, que esas prendas de cariño no admiten sustituto…

***

El duelo concertado fue a sable a todo juego.

Valieron como padrinos, que lo arreglaron todo en las mejores condiciones para que Arenzana dejase su corta vida sobre el terreno, dos oficiales de Artillería, por la parte del esposo burlado, y por la de nuestro héroe, Martínez Villergas, el famoso difamador, que como Villamediana, pasara a las antologías por el gracejo de su buen donaire y por la fuerza de su maledicencia; y Nicomedes Pastor Díaz, el poeta gallego, que, a pesar de su enconado romanticismo, advirtiendo que si era cierto que el cultivo de las «nueve hermanas» solía llevar triunfalmente a muchos por las frondosas vegas del «Parnaso», no eran, en cambio, lo suficientemente prósperas para solucionar el prosaísmo de la vida, comenzaba a entrar con muy buen pie por las áridas y escabrosas sendas de la política militante.

El lugar escogido para aquella sangrienta lavadura del honor fue detrás de las tapias del cementerio de la Patriarcal, en los altos de «Valle-hermoso».

En verdad que el sitio no podía estar mejor escogido para las ideas luctuosas que invadían a los más de los vates que en el Olimpo hispano han dado lustre y prez a tales tiempos.

Volvían a estar en candelero, como quien dice, las *Noches lúgubres* del coronel Cadalso; el que tuvo el macabro capricho de desenterrar el cuerpo de su amada, la comedianta María Ignacia Ibáñez; florecían a cada instante, así en el libro como en el teatro, los cánticos a la Muerte, y los héroes que daban más motivos para llenar cuartillas (casi siempre deleznables), eran el enterrador, el verdugo y el carcelero…

Se pusieron en guardia los contendientes, y como Arenzana no había tenido hasta entonces en su diestra otra arma que el cuchillo de mesa y la navaja barbera, todo paró en que al primer asalto salió alcanzado por una formidable cuchillada en el hombro izquierdo, de cuya ancha herida manaba la sangre con tanta abundancia como si le hubieran segado a cercén aquella parte del cuerpo…

***

Más de un mes estuvo el bueno de Juan Miguel de Arenzana purgando las consecuencias de aquel rasgo de hidalguía que tuvo muy difícil explicación para su mujer, la cual no acababa de darse a partido de que por solo una polémica literaria un poco acalorada se pudiera llegar a tan graves extremos, pues bueno será advertir que se le doró a mala píldora del duelo con decirle que llegó traído por una controversia periodística, en la que a los dos contendientes se les fue la pluma más allá de lo justo y razonable.

***

Hubiera sufrido Arenzana aquel percance, algún lempo antes, cuando llegó a Madrid con la cabeza llena de ilusiones, la maleta más repleta de manuscritos que de ropa y los bolsillos del chaleco completamente desprovistos de lo que suele guardarse en ellos, y se pasara la convalecencia del chirlo en la cama de un hospital, sin otra compañía que la forzosa de los infortunados convecinos, pero ahora, que iba subiendo con tan firme y seguro paso hacia la cumbre de la Fama, había tertulia casi permanente que no le dejaba tiempo para aburrirse, porque por ventura la herida era pesada, pero no peligrosa.

Durante las tardes, se dijera que «El Parnasillo» del café del «Príncipe» se trasladaba al despacho del aplaudido autor de *Doña Isabel de Valois.*

Corría a la sazón, llegando casi a las postrimerías, el año 1841, que más que en acaecimientos literarios fue pródigo en sucesos políticos y algaradas militares.

Raro era el día en que no se ofrecía algún capítulo que añadir a los anales del turbulento reinado de Isabel II, cuya tutoría infantil se disputaban famélicamente la reina madre y el regente Espartero.

Patricio de la Escosura, íntimo de Espronceda y, por ende, buen camarada de Juan Miguel, valía como noticiero más autorizado de cuanto en las calles acaecía y se tramaba en los cuarteles.

Como si el autor desafortunado de *La corte del Buen Retiro* no fuese cronista bastante enterado de las luchas políticas entre «cristinos» e «isabelinos», todas las tardes acudía a casa de Arenzana, con noticias recién acabaditas de sacar del horno, una tía de su mujer, que en Palacio hacía oficios de camarista. Siempre que la buena y parlanchina señora se encontraba libre de servicio iba a pasar un par de horas en la literaria tertulia de su sobrino.

Por doña María Francisca, que este era el nombre de la azafata, a la que más familiarmente llamaban todos doña Francisquita, se sabían allí los antagonismos y rivalidades que había entre la condesa de Espoz y Mina, la marquesa de Bélgida y la condesa de Altamira, el intendente don Martín de los Heros y cuantos, en fin, merodeaban en torno de las augustas niñas con el fútil pretexto de servirlas.

Arenzana y cuantos le hacían merced de acompañarle en su convalecencia se divertían mucho con tales comadrerías, que les hacían ver que el regio Alcázar no dejaba de ser una casa de vecindad un poco más fastuosa que cualquiera de las inmortalizadas por don Ramón de la Cruz, aunque sin aquella gracia ni aquel donaire que suele haber en todo lugar al que acuden majas de rumbo.

Acaeció por el entonces el famoso asalto a la escalera de Palacio, llevado a cabo, con desdichada fortuna, por los generales León, Concha y Pezuela en la mañana del 7 de octubre de aquel año de 1841.

Lo que acerca del caso se supo en casa de Juan Miguel lo refino Escosura, que, por lo que parece, como hombre de mundo, era pez que sabía nadar muy bien entre dos aguas.

Contó cómo toda la bizarría de aquellos valerosos príncipes de la milicia, que tantos campos de batalla tuvieron que regar con su generosa sangre, y el ímpetu del pueblo, que casi siempre no tiene más que el arranque inicial, en las empresas en que toma parte, se había estrellado contra el tesón de diez y ocho guardias alabarderos.

Refirió cómo los belicosos ciudadanos partidarios de la reina madre habían huido a la desbandada en cuanto oyeron los primeros disparos, y que los caudillos de aquel romántico movimiento no habían tenido más remedio, ante tan desastroso desbarajuste, que buscar su salvación en la fuga, aunque se tenía por cosa cierta que no deberían de tardar mucho espacio en caer en manos de sus perseguidores, descontándose, desde luego, que pagarían con la vida el caballeresco partido que habían tomado por la «napolitana»; pero lo que aconteciera en las habitaciones de Su Majestad y Alteza no había trascendido todavía de los muros del Alcázar y, sin duda, que ello tendría que ser por todo extremo interesante.

Quien únicamente podía satisfacer cumplidamente esta curiosidad era doña Francisquita, y desde aquel día memorable en los anales palatinos no habían vuelto a dejar ver su interesante persona en la casa de sus sobrinos.

Y al fin, una tarde, la misma que todo Madrid tuvo la desagradable nueva de que el bizarro general León había sido encontrado por un destacamento de las mismas tropas a sus órdenes, reapareció la azafata.

Lo mismo fue verla trasponer la puerta de la sala que gritar a coro cuantos en la estancia había:

—Cuente, cuente, doña Francisquita, que ha mucho tiempo que acá la estamos esperando con la misma ansia que esperan los campos el agua benéfica de mayo.

Tras ello, que fue una explosión de curiosidad imposible de contener, vinieron los saludos y las explicaciones de por qué había faltado tantos días a la tertulia la simpática dama, la cual, queriendo hacerse pagar las interesantes noticias que traía preguntó:

—¿Hay chocolate?

—¡Hay chocolate…! —le respondieron a coro. Y añadió su sobrino:

—Asistido con mucha diligencia por unos reverendos bollos elaborados por los no menos reverendos padres de Jesús, que a buen seguro puede tenerse que no los comerá usted tan ricos en la mismísima «casa grande».

—Pues venga el refrigerio y hagan corro, que no pienso dejarme en el buche si no es el chocolate —arguyó la camarista en el mismo tono jovial que le hacían el goloso ofrecimiento.

Se sirvió el ágape con la magnificencia que por el entonces se solía en las casas acomodadas; esto era, en «marcelina» de plata, jícaras de rica porcelana de la Moncloa, salvillas de magnífico cristal de La Granja, y finísimas copas para el agua naranjada, con azucarillos asturianos.

Con la primera sopa del oloroso soconusco, comenzó doña Francisquita la interesante relación de lo acaecido en Palacio la tarde del 7 de octubre de 1841.

***

Aunque este capítulo queda, en realidad, al margen de lo que se pudiera llamar la novela personal de Juan Miguel de Arenzana y no sea necesario para el buen orden de la narración, se pone aquí —y lo mismo se hará con algún otro— como estampa curiosa y olvidada entre las páginas de un libro.

CAPÍTULO VIII

En el que se cuenta la desastrosa y romántica jornada de la escalera de Palacio

«Desapacible y fría era la tarde; más que de comienzos de otoño, se creyera de mediados de invierno; por esto, Su Majestad y Su Alteza, muy en contra de su gusto, tuvieron que resignarse a permanecer en sus habitaciones.

»El médico de cámara, don Pedro Castelló, tenía mandado muy rigurosamente que las augustas niñas no saliesen de Palacio sino en las tardes francamente diáfanas, por lo cual resulta falso todo lo que se ha dicho acerca de si se sospechaba o no cuanto habría de ocurrir de allí a poco espacio.

»Yo entré de guardia a cosa de las seis y media relevando a la condesa de Espoz y Mina.

»Aún no habían sonado los cuartos para las ocho, cuando se oyó un estentóreo: "¡Viva!", que pareció partir del patio central del mismo Alcázar. En aquel preciso momento, iba a comenzar su lección de canto la infantita con su profesor de canto don Francisco Valldemosa, pero, al oír el vocerío, todo quedó paralizado, pues nadie acertaba a explicarse a qué podría obedecer aquella novedad.

»A este tiempo llegó muy alterada y confusa la condesa de Espoz y Mina, quien con la angustia más cruel reflejada en el rostro me pidió noticia de lo que ocurría, pero no la pude satisfacer, porque nada sabíamos allí dentro. No hizo más de verla la Reina, que como niña de poca edad estaba toda medrosica, y se abrazó a ella preguntándole:

»—Aya mía, ¿son facciosos?

»Y la condesa, pretendiendo inspirar una tranquilidad que ella estaba muy lejos de sentir, respondió que ni había facciosos en Madrid ni podía haberlos.

»—Pues, ¿qué son? ¿Qué quieren de mí? —continuaba preguntando la reinecita. A lo que replicó el aya que, al pasar hacia la regia cámara, había visto a la guardia de Alabarderos batiéndose contra alguna tropa sublevada, entre la que se veían no pocos paisanos.

»Esta noticia contribuyó a entrarnos más en cuidado, y fue curioso y un poco vergonzante que, entre tanta persona mayor como nos hallábamos reunidos en aquella estancia, solamente en Su Majestad se advirtiera presencia de ánimo.

»Inmediatamente, cerramos todas las puertas y ventanas con llaves y cerrojos, quedándonos aislados completamente del resto del Palacio. El pobre músico Valldemosa era el más apocado y pusilánime; y aún fue mucho que no tuviéramos que desatender a las niñas para acudir en su auxilio.

»Nadie acertaba a explicarse a qué causas pudiera obedecer aquel revuelo revolucionario, pues no sospechábamos que los partidarios de la reina madre —que, ciertamente, no eran muchos— tuviesen osadía para tanto.

»La infanta Luisa Fernanda, después de su profesor, era quien daba mayores muestras de pánico, y no se apartaba ni un solo instante de mi lado. Daba compasión su infantil miedo, y sus tiernas palabras llenaban de lástima los corazones… Una de las veces, me dijo:

»—Paquita, yo quiero rezar —y, tomándome de la mano, me llevó hasta el reclinatorio de su hermana, en donde se prosternó y oró con devoción tan intensa que a todos nos dio alto ejemplo de fe.

»De allí a poco, una de las mozas de retrete, que estaba de servicio junto a la puerta del salón, dijo que hacia el piso entresuelo se oían golpes como de tirar un tabique. Ello hacía presumir, lógicamente, que los sublevados se habían hecho dueños de aquellos lugares. No fue preciso mucho tiempo para que viniésemos a conocer que la causa de aquel trabajo no podía ser otra que buscar la entrada de la escalera interior que conduce a la principal. Dijimos a la Reina que, en el caso desgraciado de que consiguiesen dar con lo que con tanto ahínco parecían buscar y lograsen llegar hasta la puerta interior, se les rogaría que se abstuviesen de toda violencia, y, una vez obtenida promesa de hacerlo así, ella misma tendría que preguntarles cuáles eran sus pretensiones, pero por el entonces no fue necesario.

»A cosa de las diez y media, y sin haber sido posible darles alimento alguno, pudimos convencer a las atribuladas niñas de que se acostasen vestidas, para estar más prontas a cualquier acontecimiento, y con objeto de no dividir la condesa y yo nuestras atenciones, se colocó una cama provisional para la infanta en el mismo aposento de la soberana.

»No había transcurrido mucho tiempo cuando una bala perdida entró por el cristal de una ventana, viniendo a quedarse incrustada en una de las maderas.

»A las seis y cuarto de la mañana del día 8 cesó enteramente el fuego que a cortos intervalos no dejo de oírse en toda la noche.

»El primer palaciego que llegó al regio aposento fue el intendente don Martín de los Heros el cual aseguró a Su Majestad y Alteza, ya despiertas desde las primeras horas de la mañana, que había desaparecido todo riesgo…

»Poco después acudió el duque de la Roca, anunciando la próxima visita del regente, acompañado de los secretarios de Estado y de Guerra.

»No se hizo esperar la tal visita, y recibidos que fueron sus excelencias por la infantil soberana, manifestó Espartero que el objeto que perseguían los sediciosos no era otro que el de secuestrarla con su augusta hermana, pero que, gracias al amor y a la acendrada fidelidad de los alabarderos, pudo malograrse el atentado.

»Mostró la Reina deseos de conocer a sus salvadores para agradecerles personalmente lo que hicieron por ella y concederles, de acuerdo con el regente, la Cruz de San Fernando…

»Tarde se borrarán de mi memoria —exclamó doña Francisquita— las dolorosas horas de aquella noche del 7 de octubre de 1841…».

***

Y la simpática camarista, como para borrar en lo posible el mal momento pasado, se echó a pechos lo que restaba del canjilón de chocolate, y parece que con la última bocanada de la deliciosa mixtura indiana consiguió llevar a su atribulado espíritu la tranquilidad apetecida.

—De suerte —dijo Juan Miguel— que, gracias al esfuerzo de la guardia que custodiaba la escalera principal, quedó fallido el alzamiento de que eran alma los generales don Manuel de la Concha, don Diego de León, don Juan de la Pezuela y el teniente coronel Nouvillas. ¡Pobres…! En verdad que no quisiera encontrarme en el pellejo de los que tengan la desgracia de caer en las garras de Espartero…

Y, con los comentarios que vinieron a la zaga del desdichado acaecimiento, que a la sazón era la comidilla de todo Madrid, se dio por finada la tertulia.

Algunos de los concurrentes, en agradecimiento a la crónica, tan amenamente narrada por doña Francisquita, se ofreció a acompañarla hasta la regia mansión, en cuyos altos estaba su morada; pero ella no lo consintió, ni, en verdad, era necesario, porque en la puerta la esperaba una berlina palaciega que, en aquella casa, como en los tiempos de Carlos IV, tuvo la gerundiana franqueza de decir, desde la misma cátedra del Espíritu Santo, fray

Alejo del Valle, mientras sacudía sobre la cortesana concurrencia el nevado capillo de su hábito, «había coches para todos, hasta para ellas, menos para el predicador…».

CAPÍTULO IX

Que es continuación del anterior

La herida iba mejor.

Los asiduos cuidados de la tierna esposa y las infantiles caricias del primogénito, que, con las primeras gracias, hacía las delicias de sus padres, eran el mejor bálsamo para el paciente.

Por otra parte, como ya queda dicho que a la sazón era Arenzana el literato de modo, no le daban tiempo para aburrirse los amigos y admiradores.

El mismo marqués de Armuña honraba la mansión de su poeta protegido, y solía ser uno de los puntos fuertes en la tertulia, como no hubiese sesión en el Estamento de Próceres o en la Sociedad Económica de Amigos del País.

A los pocos días de aquella tarde en que doña Francisquita refirió tan por menudo, con su nerviosa vivacidad, la jornada palatina, se abrió la academia amistosa de Juan Miguel con la desagradable nueva de que habían preso, y al día siguiente sería pasado las armas, a uno de los más caracterizados caudillos del fracasado movimiento revolucionario, el bravo y pundonoroso general don Diego de León, conde de Belascoain.

También habían caído en las garras del regente el brigadier Quiroga, el coronel Fulgosio, el teniente Boria y el alférez Gobernado, los cuales sufrirían igual suerte.

Los demás comprometidos, Concha, Pezuela, Fernández de Córdova (este último solo tuvo una participación pasiva en la fracasada intentona) habían conseguido pasar las fronteras.

Aquella tarde, el cronista de la tertulia fue Escosura, el cual refirió detalladamente y en tono anecdótico la apurada odisea que el valiente conde de Belascoain pasó desde el punto y hora en que dio por perdida la romántica causa que defendía…

***

Era la noche del 5 de octubre. Don Andrés Borrego, que oyera dar las doce en un bello reloj de su despacho, se disponía a recogerse, después de haber terminado un artículo para la *Revista Española*, cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Adelante —exclamó don Andrés.

Y sin más preámbulos se abrió la puerta y embocó en la estancia don Diego de León…

—¿Qué ocurre? —preguntó el periodista, extrañado por lo intempestivo e inesperado de la visita, a lo que respondió el caudillo fugitivo:

—Que estando acordado que el alzamiento contra Espartero sea iniciado en Pamplona por O'Donnell, los generales juramentados en Madrid hemos resuelto ponernos anticipadamente a salvo del Gobierno para que no se malogre la jornada, y yo, abusando de nuestra sincera amistad, vengo a refugiarme aquí, si es que no estorbo ni comprometo demasiado…

—Mal refugio ha escogido usted, amigo mío, aunque desde este instante puede tenerle por suyo —respondió don Andrés—; pues por estar en esta misma casa la institución del «Nuevo rezado», entra y sale demasiada gente para que pueda guardarse un secreto en la vecindad. Por esta noche, descanse usted y mañana buscaremos lugar más seguro.

Llamó al criado, no sin antes haber tenido la precaución de esconder al general, y, diciéndole que se proponía pasar la noche trabajando, y por ello no había necesidad de sus servicios, le mandó que se recogiese.

Apenas amaneció se fue Borrego a cierta casa de la calle de la Gorguera en donde habitaba un tal don Lucas García, administrador de la condesa del Montijo, el cual le estaba muy obligado por favores de esos que aun la vida parece ruin moneda para pagarles.

—Señor don Lucas —le dijo el publicista tan pronto como se vio delante de su obligado amigo—, ha llegado el tiempo en que yo necesite de usted incondicionalmente. Es de todo punto necesario que me deje su casa por espacio de unos días; no sé cuántos, y que su esposa y usted se tomen la molestia de buscar otra vivienda.

El bueno de don Lucas obedeció en el acto el apurado ruego de don Andrés, sin preguntar siquiera la causa por que tal sacrificio se le exigía.

Aquella misma mañana se instaló don Diego de León, con un criado de toda su confianza, en aquella casa de la calle de Gorguera. De allí a poco tiempo recibió el bravo caudillo de Belascoain la visita de Pezuela, uno de sus colaboradores en el movimiento que tendría que dar al traste con la regencia de Espartero, devolviéndola a la exreina gobernadora.

Por muchas que fueron las precauciones tomadas, la Policía dio con el escondite del audaz conspirador, por cuanto la misma dueña de la habitación se presentó a avisarle de que le prenderían en las primeras horas de aquella noche si no se daba prisa a ponerse a salvo.

Tan pronto como anocheció, se embozaron fugitivo y amparador en luengas capas y se fueron a la busca de más seguro asilo, que no lograron encontrar, a las Legaciones de México y Dinamarca, situadas en la Carrera de San Jerónimo.

Al pie de la estatua de Cervantes, y muy rebozado hasta los ojos, permaneció no poco tiempo don Diego, esperando a quien tanto arriesgaba por salvarle la vida. Volvió, al fin, el notable publicista y condujo al general a la Embajada de Francia, en donde pudo hallar otro albergue, siquiera fuese transitorio.

Allí tornó León a ponerse al habla con sus camaradas Pezuela e Istúriz, y entre los tres determinaron el alzamiento en Madrid para la noche siguiente.

Recelando de que con aquellas visitas pudiera haberse puesto sobre aviso la Policía, Borrego trasladó por tercera vez al conde a otra casa, cuyo dueño estaba ausente, pero que, llegando cuando menos se le esperaba, obligó al romántico conspirador a buscar nuevo amparo en la casa de Pezuela. Desde allí, salieron ambos para Palacio, en donde, con la ayuda de sus partidarios, se prometían apoderarse de la reina.

Cuando don Diego montó a caballo, en la calle de Valverde, para encaminarse al Alcázar, puso en las manos de quien con tanta hidalguía le amparaba un paquete de cartas y le dijo:

—Entregue usted esto a mi hermana, encargándole mucho que lo guarde en sitio en donde no pueda encontrarse fácilmente.

En aquel epistolario no iba una carta que tenía el propósito de enviar a Espartero, y fue, al cabo, la terrible acusación que le llevara a la muerte…

Después de algunos encuentros con soldados fieles al Gobierno, que estuvieron bien a punto de hacer fracasar los propósitos de ambos generales, si ellos no hubiesen tenido bastante arrojo para aventurar todas las contingencias que les salían al paso, pudieron llegar a la regia morada.

El zaguanete de Alabarderos que estaba de servicio tuvo que defender con tanto denuedo la escalera principal que, no siendo más de dieciocho, lograron tener a raya a las turbas revolucionarias…

Como nota curiosa, se dice que, Mercer a una ingeniosa industria que se le ocurrió al teniente don Domingo Dulce, se debe el que los amotinados, con ser un gran número, no pudieran con tan escasa fuerza; fue ello que el dicho oficial mandó vaciar en los pulimentados peldaños dos sacos de garbanzos, de suerte que cuantos pisaban aquellos crudos elementos de la olla castellana resbalaban y, por ende, no podían avanzar un solo paso.

León, Concha y Pezuela no lograron comunicar su ardiente entusiasmo a los asaltantes, que cada vez que patinaban sobre la riqueza de Fuentesaúco se les marchitaba gran parte de sus bélicos entusiasmos.

Viendo que todo estaba a punto de perderse, resolvieron parlamentar con los tenaces defensores, procurando convencerles de que nada se atentaba contra el régimen, y sí solo establecer la regencia de doña María Cristina.

Los guardias no quisieron darse a partido, y entonces se pensó en apoderarse del regente; pero también fracasó el atrevido proyecto por cobardía de las tropas comprometidas.

Los jefes del desgraciado movimiento hicieron bien en buscar la salvación en la huida.

Cerca de Colmenar Viejo fue hallado don Diego de León por un piquete del mismo regimiento de Húsares que mandaba. Se cuenta que el comandante Laviña, jefe de la dicha fuerza, encariñado con el desventurado general, como acontecía con cuantos le trataban, intentó salvarle la vida; pero no consintió en ello don Diego, y así solo a estas horas podrá hacer tanto la clemencia de la soberana…

Al llegar a este punto, Escosura hizo alto en la relación, y por un momento ni un solo comentario salió de labios de los circunstantes…

***

Al día siguiente, 15 de octubre, fue cumplido el terrible fallo a las dos de la tarde por los mismos soldados que le habían ayudado a prender sobre su hidalgo pecho la cruz laureada de San Fernando.

Treinta y un años contaba el invicto general cuando por pasos tan trágicos dejó los caminos del mundo.

Dicen que cuando le fue comunicada la terrible sentencia exclamó, sin perder la entereza de su ánimo:

«He aquí el premio de haber peleado durante siete años por la libertad de la patria…».

Tres días después de aquel sacrificio, que se hubiera podido evitar de haber sido menos ordenancista el regente y si estuviera mejor aconsejada la reina, sufrían el mismo trágico fin Quiroga, Fulgosio, Gobernado y Boria.

CAPÍTULO X

En que doña Francisquita trae a colación otro recuerdo del tiempo viejo

Pepe Zorrilla, el más nuevo a la sazón y siempre el más romántico de todos los poetas de su gloriosa época, que aún no tenía más renglones escritos en el libro de su fama excelsa que aquellos versos circunstanciales que recitara ante el cadáver de «Fígaro», y era por el entonces el «Benjamín» de nuestro Parnaso, se presentó una tarde en casa del convaleciente «redentor» de honras ajenas y dijo cómo, además del gusto propio de ver al enfermo y de pasar un rato con él, iba como «adelantado» de Espronceda, que todavía no «había tenido tiempo» de presentarse a dar las gracias a su desinteresado camarada.

El marido burlado, que se enteró de la verdadera personalidad de quien tan gravemente le ofendiera —y, por lo que parece, no era hombre de estos que se conforman resignadamente con su suerte—, anduvo a la busca de quien tan bien le ayudaba a llevar la cruz del matrimonio, y este, por quitarse de andar en enojosas pendencias, se fue a pasar unos días en Aranjuez, donde comenzaba a florecerle un amor nuevo y honesto que llevaba todas las apariencias de cuajarse en boda.

Pero, pareciéndole al fogoso autor de *El estudiante de Salamanca* que no se hacía mucho honor sí propio con andar huído por cosas que siempre anduvo con harta desenvoltura a los ojos de todo el mundo, decidió levantarse el voluntario destierro, aunque este estuviese disfrazado de cortejo, y volverse a la Corte, afrontando gallardamente todas las consecuencias que pudiesen sobrevenir.

Tan pronto como le dejaron libre unos urgentes menesteres, entre los que el más importante era visitar a Teresa, enferma de gravedad y por todos olvidada en un triste zaquizamí de la calle de «Santa Isabel», y en cuyo mal amor todavía se debatía desesperadamente su alma a pesar de estar en proyectos de matrimonio, acudiría a visitar a su gran camarada, y así, como promesa de su presencia, enviaba a Zorrilla, que era por aquellos días su más íntimo amigo.

***

El que andando los años tendría que alzarse con el cetro de la poesía castellana y ya comenzaba a andar para ello los primeros pasos en las ilustradas páginas del *Semanario Pintoresco Español* mereció aquella tarde —la primera que se presentaba en a casa de

Arenzana— los honores de la concurrencia, la cual se deleitó por manera extraordinaria con los desbordamientos caudalosos de su alocada fantasía y, oyéndole referir cómo dejó las abundancias y austeridades del hogar paterno y soslayó las aulas universitarias de la antigua Pincia, para escapar, como lo tendría que hacer algo más tarde su «Don Juan» —a lomos de un mal rocín— hacia la Villa y Corte de las Españas, que a él se le antojaba ni más ni menos que la más alta cumbre del Olimpo.

Durilla era la jornada, y más privaciones que abundancias encontraba a la margen del camino; pero el lo daba todo por bien empleado, porque tenía la certeza de que tendría que *llegar*, y el laurel del genio ceñiría su noble frente.

Doña Francisquita, que veía por primera vez a aquel vate melenudo, encuadrado el aguileño y empalidecido rostro por abundante y sedosa melena, y solo sabía de él la lúgubre y triunfante aparición al borde de una tumba, le escuchaba con más atención que todos los circunstantes y, cuando a través de la charla dijo cómo había pasado su niñez en Madrid, y un viejo caserón de la calle de las «Huertas», que tenía en sus anchurosas estancias las huellas del príncipe moro don Felipe de África, exclamó la azafata de Isabel II:

—De suerte que usted es hijo de don José Zorrilla, el superintendente general de policía más severo que ha tenido España, antes del infame Chaperón.

Y como el preguntado respondiese afirmativamente, acabó de decir la tía de Arenzana:

—Pues, aunque usted me perdone, hijito, le diré que hombre de carácter más avinagrado y de gesto más crudo que su señor padre no pienso verle en todos los días de mi vida.

—Ni yo tampoco —replicó con cierto dejillo de insolencia y bastante falta de respeto para el recuerdo de su progenitor el joven poeta.

—Buena me la jugó tu señor padre, cuando yo pensaba que todo el mundo era mío y presumía de ser el niño más bonito de Madrid y sus posesiones carabancheleras. No era posible jugar con él ni a la lotería… —dijo Ventura de la Vega.

—Algo entiendo que le disteis que hacer con vuestros pujos de conspiradores y con vuestra partida del trueno —repuso Zorrilla.

—Y, ¿qué fue ello? —preguntó Arenzana a Vega, regocijándose de antemano con la promesa de la charla del buen Venturita, que como suya siempre era ingeniosa y amena;

el futuro autor de *La muerte de César* no se hizo de rogar, empezando así la relación de su primero y único encuentro con el severo jefe de la policía matritense:

—Como he dicho, presumía yo de «Lindo Don Diego» y lo poco que mi buena madre podía enviarme desde Buenos Aires —en donde para servir a ustedes tuve el buen gusto de nacer— lo empleaba en el mejor aderezo posible de mi diminuta persona.

Por ir en todo a la vanguardia de la moda que se nos entraba por las fronteras, no se me daba una higa de estar en completo desacuerdo con los usos y costumbres españoles. Abandoné, pues, la capa, prenda castiza de esta tierra, por la «talma» francesa, el sombrero de copa por la «cachucha» republicana y me dejé crecer el bigote, privilegio capilar que a la sazón solo estaba permitido a los militares.

Pues señor, iba yo una tarde muy galán y satisfecho de mi empaque hacia «El Prado», en donde me prometía hacer un verdadero estrago en cuantos corazones femeninos se me presentaran al paso, cuando al desembocar en la «Carrera de San Jerónimo», he aquí que me doy de manos a boca con el señor superintendente general de policía, acompañado de dos polizontes patibularios. Tan pronto como me vio tu «simpático» papá —prosiguió Ventura, dirigiéndose a Zorrilla— vino hacia mí, y sin darme siquiera las buenas tardes, por aquello, sin duda, de que la autoridad está libre de guardar las formas con los infelices ciudadanos, me preguntó en el tono más desapacible que pudo encontrar en todos los registros de su garganta:

—¿Es usted oficial del Ejército?

—No, señor —le respondí yo.

—Entonces —tornó a preguntarme— lo será usted de voluntarios realistas…

Le dije cómo tampoco me cabía esa «honra» y, ahuecando cuanto pudo su voz, repuso:

—Pues si no tiene usted ninguno de esos dos empleos, ¿por qué usa usted bigote…?

Yo, queriendo alardear de humorista, como el cínico que se le ocurre cubrirse estando dentro de una iglesia, contesté con la mayor frescura:

—Porque son los únicos bienes raíces que poseo.

No le satisfizo mucho mi respuesta al severo funcionario y, volviéndose a los esbirros que le seguían, dijo al uno de ellos:

—Lleve usted al señor a la barbería más próxima y mande que le afeiten —y volviéndose a mí, exclamó:

—Si le vuelvo a encontrar a usted embarbado, le envío a la cárcel con todas sus posesiones.

No tuve otro remedio que seguir al polizonte, el cual, cumpliendo al pie de la letra la orden de su superior, me puso en las manos del primer barbero que encontramos por aquellos contornos, quien me dejó la cara monda y lironda como la de un abate… Por supuesto que me vengué no pagando el servicio, pues cuando el rapista me reclamó el importe de su trabajo, le dije señalándole a mi acompañante:

—Que le pague a usted el señor, que es quien le ha mandado afeitarme.

Y el policía, en nombre de su excelencia, no tuvo más remedio que abonar la expropiación forzosa de los primeros y únicos bienes que he tenido y pienso tener en todos los días de mi vida.

Todos rieron la anécdota, y más que todos, Pepe Zorrilla, que continuó haciendo la silueta moral del rigidísimo autor de sus días.

—Hasta al mismo Rey, con ser quien era, le miraba por encima del hombro, y a la más leve objeción que le hiciera, ya estaba poniendo el bastón sobre la mesa. Para él no había partidos políticos; lo mismo eran liberales que absolutistas, dejándose llevar más que de las ideas de un recto espíritu justiciero, y si después le venían con reclamaciones, se encogía de hombros, diciendo que solo se había equivocado de malhechor.

—Tanto era así —apoyó doña Francisquita— que él puso coto a aquel fanatismo realista en la tremenda Real orden de 9 de octubre de 1814, expedida por el general Aymerich, cuyos once artículos declaraban reos de lesa majestad y condenados a la pena de horca a la mitad de los españoles.

—Y modificó el reglamento de policía, que databa de 1815 —continuó el poeta de las leyendas—, y a pesar de estar todavía sostenidas por Ugarte y Chamorro las cuadrillas apaleadoras de Chaperón y Capapé, mi padre refrenó vigorosamente sus agresivas demostraciones, ahorcando, como por equivocación, a varios jefes de aquellas partidas de la porra, muchos de cuyos individuos habían buscado la impunidad de delitos ordinarios y de condenas judiciales bajo la capa de un acendrado amor al soberano absoluto. En vano se importunó al Rey y al superintendente en favor de estos acérrimos

realistas; este reclamó de aquel las facultades omnímodas y la absoluta libertad de acción que había pedido, y se declaró dispuesto a presentar la dimisión de su cargo si Su Majestad no le estimaba digno de toda su confianza.

—Buena la armó en Palacio —prosiguió la camarista— cierta noche con ocasión de los bailes de máscaras…

—Aquellos bailes de máscaras —dijo Arenzana— que el Rey quería prohibir, más que por afán de reformar las costumbres, por miedo a las conspiraciones.

—Cierto —afirmó la dama palatina y como deseando referir el suceso que desde las celdillas de la memoria se le escapaba a la punta de la lengua, prosiguió—: Y el que quiera saberlo de buena tinta, que se lo pregunte a las infantas Carlota y Francisca, y sabrán quién era Calleja, como suele decirse.

—¡Cuente, cuente…! —dijeron casi todos, halagándole el flaco de traer y llevar cuentos palatinos y, sin hacerse rogar más, puso paño al pulpito:

—Aunque hoy ciertamente no traía muchas ganas de conversación —dijo por vía de exordio—, ya que casi puedo decir que, a lo menos por referencias fidedignas, tengo testigo que no me dejará apartarme un ápice de la verdad, van ustedes a saber cómo el señor Zorrilla, padre del gran poeta que tenemos delante, dio un serio disgusto a dos infantas de España. Va de cuento.

***

—Durante los años de 1827 y 1829 fueron desterrados los bailes de máscaras, como ha dicho muy bien el señor Zorrilla, más por miedo a las conspiraciones que por respeto a las buenas costumbres y, sin embargo, se bailaba más que nunca, no solamente entre la clase humilde, sino en muy linajudos y principales salones.

Era a la sazón ministro de Gracia y Justicia don Francisco Tadeo Calomarde; corregidor de Madrid, don Tadeo Ignacio Gil, tan rancio y apegado a las viejas costumbres, que él y el general Eguía eran los únicos españoles que peinaban coletilla y vestían casaca y calzón corto. Inquisidor general era el doctor Verdeja, enemigo terrible de escritores y artistas; comisario de Cruzada y espléndido clérigo, don Manuel Fernández Varela, y superintendente general de policía, el padre de este buen amigo nuestro.

Todos ellos acudían por la noche a la tertulia íntima de Su Majestad, desde las nueve hasta que, sonando en el reloj la primera campanada de las once, se levantaba don Fernando y daba la reunión por terminada.

Una de las noches de febrero de 1829 exclamó el Monarca, dirigiéndose al señor Zorrilla:

—¿Sabe la policía que, a pesar de mi absoluta prohibición, hay bailes de máscaras en Madrid?

El superintendente respondió sin titubear:

—Lo sabe, señor.

—Entonces —replicó el Monarca—, ¿por qué lo consiente…? ¿O es que por acaso hay voluntad superior a la mía…?

—Señor —volvió a responder el padre de nuestro amigo—, yo le prometo a Vuestra Majestad que no tardará mucho tiempo en saber por qué no se puede acabar en Madrid con los bailes de Carnaval.

La princesa de Beira y la infanta Carlota, que estaban presentes con toda la real familia durante este breve diálogo, no sabían en dónde poner los ojos. Se levantó en fin la tertulia y se fue, como dicen, cada mochuelo a su olivo…

Tres noches después de aquella, entraba en Palacio, por la puerta de Caballerizas, un coche sin distintivo alguno, así en las libreas de los cocheros como en las portezuelas y en las guarniciones del tronco.

Dos damas, arrebujadas hasta los ojos en la espuma de sus chales, pusieron sus lindos pies sobre los duros guijos del patio.

Penetraron en el Alcázar por un postigo que franqueó un embozado. Subieron por una escalera de servicio y se hallaron como fin de su correría en el piso principal, pero, al entrar en la primera saleta se toparon con el señor superintendente, revestido de todos los atributos de su cargo.

Las damas, que no eran otras que las ya mencionadas princesa de Beira y la infanta Carlota, no pudieron ocultar el profundo desagrado que aquella a inesperada visita les producía.

Las saludó respetuosamente el primer polizonte de Fernando VII y les pidió permiso para acompañarlas.

—¿Adonde…? —preguntó despóticamente la orgullosa princesa.

—A la cámara de Su Majestad —respondió Zorrilla.

—Y ¿si no quisiésemos ir y nos volviésemos atrás?—preguntó la infanta.

—Encontrarían Vuestras Altezas todas las puertas cruzadas por las alabardas —tornó a responder el superintendente.

Viendo, pues, las augustas y voluntariosas damas que no tenían otro remedio que darse a partido, echaron delante del ceñudo golilla, que las encaminó hacia las habitaciones particulares del Rey.

Cuando el Soberano vio ante sí al policía, entendió que llegaba a darle noticia de alguna conspiración, y como ello era cosa que se había hecho costumbre, le preguntó vagamente:

—¿Qué hay de nuevo…?

A lo que respondió aquel:

—Traer a Vuestra Majestad las poderosas causas que impiden la absoluta imposibilidad de prohibir los bailes de máscaras en Madrid.

No hay para qué decir que el «Deseado» Fernando se despachó a su gusto y que la infanta Carlota se mostró tan ágil de lengua como algunos años más tarde suelta de manos…

… Y desde aquella noche hasta la muerte del Rey, acaecida cuatro años después, no volvieron a celebrarse bailes de máscaras en la Villa y Corte.

CAPÍTULO XI

En donde se ve que el romanticismo de Espronceda le trae un lance desagradable con su mejor amigo

Espronceda no acudió tampoco aquella tarde a la tertulia de Arenzana, según prometiera a Zorrilla.

Otra vez la complicación sentimental de Teresa, el amor de toda su vida, que aunque muchas eran las mujeres que por él habían pasado —ninguna como aquella, la más peligrosa de todas, supo hacerse dueña absoluta de su corazón, tomándole tan por entero, que no le soltó sino cuando ambos amantes, con muy poca diferencia de tiempo, traspasaron las misteriosas fronteras de la vida.

Ya se ha dicho que el motivo principal que Espronceda tuvo para dejar el deleitoso retiro de Aranjuez —en donde acostumbraba a pasar sus murrias románticas y las de otro orden más prosaico, como son las económicas— era el haber tenido noticia de la inminente gravedad en que su ingrata examante se encontraba, y aún más que el cuidado de recoger el fruto que nació de aquel desventurado idilio, su hija, Blanquita, mas, por lo que parece, Espronceda no vio a Teresa.

Supo atender la recomendación del médico, que le dijo que cualquier emoción podría precipitar el fin de la paciente, y así, una vez que se llevó a la niña con su madre, se limitó a pasear la casa en donde moría de haber vivido mucho, una de las más hermosas y más pasionales de su tiempo.

Durante más de ocho días, no fue el dolorido amador por parte alguna, ni quiso ver a nadie.

Solamente después de anochecido, dejaba su domicilio de la calle de la «Greda» y, esquivando encuentros inoportunos, se encaminaba a la de «Santa Isabel».

Una de aquellas noches que más imbuido iba en sus melancolías, al entrar en la plazuela de «Antón Martín», se dio de manos a boca con Juan Miguel. Aunque este no lo advirtió, el sorprendido no pudo por menos de aderezar en su rostro un mohín de disgusto.

Arenzana le echó los brazos al cuello, y como hombre equilibrado, que únicamente en la literatura practicaba las teorías románticas, así de como supo adónde se dirigía su camarada, intentó disuadirle, diciéndole con franqueza, acaso demasiado ruda y cruel:

—Perdona, Pepe, el que te diga que no debes pisar aquella casa, más que para recoger a tu hija, y esto tengo entendido que, cumpliendo como bueno, ya lo has hecho. En buena hora que no abandones a esa desgraciada en las garras de la miseria y la socorras en todo aquello que sea necesario, para que muera en paz y en gracia de Dios si tan apretado es el mal que padece que no hay manera de salvarla…

—¡Ah!, vosotros los hombres serios, integérrimos, que jamás os salís de vuestro cauce, como los riachuelos míseros, y vais ciegos por la vida, dejándoos guiar del lazarillo de vuestro egoísmo… ¡qué duros sois de corazón y qué ruines con los que, dejándose llevar noblemente de los impulsos de su alma y el fuego de la sangre, se apartan de la senda rectilínea por donde camináis vosotros, sin mirar siquiera una vez a los lados del camino! —exclamó Espronceda con amargo acento, en el que también había mucho de agravio para el asombrado Juan Miguel, el cual, no pudo menos de dolerse de tan agrias razones, y así le respondió en tono bien en contra de su carácter apacible y mesurado:

—Se me antoja, Pepe, que interpretas mal mis buenos oficios y el fraternal cariño que por ti siento; pero, en fin, las consecuencias tú solo tendrás que sufrirlas, de manera que, por mí, puedes hacer lo que se te antoje. Creí que nuestra amistad me daba libertad para aconsejarte.

—Pues, entonces —replicó más agriamente Espronceda—, ¿para qué te molestas en dar consejos que sabes que caerán en el vacío…? Métete en la concha de tu burguesía adocenada. Tú no sabes lo que es querer como yo he querido a Teresa; te acataste en un amor encontrado al borde de una mesa-camilla, y ese fue el «finisterre» de tus pasiones.

—Para hablar de la santa mujer que es madre de mi hijo y tan honrada como la tuya, límpiate la boca del nombre de esa… desdichada, que ya en el apellido que lleva, dice bien claro que enloda cuanto toca —dijo Arenzana por respuesta a las duras palabras de Espronceda, al cual, habiéndosele acabado sin duda las razones, alzó sobre el rosto de aquel la enguantada diestra, pero este, que tuvo tiempo para advertir la amenaza, se la detuvo en alto con tanta energía que el agresivo ingenio no pudo hacer el más leve movimiento, y después de darle un recio empellón que casi le arrojó contra la verja de la iglesia de Monserrat, junto a la cual se hallaban, dijo con más pesadumbre que ira:

—¡Eres un… desdichado…! —y, sin esperarse a más, echó a andar calle de «Atocha» arriba con el corazón inundado de pena.

Tampoco Espronceda hizo por seguirle, pero se prometió a sí mismo que aquello no quedaría en aquel estado; iba a lo «suyo», y con ligero paso, para evitar otro encuentro enojoso, se encaminó a la calle de «Santa Isabel»…

Cuando llegó a la casa en que Teresa tenía su humilde morada, casi frontera al palacio de los duques de Cervellón, había cerrado la noche enteramente.

Antes de penetrar en el portal, miró por las ventanas del piso bajo, que correspondían a la alcoba de la enferma, y vio que la habitación estaba completamente a oscuras, sin que en ella se advirtiera la presencia de alma viviente; repiqueteó con los nudillos en la vidriera y nadie respondió desde dentro. ¿Sería posible que hubiesen dejado sola a la infeliz Teresa, que tan próxima estaba de ir a dar cuenta a Dios de sus culpas…?

Penetró en la casa, y varias veces hizo sonar el aldaboncillo que había encima de la mirilla en cruz.

Tampoco respondió nadie.

Al cabo, salió una vecina, la cual dio cuenta de que Teresa había muerto al caer la tarde… Por lo menos, a tal hora la encontraron sin vida las buenas y oficiosas comadres que se habían constituido en sus compasivas enfermeras, a falta de amigos y familiares que cuidasen de ella.

Ninguno de cuantos la trataron en los tiempos que impusiera la tiranía de su pecadora belleza, sino Espronceda, había parecido por la casa, y así, la que siempre vivió y puede decirse que murió de haber estado muy acompañada, cerró los ojos a la luz en la más espantosa soledad.

—¿Quién tiene la llave del cuarto? —preguntó el triste amador.

A lo que respondió la buena mujer:

—Se la llevó el sacristán de la parroquia, que ha de disponer el entierro, el cual ha de ser de misericordia, porque la pobre no tenía otros bienes que los que Dios haya querido darle a estas horas.

El gran romántico no dijo ni quiso saber más, y sin acertar si quiera a despedirse de la oficiosa vecina, salió a la calle, y como un sonámbulo, sin voluntad y sin conciencia de su persona, estuvo ambulando mucho tiempo por las calles de la Villa…

La frescura de la noche, que aunque de finales de septiembre, barruntaba ya muy bien las finales de otoño, le despabiló algo, y de conjetura en conjetura, vino a recordar el desdichadísimo encuentro que en la plazuela de «Antón Martín» tuvo con Juan Miguel de Arenzana de las osadas ausencias que este lazó contra Teresa, y de que, quizá por haberse detenido a escuchárselas, no llegó a tiempo de recoger su último suspiro, y pensando en todo esto, dio en recordarse de que había dejado concertado un duelo con aquel que tan elocuentes pruebas le tenía dadas de quererle y sufrirle.

Buscó a Pezuela y a Ros de Olano, y les dio el encargo de que se avistasen con Arenzana lo más pronto que les fuera posible y desafiarle para las primeras horas del día siguiente.

Aquellos buenos camaradas, así como supieron el motivo que daba lugar a tan desagradable incidente, quisieron disuadir a Espronceda; pero tal era la irritabilidad que este padecía que tuvieron por un mal menor el seguirle la corriente, pensando que por no ser ninguno de los dos rivales encarnizados enemigos, «no llegaría la sangre al río», puesto que viéndose frente a frente en el terreno vendrían las explicaciones del caso y tras ellas el abrazo que saldara la amistad quebrantada en un momento de mal humor…

¡Oh, Teresa! ¡Oh, dolor, lágrimas mías…!

Y como si aquel cuidado fuese el único que el apesadumbrado ingenio tuviera que hacer a la margen de la muerte de la que fue su querida, se encaminó de nuevo a la casa mortuoria, en donde se proponía pasar la noche, hasta que en las primeras horas de la mañana siguiente diera sepultura al cuerpo muerto.

En la casa no había más que el cadáver, ya amortajado por las caritativas vecinas y metido en el humildísimo ataúd al que daban guardia cuatro blandones, empotrados en sendos candeleros de madera.

El portal permanecía cerrado, y ni un alma viviente se veía por aquellos contornos.

Espronceda se acercó a la reja y, asido a los hierros, permaneció largo tiempo, contemplando lo que la «descarnada» había sido servida de dejar de una de las mujeres más hermosas y codiciadas de su tiempo.

Cuando más imbuido estaba el desolado amante en sus tristes pensamientos, que no parecía sino que se había apartado completamente de este mundo, logrando penetrar en las tinieblas del otro en donde ya estaba Teresa, sintió junto otra persona que le preguntó:

—¿Qué hace, amigo? ¿Mira a la muerta?

Se volvió el dolorido, más como si tornase de otras esferas que como el que despierta de sus propios y revueltos pensamientos, y se halló con que quien le interrumpía era el sereno de la calle.

—Si la hubiera conocido, no dijera que era la misma que está ahí esperando a que se la coman los gusanos de la tierra… Un pillo dicen que le trastornó el juicio, y de eso le vino el morirse en lo mejor de su edad —prosiguió el guardián de la noche, pensándose que hablaba con un transeúnte curioso, que al pasar, le llamara la atención el resplandor de los cirios funerarios, y no teniendo gran priesa en proseguir su camino, se puso a contemplar el tristísimo cuadro que se le ofrecía.

Preguntó Espronceda, sin darse a conocer, que cómo habían dejado tan solo el cadáver, sin un alma caritativa que lo velara la última noche que tendría que pasar sobre la tierra, a lo que respondió el vigilante nocturno con cierto tufillo de filósofo de lance:

—¡Ay!, señor, así son las cosas de la vida… Esa mujer, que cuando alentaba atraía a las gentes con el revuelo de su garbo, en cuanto cayó para no levantarse más, nadie se acercó a verla ni a cuidarla, y menos que nadie el truhan que la perdió. Únicamente las vecinas, siempre que sus propios menesteres se lo consentían, cuidaban de ella; pero así de que la pobre cerró los ojos, como ya no le hace falta nada y la muerte es tan poco agradable, la dejaron sola, encargándome a mí que de vez en cuando mirara por la reja y entrase a despabilar los cirios.

En esto, rompió el silencio de la noche el reloj de una iglesia cercana y el sereno se apartó a cumplir su ministerio de decirle al vecindario la hora en que dormía, dejando al que él pensaba que era no más que un curioso transeúnte, en la contemplación de la muerta…

Y pasaron las horas sin que Espronceda sintiese correr el tiempo ni hubiese ruido que le sacase de la abstracción en que estaba.

De media en media hora se sentía la voz del sereno entonando su monótona canturía.

Comenzaba a clarear el día cuando el afligido amante vio interrumpida su fúnebre guarda por la presencia de dos amigos, que se le acercaron resueltamente y no eran otros que Pezuela y Ros de Ulano.

Tan de improviso llegaron, que el atribulado cantor de *El pirata*, al sentir que una mano se posaba sobre el hombro, retrocedió algunos pasos y se aprestó a la defensa.

—Pero, hombre —le dijo Ros de Olano—, ¿tan penetrado estás en tu papel que cuanto te rodea va piensas que sea traslado de otra vida?

—¿A qué venís…? —preguntó el sorprendido en tono áspero—. ¿Ni aquí siquiera puedo estar libre e vuestras intempestivas demostraciones de amistad? ¿Ni los últimos momentos que le restan de estar en el mundo me podéis dejar estar a solas con ella…?

—Es fatalidad de tu destino —le replicó con calma Pezuela— que tanto en vida como en muerte ha de trastornarte el juicio esa mujer…

Y repuso Olano:

—Venimos a buscarte para terminar, como deseabas, el desagradable incidente que promoviste anoche con Juan Miguel de Arenzana.

—¡Ah…! Es verdad. Se me había ido de la memoria —exclamó con profundo desaliento Espronceda; y volvieron a reflejarse en su memoria las severas frases que el autor de *Doña Isabel de Valois* tuvo para la desdichada muerta, que fue en vida poderoso imán del pecado. Sintió recrudecérsele el enojo contra el que hasta entonces fuera uno de sus más entrañables camaradas.

—Todavía estás a tiempo —dijo Pezuela— de volverte atrás de los agravios que le dijiste, y seguramente, Juan Miguel, que te quiere como a un hermano, se dará por satisfecho, y todo acabará con un fuerte abrazo y un almuerzo en «Genieys».

—Por lo que oigo —replicó Espronceda con despectiva ironía—, el caballerito que no tuvo reparo en ofender la memoria de una mujer muerta, le tiene ahora en dar cuenta de su villanía…

—El dolor te ciega y te hace ser injusto —le replicó Olano—. Arenzana está dispuesto, si tú lo quieres, a llevar este asunto hasta el final, por triste y doloroso que sea, y puesto que en ello te obcecas, no perdamos más tiempo. Hemos concertado el duelo a sable, sin

punta, y a primera sangre. Nos parecía que la causa que le ha motivado no daba margen para más.

—Lo que hayáis hecho, bien hecho está. Después de todo, yo no quiero más que darle una lección de cortesía.

Y, volviendo a la reja de la cámara mortuoria, permaneció un buen rato mirando el cadáver que comenzaba a dar los primeros indicios de que la vida toda es miseria y podredumbre.

***

Cuando Espronceda y sus padrinos llegaron a la quinta de Carabanchel en donde tendría que dirimirse la necia querella, ya estaban allí Arenzana y sus padrinos, que eran Ventura de la Vega y Patricio de la Escosura.

Si ha de decirse la verdad, Arenzana esperaba que Espronceda dejase entrever el menor resquicio de reconciliación para arrojarse en sus brazos y darle cuantas satisfacciones quisiera, demostrándole que únicamente el mucho amor que le tenía le había llevado a escarnecer a Teresa; pero aquel estaba tan lleno del recuerdo de la difunta que cada instante que pasaba sin vengar el agravio se le antojaba un siglo, y así, cuando los padrinos propusieron la reconciliación, respondió rotundamente, con energía digna de mejor causa:

—¡¡No…!!

Y Arenzana, que al eco de la conciliadora proposición ya había comenzado a caminar hacia su rival con la diestra extendida, sintió la absurda negativa en pleno rostro, como si hubiera sido una bofetada, y, retrocediendo sobre sus pasos, comenzó a despojarse de la levita.

Se hicieron los preliminares necesarios en esta clase de bojigangas, que pueden tener un fin trágico, y tan pronto como el juez de campo unió las puntas de los sables y dio la voz reglamentaria de «¡Adelante, señores!», comenzó el asalto.

Espronceda, todo nervioso y descompuesto, como si hubiese sido agraviado en lo más íntimo de su honra, atacaba a su adversario impetuosamente, el cual, más dueño de sí y dándose cuenta de la extraña y violenta circunstancia que hacía conducirse a aquel de manera tan desconsiderada, no procuraba más que defenderse.

Retrocediendo llegó Arenzana a la misma tapia de la finca, y como todavía allí siguiera el empeñado ataque de Espronceda, viendo que tanta generosidad no le era agradecida, y aun se veía en peligro de alzarse con un tajo de más de la marca, si se hacía de miel, en un momento que el desconsiderado poeta se descubrió, le descargó un sablazo en el hombro izquierdo que dio por terminado el duelo, por cuanto aquel lanzó un ¡ay! lastimero y, dejando caer el arma, se llevó la diestra a la parte dolorida.

Todos acudieron al herido.

El golpe fue tan recio que el brazo se había quebrado como una caña por cerca del hombro.

Arenzana quedó solo, y profundísimamente afectado fue a sentarse en una piedra que había allí cerca…

Espronceda fue el primero en llamarle, y, estrechándole la mano, le pidió perdón, y queriendo echar la cosa a broma, como para quitar la amargura del que otra vez volvía a ser su entrañable camarada, exclamó:

—Todavía voy a tener que estarte agradecido, pues que me queda libre la mano derecha, que es la que me hace falta para escribir, y además, de esta manera ya tengo alguna semejanza con Cervantes. Mira tú cómo es verdad aquello que se dice: «no hay mal que por bien no venga…».

CAPÍTULO XII

Clásicos y románticos o la convalecencia de Espronceda

Aquel duelo entre dos personajes tan eminentes del mundo literario que hasta aquel desagradable momento habían sido cordiales amigos, tuvo gran resonancia en Madrid.

Nadie acertaba a explicarse los motivos que pudieron tener para ello, aunque los que bien conocían el carácter arrebatado de Espronceda no se espantaban de que por dejarse llevar de él no reparase en saltar los linderos de la más fraternal camaradería.

El golpe fue bastante menos grave de lo que en un principio se creyera. El brazo había sido quebrado por un sitio que tenía buena soldadura, y así era de esperar que la curación sería rápida.

La tertulia que poco antes se congregaba cada tarde en casa de Arenzana, se trasladó a la del autor de *El castellano de Cuéllar*; aquel no solo asistía todas las tardes, sino que eran muchos los días que acompañaba en la mesa al convaleciente poeta.

—Cuando yo te decía —le hablaba este una tarde— que aun tendría que estarte agradecido, pues gracias a este encierro forzoso seguiré, y espero que terminaré ese poema que tengo empezado, el cual, creo que ha de ser lo mejor o lo más malo que ha salido de mi pluma…

Le alentaba Juan Miguel, y cada día le demandaba la lectura de lo que llevase hecho, y a cada estrofa que el ultrarromántico amador de Teresa recitaba iba abundando el oyente en la misma opinión que aquel tenía respecto a su última obra.

Una tarde, después del almuerzo, al que le habían acompañado, además de Arenzana, Zorrilla, Ventura de la Vega y Miguel de los Santos Álvarez, dijo el anfitrión:

—Hoy he de leeros lo que para mí es lo mejor del poema, aunque en realidad no tenga nada que ver con él; tanto es así que pienso en poner al final de la página una nota que diga, poco más o menos: «Este canto es un desahogo de mi corazón; sáltelo el que no quiera leerlo, sin escrúpulo, pues no está ligado en manera alguna con el poema».

Y tomando unas cuartillas que tenía al alcance de la mano, comenzó a leer:

«A TERESA

(*Descanse en paz*).

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido…?».

Y según leía con quebrada voz y llena de emoción, dando prestancia a las magistrales y patéticas estrofas que le habían salido de lo más hondo del alma dolorida, el escogido auditorio iba recogiendo, gratamente impresionado, toda la fuerza emotiva que el poeta supo poner en su obra.

Y acabó la lectura con aquellos versos expresados por su autor con un dejo de amarguísima ironía:

«Truéquese en risa mi dolor profundo…
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?».

Y ninguno acertó a decir ni una palabra.

No supieron más que abrazar al poeta, y Arenzana lloró con él.

***

En tal estado de ánimo estaban los cinco ingenios, cuando se abrió la puerta de la estancia y apareció en ella la breve y rechoncha persona de «El Curioso Parlante», aderezado el rostro con la sonrisa socarrona que le era tan característica, el cual, al ver los entristecidos rostros de sus camaradas, dijo, después de dar las buenas tardes, con aquel optimismo que era el principal rasgo de su persona:

—Qué, ¿conspiráis contra el régimen o es que ha parido la gata…?

Le miraron todos con no muy buen gesto, y Juan Miguel, sin mirarle, le alargó las cuartillas que Espronceda acababa de leer.

Las tomó Mesonero Romanos, y apenas leyó el epígrafe exclamó:

—Ya sé, sin necesidad de pasar adelante, que por ser quien es, será un modelo en su género, y que acaso pasará a las antologías, como una de las páginas más hermosas que se hayan escrito en nuestro tiempo, pero todo ello es romanticismo puro, que no hace más

que envenenaros el alma más de lo que ya la tenéis… Querido Pepe —prosiguió enfrentándose con el viudo honorario—. Tu pesadumbre ya no tiene remedio en la tierra; lo mejor que puedes hacer es mandarle decir una misa, rezarle un *padrenuestro* y… buscar otra.

Y como el aludido le mirase un poco ceñudamente, como si no estuviera dispuesto a tolerar tan irreverentes palabras contra la amada muerta, prosiguió:

—Aunque me mires con cara de ogro… Está muy bien que hagas literatura de tu pena, como Lope de Vega la hizo de casi todos los capítulos de su vida, y eso saldrán ganando las letras españolas, como les ha pasado con «El Fénix de los ingenios», pero, abusando de mi franqueza castellana, como hijo que soy de buen salmantino, te diré que lo que te ha ocurrido es lo mejor que podía ocurrir… Para desfacer entuertos y orillar dificultades que uno por sí mismo no sabe orillar, no hay mejor componedor que la muerte… y ya hemos hablado bastante del asunto. Dadme una taza de café y una copita de «curasao»; el cigarro yo lo pondré y aun me arrojaré a repartir uno por barba, y a otra cosa.

Y, uniendo la dádiva al ofrecimiento, mientras Miguel de los Santos le servía el café que pidiera, fue poniendo un aromático veguero delante del platillo de cada uno de los amigos, los cuales, «resignándose» con su suerte, fueron encendiéndolos calmosamente en un braserillo que sobre la mesa había.

—Ya vemos que estás a cien leguas de nosotros —dijo Arenzana.

A lo que replicó Mesonero:

—¡Claro, hombre…! Pues de lo contrario, no estaría con tan buena salud, sino como vosotros, que parece que estáis espiritados, o como dice la gente castiza de mis Madriles, que «os han sacado el agua…». El romanticismo es una moda que nos vino de Francia, confeccionada por Víctor Hugo, Dumas, Lamartine, Chateaubriand (aunque ya por aquí había dado el primer pinito el coronel Cadalso cuando quiso desenterrar a su querida, la María Ignacia Ibáñez), y que pasará, como pasó el uso de las pelucas y de las casacas, y cuando mucho caso se le haga dentro de algunos años, quedará bajo siete llaves en los estantes de las bibliotecas, como ha quedado el gongorismo. ¿Quién duda que como al fin la nueva escuela es hija de fantasías exaltadas, cuando estas son de las «marcas» que acabo de nombrar, dan obras por el estilo de *El estudiante de Salamanca*, tuya; de la *Doña Isabel* de este; del *Don Álvaro*, de Saavedra; de *El trovador*, de García Gutiérrez, y en

Francia, disparates tan grandiosos como *El Rey se divierte* y el *Hernani*, de Víctor Hugo? A cuyo estreno, dicho sea de paso, tuve el honor de asistir, y en verdad os digo que no pienso divertirme más en todos los días de mi vida. Pero cuando el sistema, por decirlo así, cae en manos de verdaderos locos volvemos a los tiempos, no muy lejanos, en que el indocto senado se regocijaba con las majaderías de *Pedro Bayalarde*, *Hormesinda y Mocasin* y *La Romarantina*.

Y, como parece que los otros, subyugados con la lectura emocional del canto «A Teresa», tenían pocas ganas de hablar, dejaron a «El Curioso Parlante» que se despachara a su gusto en gracia a lo ameno y sustancioso de su conversación, el cual, como le dejaran vía libre, y más si se tratase de temas literarios o de cosas de Madrid, no había quien le fuese a la mano sacando consecuencias del tema romántico, hasta hacer una graciosa sátira, que logró hacer asomar la sonrisa a los labios de sus camaradas.

Y por cabo de su animada parleta afirmó como axioma inconmovible:

—En fin, que sois una partida de locos con mucho talento, y, ¡claro!, como los locos, en fuerza de tener exacerbadas las celdillas del entendimiento, suelen ocurrírseles cosas sublimes, «a veces» escribís obras magníficas…

—Por mucho menos de lo que a mí me ha ocurrido —dijo Espronceda—, Larra, que no era romántico, y como tú, siempre que tuvo ocasión propicia, vapuleó de lo lindo a Víctor Hugo y a Alejandro Dumas, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—Eso no hace cuenta, porque Larra, con toda su apariencia de hombre equilibrado, estaba más loco que todos vosotros.

—Yo creo que eso del romanticismo —arguyó Vega— es una cosa así como el sarampión y la escarlatina; mientras brota al exterior, no hay peligro; lo malo es cuando no pueda romper y se queda por dentro.

—En esto, como en tantas cosas más, nos llevan la delantera los franceses, y de ello soy buen testigo, porque me cogió en París el estreno de *Hernani*, que ha sido uno de los sucesos más regocijados que he presenciado en mi vida.

—¿Por el drama…? —preguntó Zorrilla, que tenía verdadero culto por Víctor Hugo; a lo que respondió irrespetuosamente Mesonero:

—¡Por el drama y por el público!

—Pero, ¡hombre!, ¿tú estás en tus cabales…? —replicó Arenzana, saliendo también por los fueros del gran romántico francés.

—No he de estar —arguyó el iconoclasta autor de *Las escenas matritenses*—. Dejando a una parte la sublimidad de muchos pensamientos y el admirable monólogo de los retratos, es un grandioso engendro y siempre infinitamente inferior a nuestro *Don Álvaro*, que tengo por el modelo del teatro romántico de aquí y de fuera de aquí…

Y, volviendo al estreno de *Hernani*, que sin duda se había hecho el propósito de referir, prosiguió:

—Allí el reclamo se hace mucho mejor que entre nosotros; tienen el espíritu de negociantes mucho más desarrollado que los españoles, que aceptamos como artículo de fe el axioma absurdo y rutinario de que «el buen paño en el arca se vende». Oíd: cuando Hugo puso la palabra «telón» en la última cuartilla de su famoso drama, creyó casi firmemente, porque su vanidad es casi tan grande como su talento, que había escrito la obra definitiva de la literatura universal, no ya contemporánea, sino de todos los tiempos; la leyó en seguida al comité de la Comedia Francesa, e inmediatamente fue aceptada y puesta en estudio, encargándose de los principales papeles los actores más eminentes de la llamada «casa de Molière».

Durante los ensayos se entabló una lucha, que pudiéramos llamar de potencia a potencia, entre la vanidad del poeta y la petulancia de los cómicos, que pensaban que sin ellos no podía haber drama, y cuentan que llegó a ser tanta la tirantez entre uno y otros, que Hugo retiró el papel de «Doña Sol» a Mlle. Mars, la cual, mordiéndose los puños de rabia, viendo el prestigio que tan dura determinación podía traerle, tuvo que cantar la palinodia y someterse a las exigencias del poeta, que, después de todo, sería el que estuviese en lo cierto.

Los ensayos avanzaban lentamente, porque, a pesar de las energías del autor, continuaba sorda la tirantez entre este y los cómicos, los cuales no perdonaban que hubiese quien pusiera en duda su arte. Ellos proseguían, como si dijéramos, «tirando» del drama, fiados en que llegado el momento del estreno, y contando siempre con la «claque», representarían sus respectivos papeles tal y conforme ellos los habían imaginado; pero Hugo, que sospechó la conjura y que fiaba en sí mismo, pensando que los demás no tenían que ser más que autómatas intérpretes de su pensamiento, el día del ensayo general echó esta ducha helada sobre los orgullosos comediantes:

—Señores —les dijo—, ruego a ustedes encarecidamente que se atengan en todo a sus papeles tal y como yo los he creado, sin fiarse a la inspiración del momento, porque como al estreno de mi obra no aspiro a que asista la corte, he decidido suprimir los «alabarderos».

—Pero ¿es posible? —exclamaron a coro los cómicos.

A lo que respondió el dramaturgo:

—Es cosa decidida —y saludando a todos fríamente, dio media vuelta y salió del teatro.

—El autor de *El Rey se divierte* —muy confiado en sí mismo, como ya he dicho— pensó en reemplazar a la «claque» por un elemento más impresionable, mucho más entusiasta, y no tengo para qué deciros que mucho más romántico; tal era el ardoroso bando político que se llamaba «La joven Francia», en el que militaban los más decididos partidarios de su escuela.

Toda la mocedad que integraba los cenáculos literarios, las guardillas artísticas y los talleres de Montmartre, habían sido alistados para la batalla de aquella noche.

Por todas partes, surgían agentes «víctorhuguescos», que denodadamente reclutaban voluntarios para la lucha que debía tener lugar en el primer teatro del vecino reino.

Un compañero mío de hospedaje, llamado Gerardo Nerval, íntimo del gran poeta, viéndome la tarde del 2 de febrero de 1830 buscar en los periódicos un teatro donde entretener la velada, me dijo:

—¿Quiere usted ir al estreno de *Hernani*?

Y como yo conocía todos los antecedentes de esta obra, prometiéndome pasar una buena noche, acepté la invitación.

—Perfectamente —me respondió Nerval—, pero le advierto a usted que, aunque la función no empezará hasta las ocho, es preciso que nos vayamos ahora mismo al teatro, para tomar sitio. (Eran las cuatro de la tarde.).

Me entregó una entrada y allá nos fuimos.

Jamás he visto baraúnda más terrible que la que formaban los partidarios del autor de *Hernani*, que se habían conjurado para llevar dicha obra a buen puerto.

Lo que pudieron alborotar durante más de cuatro horas hasta que se levantó el telón, no os lo podéis imaginar sino recordando lo que son aquí las corridas de toros…

En fin, para no cansaros, y haciéndoos gracia de los hombres más ilustres de la literatura francesa que se dieron cita como testigos de la batalla formal que el romanticismo daba al clasicismo, a las ocho y cuarto se levantó el telón y empezó la representación del drama.

El primer acto fue atendido con religioso silencio, y al final se escuchó una atronadora salva de aplausos. El segundo fue más accidentado. La gente de butacas de orquesta y la de los palcos comenzó a protestar ruidosamente, pero para algo estábamos allí los incondicionales, que les hicimos callar mal que les pesase, pero, en cuanto bajó el telón, el escándalo tomó proporciones de verdadera tempestad. Con los mismos versos de la obra se tiroteaban ambos partidos, arrojándoselos, como si fuesen piedras, de un extremo a otro del coliseo.

—¿Qué hora es…? —pregunta uno, y replica otro:

—Las doce de la noche —y dice un tercero—:

—Pues vámonos, que es tarde…

La frase: «Sí, de tu cortejo soy, ¡oh, rey!, de tu cortejo soy» era tenazmente repetida en los pasillos, por los enemigos del autor, llegando a quedar como una «muletilla» muy parisién. Prosiguió el tumulto en las noches sucesivas, y aquel amigo de Víctor Hugo me contó que cuando la malograda obra llevaba treinta representaciones, se entretuvieron el autor y la actriz Mlle. Mars en contar los versos que no habían sido silbados, y no lograron encontrar uno solo que estuviese limpio del «agradecimiento» del público.

—Y ¿qué prueba eso…? —dijo Espronceda cuando Mesonero acabó su relación—, sino que el vulgo no tiene el sentido del verdadero arte…

—O que tiene una noción de la realidad demasiado equilibrada para prestarse a juegos de esta clase… y como yo no tengo más ganas de hablar, y sí necesidad de hacerme el artículo para el *Semanario*, ya que me habéis dado asunto para él, voy a escribirme unas cuartillas que titularé «El romanticismo y los románticos».

CAPÍTULO XIII

Que también pertenece más a Espronceda que a Arenzana, y en el que se da cuenta de la temprana muerte de aquel

Restablecido Espronceda de su herida, apenas pudo reanudar su vivir cotidiano, se preocupó de tomar nuevos y más sólidos derroteros, completamente distintos de los que siguiera hasta entonces.

Pareció dar de lado la devoción de las musas que habían hecho de él el primer poeta de su tiempo y encaminó sus actividades hacia la política, pero no con aquellos románticos y ardorosos entusiasmos de su primera mocedad que le habían llevado a las logias y sociedades secretas y le obligaron a salir huido de Madrid y buscar refugio, primero, en Lisboa, donde conoció a Teresa; luego, en Londres, y después, en París, y allí se batió en las barricadas por la libertad de los franceses.

Cuando de nuevo se vio en España, su espíritu inquietante comenzó a simultanear la literatura con la política y, combatiendo al Gobierno de Mendizábal, se fue abriendo camino hacia los escaños del Congreso, pasando antes por la carrera diplomática como secretario de nuestra Embajada en La Haya, de cuyo cargo no hizo más que tomar posesión el 29 de enero de 1842 y regresó a Madrid para intervenir en las sesiones del Parlamento, como diputado por la provincia de Almería.

Mucho tuvo que transformarse el carácter del amador de Teresa, desde el día en que ella bajó a la paz de la tierra…

Cuando de vuelta de su secretaría vio a Arenzana —el cual seguía disfrutando las delicias de un hogar venturoso, pero teniendo que trabajar desesperadamente para mantenerlo con decoro, porque las letras son como las flores, en cuanto se deja de cultivarlas se marchitan—, le dijo:

—A pesar de eso, querido Juan Miguel, eres más venturoso de lo que presumes; tienes mujer, tienes un hijo, estás considerado por todo el mundo, mientras que yo tengo que volver a empezar mi vida.

Teresa no se apartaba de su pensamiento, aunque él había hecho para conseguirlo cuanto humanamente le había sido posible, complicándose en los amores de otra imperfecta

casada, a la que dedicó el tomo de poesías que publicó en 1840, con aquel lindo soneto que empieza:

«Marchitas ya las juveniles flores,
nublado el sol de la esperanza mía…».

Pensó que lo mejor para conseguir el sosiego espiritual que tanto era necesario era labrarse un hogar, e intentándolo ello se puso en relaciones con una damisela burguesa de la misma pasta, por decirlo así, que aquella en que, según cruel frase, se había atascado Arenzana al borde de una mesa-camilla, y llegó a hacerse la ilusión de que estaba perdidamente enamorado de ella.

A la sazón se pasaba la nueva enamorada del impresionable vate el mes de mayo en Aranjuez, y queriendo convencerse este de que amor había vuelto a llamar en su pecho, con fuertes aldabonazos, hacía frecuentes excursiones a aquel real sitio.

Ya por el entonces estaba muy quebrantada su salud, pues padecía acerbamente del estómago y le molestaba mucho una afección a la garganta, de todo lo cual no hacía caso, pensando que fuera cosa de poco.

El 18 de mayo de 1840, como si hubiese tenido el terrible presentimiento de que su vida estaba a punto de acabar, se puso en camino, a caballo, no queriéndolo hacer en diligencia porque tenía el propósito de regresar en las primeras horas de la tarde, para intervenir en un debate tan poco poético como la discusión del arancel de la industria algodonera.

Lo hizo tal y como se había propuesto, pero, por lo que parece, la precipitación del viaje le exacerbó el mal de la garganta, y fue en tan terrible manera que cuatro días después, a las nueve de la mañana, dejaba de existir el gran poeta, dejando un enorme vacío en el Parnaso hispano y desbaratado el único nido honesto que se le había ocurrido formar como puerto de refugio, en el que tenía hecho propósito de descansar definitivamente de los rudos temporales corridos en su mocedad.

La muerte quiso que descansara con más verdadero reposo en el sueño de la eternidad, y así le llamó a sus estados cuando la primavera daba las primeras flores y su vida comenzaba a sentir las primeras nubes del otoño.

***

El entierro del malogrado autor de *El diablo mundo* revistió los mismos caracteres solemnes que cinco años antes revistiera el de «Fígaro».

Bien puede decirse que toda la intelectualidad acudió a dejar en la última morada los restos de su insigne y malaventurado compañero.

Desde la casa mortuoria, situada al final de la calle de la «Greda», fue trasladado el cadáver a la parroquia de San Sebastián; resabio era este de la vieja costumbre de que cada parroquia guardase, después de fenecidos, la carroña de sus feligreses…

Allí quedó lo que restaba de lo que fue un gran poeta, velado durante la noche por deudos y amigos íntimos, hasta el día siguiente, a las cuatro de la tarde.

La plaza del «Ángel» e inmediatas calles de las «Huertas» y de «San Sebastián» eran estrechas y mezquinas para contener tanta gente.

No faltaban las representaciones políticas del Congreso, como si el que había hecho su postrera jornada por la vida hubiera sido el más grave y austero padre de la patria.

Poco antes de las cinco fue sacado el cuerpo muerto y colocado sobre una severa carroza tirada por cuatro caballos.

Hasta que el fúnebre cortejo pasó por el teatro del «Príncipe», caminó bajo una verdadera lluvia de flores.

La banda de la Milicia Nacional iba detrás del féretro.

Después de que las actrices de nuestro primer coliseo depositaron su ofrenda sobre el ataúd, siguió el entierro por las calles del «Príncipe», «Carrera de San Jerónimo», plazuela de «Cervantes», paseo del «Prado» y puerta de «Atocha», a cuyo margen estaba y está aún en nuestros días el cementerio de San Nicolás.

Los amigos de Espronceda quisieron que al bajar el cuerpo de este al reino de las sombras, tuviera por vía de introductor a don Pedro Calderón de la Barca, que allí posaba desde que cayó bajo la piqueta urbanizadora la iglesia del Salvador, que fue el primer recinto sagrado que se honró con tenerle en depósito.

Al efecto pasaron el cuerpo del autor de *El estudiante de Salamanca* al lugar en donde yacía el de *El alcalde de Zalamea* y, abierto el féretro del primero, tomó Arenzana una de las coronas que había en la sepultura del clérigo don Pedro y, colocándola sobre la

frente del desdichado amante de Teresa, dijo que se la ofrendaba en nombre de aquel alto príncipe de las letras españolas…

Entre aquel puñado de escritores —flor y nata del romanticismo— produjo intensa emoción la sentida ofrenda de Juan Miguel, y por un momento se hizo un silencio tan profundo que todo el camposanto quedó más callado que cuando no había alma viviente en sus patios.

En el momento en que se iba a cerrar el ataúd, se destacó del corro un joven que llevaba en la diestra mano un pliego escrito; era Enrique Gil. Se llegó más al muerto y comenzó a leer aquella patética elegía —que no es, por cierto, la más hermosa muestra de su lozana inspiración, y que comienza:

«¿Y tú también, lucero milagroso,
roto y sin luz bajaste
del firmamento azul y esplendoroso
donde en alas del genio te ensalzaste?».

No se repitió el milagro de Zorrilla al pie de la tumba de Larra…
Otro profundo silencio siguió a los sentidos versos del vate que supo cantar la humildad de la violeta.
Arenzana quiso poner también el homenaje de su inspiración sobre el cadáver del camarada. Se adelantó llevando unas cuartillas en la mano y se dispuso a leerlas, mas, cuando se acercó al féretro, la voz se le ahogó en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas, de tal forma que no acertaba a ver las letras. Solo pudo decir:
—Para él fueron escritas, que él se las lleve… —Y, depositándolas dentro de la caja, se apartó llorando.

Pocos momentos después Espronceda descansaba en un nicho a ras de tierra, cerca de donde dormía el príncipe de nuestro teatro y junto al lugar que poco después tendrían que ocupar los restos de «Fígaro», trasladados desde el cementerio de la puerta de «Fuencarral»…

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

La «angélica» Isabel

Doña Francisquita, la azafata isabelina, orgullosa de tener en la familia una persona cuyo nombre era pronunciado con respeto y admiración, no dejaba de frecuentar la casa de su sobrino.

Una tarde, se presentó antes de lo que solía tener por costumbre, y así de como repartió un cucurucho de bombones y unos cuantos besos entre los muchachos, le dijo a Juan Miguel, mientras se destocaba la manteleta:

—Hoy se ha hablado de ti en la «casa grande» y se ha hablado muy bien; claro es que tampoco había motivos para hablar de otra manera. La señora no sabía que «tenías la suerte» de ser mi sobrino. Hubo comida de etiqueta con motivo del santo de Su Alteza, y parece que tu camarada Pastor Díaz —cosa que creo no es muy frecuente entre gente de pluma— hizo de ti un encumbrado elogio. Tú, que eres sastre que conoce el paño, has dicho en unos versos que, dicho sea de paso, a mí me parecen los mejores que has escrito hasta ahora:

«… que no conozco un cristiano,
de no estar fuera de juicio,
que diga bien de un hermano
de su oficio…».

—Querida tía, no se ramifique y siga adelante —exclamo Juan Miguel, a quien ciertamente no dejaba de halagar el saber que se ocupaban de su persona en tan alfas esferas.

Y continuó la dama palatina:

—Yo no sé lo que hablarían, porque, como puedes suponer, no asistí al almuerzo, pero cuando Su Majestad fue a vestirse para dar su acostumbrado paseo por el reservado de «El Retiro», me preguntó si yo conocía tu *Cruz de la espada*.

«Ya lo creo, señora —le respondí—, como que el autor de esa lindísima comedia es sobrino mío Y, entonces, la reinecita, con ese gracejo tan suyo que, a veces, le hace olvidarse de su alta jerarquía, para ser, como yo digo, una Isabelita particular, me dijo:

—¡Anda, chica!, que no estarás poco orgullosa de tener en la familia un poeta de las campanillas de Juan Miguel de Arenzana… Pues, mira, tienes que traerle un día para conocerle personalmente. He visto sus comedias y he leído algunos de sus libros de versos, y me gustan mucho. Las cosas, en caliente; dile que venga mañana. Le espero a las doce, después de la firma.

»Entró en esto la tenienta de aya y ya no volvimos a hablar de ti, pero, al salir para tomar el coche, volvió sobre el tema, diciéndome:

»—Paquita, que no se te olvide decirle a tu sobrino que le espero mañana, a las doce, en audiencia particular.

»De manera que ya sabes: mañana te pones tu frac de las grandes solemnidades, y a las doce en punto, te plantas en Palacio. Yo estaré esperándote al pie de la escalera de Damas, y sin formalidad protocolaria ni sombra de etiqueta, te conduciré a la presencia de Su Majestad.

***

Al otro día, minutos antes de las doce, estaba Arenzana en Palacio al pie de la escalera de Damas, previa la autorización del tutor, quien por tratarse de tal personaje, que le fue muy recomendado por Quintana, ayo de Su Majestad y Alteza, pasó por alto el ordinario rigorismo que suele usarse en las costumbres palatinas.

Doña Francisquita no se hizo esperar mucho tiempo.

Como en las novelas de capa y espada y en los dramas románticos, se presentó sigilosamente, tomó de la diestra a su ilustre sobrino y le condujo escalera arriba, llevándole por un verdadero dédalo de galerías y antecámaras, hasta dar con él en una linda saleta, donde le dejó solo, advirtiéndole que se esperase otro poco, puesto que aún no había acabado la firma de Su Majestad.

Todavía estaba Olózaga con la augusta niña, el cual, tanto por ser el jefe del Gobierno como porque era el más cordial y menos ceremonioso de todos los ministros, después de acabado el despacho gustaba de tratar un poco como a niña a la que momentos antes había rendido cuentas como a soberana. Ello hacía que se entretuviera algo más en la cámara regia de lo que para los otros consejeros de la Corona disponía la etiqueta palatina.

En tales momentos, la Soberana de España y de sus Indias se olvidaba por completo de su rango.

A los consejos y consultas del secretario de despacho se sucedían los cuentecillos y bromas del hombre jovial y ameno y las risas de la muchachita, siempre alegre y un poco alocada, que ya va dando los primeros pasos hacia la mocedad. Le agradaba que la tratasen como a una señorita particular y que le diesen noticia de cuanto fuera de Palacio acaecía.

Arenzana, libre de la compañía de su pariente, se dispuso a esperar con toda calma, acordándose, sin duda, del refrán que atribuye gran parsimonia a todas las cosas palatinas.

En su imaginación de poeta, soñaba que antes que a una entrevista de pura cortesía estaba allí como galán de una singular aventura de amor, como aquellas que se cuentan de Catalina de Suecia y de Isabel de Inglaterra y tantas otras soberanas que no tuvieron inconveniente alguno en ponerse la corona por montera, dejando de ser reinas para ser mujeres.

Pensaba que de un instante a otro iba a abrirse ante él una puerta secreta, de las que en las novelas por entregas tienen todos los palacios, y en el umbral iba a presentársele muerta de amor la adolescente Soberana.

Pero su fantasía se despeñaba demasiado; dos o tres años más tarde hubiese estado más cerca de la realidad…

Y la puerta, aunque no secreta, sino bien advertida, tapizada de damasco rojo y orlada de doradas molduras, se abrió y apareció doña Francisquita, que no más de con una seña le llevó tras sí hasta el mismísimo cuarto de estudio de Su Majestad.

Sentada en un magnífico sillón y teniendo en las manos un libro encuadernado en tafilete, estaba la reinecita de España, gentilísimo capullo de mujer, cuyos floridos días aún no contaban quince primaveras.

Así de como vio entrar al poeta dejó la lectura y, tendiéndole la diestra, mientras aderezaba una sonrisa en su lozano rostro, le mandó acercarse.

—He querido que vinieses sin etiqueta alguna, Porque así podemos estar más tiempo hablando dé versos, que a mí me gustan mucho. Quintana, mi maestro, que los hace muy bonitos, me ha enseñado a estimarlos –claro es, que siempre que sean tan buenos como los tuyos–. Yo conozco tus comedias y tus libros. Sé que tu firma es una de las que más aprecia el público. ¿Cuándo vas a «echar» otro drama como *Doña Isabel de Valois*…?

Y la augusta niña preguntaba automáticamente, sin dar tiempo a la respuesta.

Como Arenzana, mientras contestaba como Dios le daba a entender, se miró el libro que la «angélica» Isabel había dejado sobre la mesa, Su Majestad, que lo advirtió, satisfizo la curiosidad del poeta:

—Es de mi maestro —dijo—; el segundo tomo de *Los españoles célebres*. ¿No lo conoces? Es la obra de un sabio que sabe contar las cosas sin hacerse pesado. Mira: perdona que te llame de tú. Ya sé que no está bien. Argüelles me ha dicho que no debo hacerlo, pero ¿qué quieres, hijo?, se me hace muy cuesta arriba el dichoso «usted», y si no fuese por la etiqueta, es decir, si no se espantasen estos —y señaló a doña Francisquita, queriendo personificar en ella toda la grey cortesana—, me gustaría que hiciesen lo mismo conmigo. ¡Oh!, me encantan aquellas épocas lejanas en que no había más que el «tú por tú» para todas las clases y jerarquías. Dicen que mi padre no llamaba de usted más que a Martínez de la Rosa. Pues yo, ni a este, siquiera… No lo puedo remediar… Será muy feo, pero el dichoso «usted» es un hueso que se me atraviesa en la garganta…

Muy entretenidos estaban la Reina y el poeta con tan fútiles conversaciones como la que queda apuntada, sin acordarse para nada de la literatura, cuando se abrió una dorada puerta que al fondo de la estancia había y apareció una dama muy grave y muy estirada, que avanzó ceremoniosa hasta colocarse junto a Su Majestad. Saludó a Arenzana con un leve movimiento de cabeza y dijo a la regia niña:

—Señora; es la hora de la lección y el profesor Valldemosa pide licencia para comenzarla.

—¡Ay, sí…! —exclamó Isabel—. Ya no me acordaba. Hijo, con las glorias se me van las memorias. Perdona, pero las costumbres de esta casa tienen más engranajes que la maquinaria de un reloj. Hay que hacerlo todo a hora precisa. Casi se puede decir que

hacemos vida de cuartel… Ya volverás otro día. Pídeme alguna cosa, que tendré mucho gusto en concedértela.

—Mucho me ha concedido Vuestra Majestad —respondió Juan Miguel— con este rato agradabilísimo. Por otra parte, de momento, no recuerdo que necesite nada. No soy más que un hombre que vive de su ingenio, bueno o malo, y así no tengo cohorte de pedigüeños que me moleste.

A lo que replicó graciosamente la Soberana:

—No siendo dinero, que no lo hay, puedes pedirme lo que se te antoje. ¿Sabes lo que me ocurrió un día con mi intendente…? ¿No? Pues te lo voy a contar, porque ello te dará idea del concepto que tenemos formado del dinero, los que por nuestro rango puede decirse que nos lo encontramos ganado por los demás. Yo soy muy blanda de corazón, y en cuanto me cuentan una lástima, ya me tienes con los ojos llenos de lágrimas y la mano dispuesta a dar cuanto me pidan. Si en esto no me corrijo, sospecho que voy a ser mi propia perdición. Pues sabrás cómo cierto día se me presentó un pedigüeño a quien tú, sin duda, conoces, pero cuyo nombre no hace al caso, y tras contarme yo no sé cuántas desdichas que le traían, como vulgarmente se dice, «con el agua al cuello», acabó por decirme que todos sus males se arreglarían con que le hiciera la limosna de cinco mil duros. Yo, no tanto porque estuviese segura de que fuesen ciertos tantos infortunios como por quitármelo de delante, le di una carta para Heros, mandándole que le facilitase lo que pedía… A la mañana siguiente, al entrar en esta misma estancia, me encontré sobre esa mesa una fabulosa cantidad de monedas de a duro.

—¿Qué es esto? —pregunté al bueno de don Martín, que estaba junto al mueble, como guardián de aquel tesoro.

—Señora —me respondió—, esto es lo que ayer mandó Vuestra Majestad que se entregase a don Fulano…

—Pero, si no recuerdo mal —le respondí—, yo no te mande que le dieses más que cinco mil duros…

—Que son los mismos que tiene Vuestra Majestad delante de sus ojos —replicó mi fiel administrador.

—Pues, ¿tanto dinero son cinco mil duros…? —repuse asombrada—. Pues entonces, no le des más que ocho mil reales y por una sola vez.

»Y, desde entonces, hijo, me he propuesto conceder todas las gracias y mercedes que estén en mi mano, pero lo que es dinero… ni un cuarto.

Y tendiendo otra vez la diestra, que Juan Miguel besó respetuosamente, la «angélica» Isabel dio la audiencia por terminada.

***

Una vez fuera de la regia estancia tía y sobrino, la dama no pudo por menos de protestar enérgicamente de la intromisión de la oficiosa y estirada camarista, que no era otra que doña Juana de Vega, condesa de Espoz y Mina.

—Bien dicen que no tiene de haber procesión sin tarasca. Siempre ha de estar en medio, como el jueves. Si en lugar de ser una reina y una infanta fuesen dos pobres huerfanitas desvalidas, creo que hasta llegaría a pegarles. Cuando me acuerdo de que esta señora tiene no poca culpa de que Su Majestad no firmase el indulto del general León, se me subleva la sangre. ¿Y esta es la viuda del que peleó por la independencia y por la libertad de España…? Si es más absolutista que Fernando VII, porque sabrás que la Reina quería que se le perdonase la vida a aquel desdichado, e iba a proponérselo a Espartero, pero ella se lo quitó de la cabeza diciendo que nada podía hacer sin la autorización de Argüelles, que esta vez, a pesar de su fama de bondadoso, también supo hacerse el sordo. Bien dice la coplita que le cantan por ahí:

«El que fue “divino”
y antes liberal,
como entró en Palacio
se le pegó el mal…».

»La verdad es que con estas gentes de por aquí adentro está poniéndose la casa que tiene más cuenta irse a servir a un mesón…

***

Por la buena acogida que tuvo Juan Miguel en Palacio acabó de hacerse francamente poeta cortesano, como los más de sus camaradas, así insignes como mediocres.

Desde aquel día cantó en las fiestas palatinas y escribió en los periódicos profundamente monárquicos, sin sombras ni resabios de «cristianismo».

Cuando el marqués de Armuña supo que su protegido había logrado meter su inspiración en el Alcázar de la monarquía, aunque en principio se holgó de ello, porque pensaba que Arenzana podría medrar personalmente, dado el despilfarro que la soberana solía mostrar con cuantos se le mostraban afectos, así con la adulación como con el ingenio, no dejó de causarle pesadumbre, porque sabía que mejor canta el gorrión en la soledad del bosque que el canario prisionero en jaula de oro, y así no pudo por menos de hacérselo entender en una carta, tan bien escrita y mejor pensada que no parecía que ella hubiera podido cocerse en la hermética y empolvada inteligencia de un aristócrata.

Sin darse exacta cuenta el laureado autor de *Doña Isabel de Valois*, se fue infiltrando su espíritu del virus palatino y, llevado por las opiniones y cominerías de doña Francisquita, se interesó más de lo justo por las intrigas y bajas pasiones con que distraía la monotonía del vivir ceremonioso y falso de la «casa grande». Así, cuando supo que pensándose en casar a la Soberana, el maestro Valldemosa, profesor de música de Su Majestad, había tomado partido a la solapada por un candidato tan poco a propósito para el caso como el infante don Francisco de Asís, hizo cuanto estuvo de su parte en la opinión para que cuajara tan disparatada boda, que tantas pesadumbres tuvo que acarrear a la política española y a la nación entera, por cuanto el clero de misa y olla, de alforja y trabuco, enseñoreándose de la conciencia poco escrupulosa de aquel matrimonio coronado y por todos conceptos despreciable, fue el verdadero dueño de España, pesase a las energías de Narváez.

La clerecía supo arrimar muy bien el ascua a su sardina y, sin que hubiese manera de evitarlo, fue aceptada la pretensión de don Francisco, que era la que menos podía esperarse, por estar alejado de Palacio y de guarnición en Navarra.

Nunca como entonces, se pudieron aplicar a la triste situación de España los famosos versos de Lista:

«¡Gemid, humanos…,
todos en él pusisteis vuestras manos…!»,

al llorar más tarde las consecuencias de aquel bodorrio, pues la nación entera puso veto a los pretendientes extranjeros, y se pronunció regocijada, en virtud de ser español, por el hijo de don Francisco de Paula y de la infanta Carlota.

CAPÍTULO II

Una nueva «obra» de Arenzana

Corría aparentemente venturoso el año de 1846, en que todo Madrid, y bien puede decirse que toda España, estaba pendiente de las bodas de la Reina y de su hermana, la infanta Luisa Fernanda, cuando nuestro vate tuvo una nueva ventura que vino a aumentar las delicias del hogar.

Precisamente en la misma fecha (16 de octubre), y si no mienten las crónicas particulares, a la misma hora en que la soberana unía su suerte a la de su barbilampiño y pacato primo don Francisco de Asís, veía Juan Miguel de Arenzana aumentarse su familia, con el nacimiento de una niña, que ocho días más tarde recibió solemnemente las aguas del bautismo en la iglesia parroquial de San Sebastián, siendo dicha ceremonia un verdadero acontecimiento, al que asistió lo más florido de las letras y las artes, y aun tuvo su poco de representación palaciega en la madrina, que fue la camarista doña Francisquita, en nombre, nada menos, que de la reina recién casada.

Por tan íntimo acaecimiento —aunque estaba invitado— no fue el dichoso padre como los más de sus insignes camaradas, testigo de los regios festejos, ya harto conocidos por numerosas relaciones oficiales y particulares y, por lo tanto, es ocioso repetir aquí, a pesar del carácter anecdótico de esta relación novelesca.

Claro es que no faltó la oda epitalámica, escrita en versos fríos, académicos y altisonantes. En justo del buen nombre de Arenzana, hay que advertir que cuando coleccionó sus obras completas no se acordó para nada de aquella poesía circunstancial, tan desdichada como el motivo que la inspirara.

***

Crecía la niña —que, en devoción de su augusta madrina y en recuerdo del drama que abriera a su padre las puertas de la celebridad, se llamaba Isabel— como una flor, a la que todos atendían y a la que la familia miraba como la perfección suma de la belleza vaciada en humanos moldes…

Desde que cumpliera el primer lustro, su tía doña Francisquita y madrina en puesto de aquella otra que hacía como que gobernaba los destinos de España, la tomó bajo su férula,

con intención de que cuando faltara de las antecámaras de Palacio, ya porque la «descarnada» se acordase de ella, ya porque la intendencia palatina entendiera que había llegado el tiempo de jubilarla, su ahijada y no otra viniese a ocupar su puesto cerca de Su Majestad, y así comenzó a llevarla consigo, para que se fuera «haciendo» al ambiente y a las personas, que en verdad eran demasiado serias y estiradas para la tal aprendiza de camarista.

Algunas veces pasó a la cámara de la Reina, y como esta aún no había dejado de ser muchacha, aunque ya había salido a la plaza del mundo con muchos bríos de mujer, que, según malas lenguas, no le estaban muy bien a su gazmoño consorte, solía entretenerse con ella y la regalaba bombona y juguetes que hacían las delicias de la ahijadita honoraria.

Esto, acaso no hubiese sido tolerado en los tiempos que eran las tarascas de Palacio la Blake, la de Bélgida, y la de Espoz y Mina, que por nada del mundo, en cuanto estuviese de su mano, toleraban que la reinecita descendiese un solo escalón de su alto rango, pero ya hacía tiempo que tan empalagosas estantiguas habían dejado, o las habían obligado a dejar su empleo, con gran contento de las augustas pupilas, y así no había que temer su intromisión.

Otro nuevo acontecimiento palatino, como fue el nacimiento de la princesa de Asturias, trajo gran revuelo en él caserón de la «Plaza de Oriente».

Aunque lo que se esperaba —hacía buena falta y no llegó hasta siete años más tarde— era un príncipe que asegurase la sucesión del trono, no por eso dejó de alborotarse el gallinero cortesano con la llegada de Su Alteza; y al fin y al cabo, como de costumbre, ello traería la repartición de bandas cruces y almohadas, y eso ya era bastante para que las «sabandijas» de Palacio pusieran caras de pascua.

Para el día en que Su Majestad saliese a misa de parida tema prometida doña Francisquita llevar a su ahijada a la capilla del Alcázar, en donde es tradicional que antes de salir a la calle las soberanas, después de su trance de madre, den gracias a Dios por haberlas sacado con buena salud.

La linda muchacha estaba con tal ofrecimiento como todo niño a quien se le habla de regalarle un juguete, que hasta tanto que no ve la promesa cuajada en dádiva, ni vive ni sosiega.

Y, al fin, como es orden del tiempo que todo llegue y pase, amaneció el día tan deseado por Isabela de Arenzana, que fue el 21 de febrero de 1952.

Juan Miguel, que, como buen cortesano, no dejó de asistir a la ceremonia palatina, aunque tomó por pretexto el hacer compañía a su hija, ya que su pariente, por tener que asistir entre las damas y azafatas, no podía estar al cuidado de la niña, llenó con el suceso de aquel día una curiosa página de sus memorias que aún están inéditas al tiempo de ahora.

Copiaré, pues, aquí la dicha noticia, que es el mejor documento, por ser, como si dijéramos, la declaración de un testigo presencial de que en aquel día pudo haber cesado en España le hégira de los Borbones.

***

«Desde una hora antes de la señalada para comenzar la ceremonia, me encontraba en la galería de Palacio que conduce a la capilla con mi hija Isabel. La niña, acuciada por mi tía doña Francisquita, camarista de Su Majestad, quería presenciar a todo trance la salida de la Reina de sus habitaciones, por verla de cerca, rodeada de todo el esplendor cortesano; yo, ¿por qué no confesarlo?, tenía también mi buena parte de curiosidad, y allí nos fuimos, prometiéndonos ambos pasar unos instantes felices entre el pueblo novelero que acudía a ver de cerca a su soberana.

»A la una en punto salió Su Majestad, hecha lo que se llama una *real moza*, cuyo buen empaque hacía resaltar más el rico vestido y las valiosas joyas con que se aderezaba.

»Risueña, llena de alegría, marchaba la regia madre, mostrando en la placidez de su rostro toda la ventura que rebosaba en su corazón en tales momentos, cuando al dar la vuelta al ángulo que corresponde al salón llamado de las «columnas», de entre la fila de alabarderos se destacó un sacerdote humilde y reverente, llevando un papel en la mano, salió al paso de la soberana, la cual, un poco sorprendida por aquel rompimiento de la rigurosa etiqueta, a ciencia y paciencia de sus más leales guardianes, se detuvo la señora.

»Algo extraño parece que hubo de advertir en los ojos del clérigo, porque, en lugar de tomar prontamente el pliego que le ofrecía, le preguntó:

»—Pues, ¿qué quiere, padre?

»Y el tal, entonces, por toda respuesta, le asestó una puñalada con un cuchillo que traía oculto por el mismo papel que semejaba un memorial.

»La Reina exhaló un débil grito. Se llevó la mano al costado, que retiró con el guante lleno de sangre, y desvanecida diera en las losas, si no se aprestase a sostenerla la marquesa de Povar.

»Aún tenía propósito de segundar el agresor en su infame obra y lo hiciera, a buen seguro, si no le atajara uno de los guardias alabarderos, al que ayudaron los duques de Osuna y de Tamames y el marqués de Alcañices.

»Enorme revuelo y terrible confusión se produjo en toda la galería.

»La gente, asustada, corría de un lado para otro aglomerándose al pie de las escaleras.

»La voz de: "¡Han muerto a la Reina…!", dada por las personas que estaban más cerca, corrió como un reguero de pólvora.

»Hubo sustos, desmayos, pisotones, magullamientos, mantillas rotas, bolsillos perdidos y alhajas robadas, que toda baraúnda es río revuelto para los pescadores de lo ajeno.

»Su Majestad —rodeada del rey-consorte y de las damas—, una vez vuelta del desmayo, no hacía más que preguntar por su hija, recelando que también ella hubiera sido víctima del asesino, pero el teniente de Alabarderos, don Manuel Meneos, tomó en alto a la infantita y la mostró a los ojos de la angustiada madre.

»Cerciorada doña Isabel de que su hija estaba en salvo y sin amenaza alguna de peligro, se encaminó por su pie hacia sus habitaciones particulares.

»En aquel revuelo de avalancha humana que huía despavorida, se apartó mi hija de mi lado, pero no tardé en encontrarla en la misma capilla, asistida por una religiosa, que con otras niñas, hizo la caridad de tomarla bajo su amparo.

»Cogí a la pequeña de la mano y salí de Palacio, sin pararme a averiguar si la herida que había sufrido la soberana era o no mortal, en la certeza de que no tardaría mucho tiempo en enterarme por doña Francisquita…».

***

Hasta aquí la breve relación que de aquel histórico suceso hizo don Juan Miguel de Arenzana.

Por la tarde, la azafata, su pariente, completó con su arrolladora verbosidad lo poco que faltaba.

La buena señora, tan afecta a la casa en donde tenía raíces familiares desde los tiempos de Carlos III, no dejaba de hacerse cruces y de maldecir a aquel mal clérigo que estuvo tan cerca de dejar vacío el trono de España.

—Miren si aún es buena la señora y boba como un ángel —decía la fiel camarista, entre conmovida y enojada por la piedad de la Reina— que las primeras palabras que salieron de sus labios después de curarla fueron para pedir el perdón del criminal. Como al entrar en su cámara viera que llevaba el vestido manchado de sangre, sufrió tal impresión, pensándose que la herida tenía más importancia de la que afortunadamente tiene, que le acometió un nuevo desmayo que le duró más de un cuarto de hora. A cuantos estábamos presentes nos llenó de temor, pensando que su fin había llegado. Gracias a los recamados de oro que adornaban el corpiño y a la dureza de las ballenas del corsé, la herida no ha tenido otras proporciones que las de un profundo arañazo. Tan solo por precaución han ordenado los médicos que se hiciese una sangría no muy copiosa y, así como se llevó a cabo, quedó Su Majestad completamente tranquila. En fin, que pudo haber sido mucho y no ha sido nada. Dios ha querido que en vez de estar de luto estemos de enhorabuena. Ya sé, Juan Miguel, el susto que te llevaste al echar a la niña de menos, pero también sé que estaba en buena compañía. Con el mismísimo Ángel de la Guarda no estuviera mejor. Es la madre Patrocinio, muy amiga de Sus Majestades, que ha de llevar en triunfo este reinado—pese a lo mucho que por desprestigiarla hacen sus enemigos a los ojos de la opinión pública—, hasta el mismísimo reino de los Cielos, que para ello tiene tan buenos valedores como el P. Claret y el P. Fulgencio, que son dos lumbreras de la Iglesia.

Ya sabía muy bien Arenzana quién era sor Patrocinio, y los puntos que calzaba en santidad y en marrullería política, afiliada en cuerpo y alma al partido ultramontano del Rey, y así lanzó sobre ella alguna saeta epigramática que no sonó muy bien en los cortesanos oídos de doña Francisquita y, por ello, no queriendo incomodarla más, creyó conveniente suavizar el aguijón de la burla.

Por otra parte, advirtió que la benditísima y andariega esposa del Señor había parecido muy bien a la pequeña Isabel, y no quiso marchitar en flor la primera amistad que su hija había tenido en el Mundo.

De allí en adelante, fueron muchos los días que la madrina suplente llevó a su ahijada al convento en que estaba sor Patrocinio de las Llagas, y se dijera que para la niña no había mejores ratos que aquellos que pasaba junto a la venerable madre, que la regalaba con

golosinas y entretenía su virginal inteligencia con deleitosas y sencillas historias en las que la Reina de los Cielos, rodeada de su coro de ángeles, se aparece a los niños que son buenos…

CAPÍTULO III

La apoteosis de un gran poeta y las tribulaciones de otro

Juan Miguel de Arenzana proseguía la carrera de triunfos tan brillantemente comenzada con su drama *Doña Isabel de Valois*.

Sus obras continuaban representándose con extraordinario aplauso por todos los públicos, así de Madrid como de provincias, cayendo sobre la escena, cuando la comedia terminaba, coronas de laurel, que eran un rendido homenaje al ingenio que tan pronto había sabido escalar las más altas cimas del Parnaso.

Los poemas y las leyendas debidas a su brillante pluma ocupaban lugares de honor en las ilustradas páginas del «Museo Universal» y el «Semanario Pintoresco», cuajándose a la postre en tomos que editaban Delgado, Boix y Gaspar y Roig, y arrebatados en corto tiempo por el público, pero, a pesar de este buen logro, pocas veces se veía en los centros literarios y artísticos, ni en sitio alguno en donde hubiese demasiado bullicio, a Juan Miguel de Arenzana.

Tenía que ofrecerse una fiesta muy solemne y tenía que ser muy rogado para que se le viera en ella; y no se piense ello fuera porque la fama adquirida le inflara de vanidad hasta el punto de endiosarle… Nada más lejos de esto.

Se decía que la vida familiar le absorbía por entero, no dejándole tiempo más que para proseguir inmortalizándose en el teatro y en el libro.

Las musas eran las únicas que podían con él un punto más que su familia.

No había ventura ni desventura que de ellas le alejaran.

Ya los dos hijos que le florecieron en la vida habían entrado por las risueñas sendas de la mocedad, pero, por lo que parece, ambas flores escondían en sus lindos tallos más espinas que aromas en los pétalos, y esta era la verdadera causa de que nuestro hombre estuviese personalmente alejado del público, aunque en espíritu ni un solo día hubiese perdido el contacto con él.

Parece que aquel hijo que tuvo por su primer triunfo entraba con demasiados bríos en los caminos del Mundo, tanto que se deshojaba prematuramente.

En nada sacaba el desenvuelto rapaz la veta prestigiosa del insigne autor de sus días, y así le iba sembrando la vida de inquietudes y pesadumbres.

De nada le aprovechaban paternales consejos ni severas reprensiones.

Había el mozo caído tan en el fango de la gallofa que no se encontraba medio de ponerle a flote.

El sin ventura padre, porque estas lacenas no saliesen a la luz, pagaba resignadamente el resultado de aquellos escándalos, pero estos acontecían ser tan continuos y costosos que el razonable caudal, honrosamente ganado a punta de pluma, que es muy frágil herramienta para arrancar oro, se iba desvaneciendo como la sal en el agua.

Contra lo que prometiera a su opulento *mecenas*, el opulento marqués de Armuña, a punto de partirse para su Embajada en Londres, Arenzana cayó de lleno en mano de los editores. Delgado le compró la propiedad de sus mejores dramas, y Gaspar y Roig la de sus poemas más inspirados.

Arenzana tenía esa negra honrilla tan corriente en los espíritus firmes y en los cerebros bien equilibrados de no dar al prójimo cuenta de sus pesadumbres, y así, casi nadie tenía conocimiento de su tragicomedia familiar; antes pensaban todos que era el prototipo de la suma felicidad, pues las pocas veces que en ocasiones solemnes y de puro compromiso se dejaba ver, se presentaba pulcro y risueño, que no se dijera sino que en su alma reinaba el sosiego más dichoso y en su hacienda la más honrosa abundancia.

La causa y la ocasión por que esta vez se veía en público Juan Miguel de Arenzana, ya valía la pena del sacrificio que para él representaban las exhibiciones.

EI día en que se comienza la acción de este capítulo era el 25 de marzo de 1855.

La Reina Isabel, en nombre de España entera, iba a coronar en el palacio del Senado al patriarca de las letras hispanas; aquel que cantó rotundamente la grandeza del Mar, la invención de la Imprenta y el heroísmo de Pelayo.

Iba a glorificar en vida a don Manuel Josef Quintana, que fue su ayo y maestro.

Arenzana, que no militaba, ni mucho menos, en la escuela epopéyica y clasicista del veterano autor de *El duque de Viseo*, sentía por él un verdadero afecto y gustaba de pasar en su amena compañía algunos ratos, quiso ser de los primeros en acudir al homenaje que la patria le ofrecía.

Estuvo por la mañana en casa del festejado y pudo apreciar el revuelo que el acontecimiento había levantado en aquel hogar humilde y pacífico lleno de una sencillez tan burguesa que nada hacía presumir que fuese la morada de un gran hombre.

Lo que iban a hacer con el insigne viejecito era demasiado serio para que pesara sobre sus ochenta y tres años sin hacerle mella en el ánimo.

Cuando Arenzana, por vía de burla filial, le halagaba con decirle que bien había sabido amañárselo, respondía su merced, sacando un poco la veta de malhumorado, que fue el rasgo característico de su persona:

—¡Lo que es eso, sí…! Como esto y lo poco que he logrado ser en mi larga vida hubiese tenido que mendigarlo, yo te aseguro que la gente de hoy no tendría la curiosidad de saber quién fue Manuel Josef Quintana; lo mejor que podíais haber hecho tú y todos, empezando por la Reina, era dejarme tranquilo entre las cuatro paredes de mi casa; ya no estoy ni para salir a la calle; además, si quieres que te sea franco, hijo, sabe que esta glorificación me cuesta el dinero.

—¿Que le cuesta el dinero…? —le preguntó Arenzana.

Y le respondió el bueno de don Manuel:

—Como lo estás oyendo. Para presentarme en la ceremonia, yo no tenía más que un frac azul de allá cuando las Cortes de Cádiz, y forzosamente he tenido que hacerme el *uniforme civil* que tendré que lucir esta tarde, y que, dicho aquí para entre los dos, todavía no me ha sido posible pagar…

***

Madrid entero esperaba en las calles al poeta que tan reciamente supo cantar las glorias de España y los triunfos de la Ciencia y execró la tiranía.

Desde muy temprano se agolpaba la gente en la plaza de los «Ministerios».

El Senado vestía de gala.

Poco después de las dos y media entraron los Reyes y en el salón de sesiones, precedidos de la Comisión organizadora del homenaje, rodeados de todo el Gobierno y de la servidumbre palatina.

Así como los Monarcas ocuparon su sitio, dio principio la emocionante ceremonia de circundar de laurel la venerable frente del gran poeta.

Entre el duque de Rivas y Martínez de la Rosa, presidentes respectivos del Consejo de ministros y de la Real Academia Española, apareció Quintana, quien después de llegar hasta las gradas del trono para rendir pleitesía a su soberana y discípula, pues del esposo, puramente decorativo como tal, pero rabiosamente intrigante como palaciego, apenas si había que hacer cuenta, pasó a sentarse junto a la mesa en donde estaba la corona que debería ceñir sus sienes.

Se hizo un profundísimo silencio, nunca mejor hubiera podido decirse que no se oía siquiera el vuelo de una mosca…

Calvo Asensio subió a la tribuna, y la maestría de su oratoria vibró en honor del viejo bardo que, al final de su gloriosa vida, veía alfombrada de flores la postrera parte del camino que le quedaba por recorrer.

La emoción que el gran tribuno supo engarzar en su verbo cálido y lleno de pasión tuvo eco en los corazones y en los ojos de todos los concurrentes al magnífico acto, floreciendo al fin en estruendosa salva de aplausos en las que también las enguantadas manos de Sus Majestades pusieron una laudable intención.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, la «décima musa», como llamaban a la hermosa poetisa cubana los ingenios de su tiempo que se honraban con tenerla por camarada, se alzó de su asiento y todo el vasto recinto pareció llenarse de la luz de su espléndida belleza.

Su arrogante mirada avizoró el sitio en donde se congregaba la gente de letras, como ofrendándola aquella flor lozana de su inspiración, que iba a poner sobre la venerable cabeza del maestro.

Acabó esta lectura, que también fue premiada con una calurosa ovación, y entonces se levantó la Reina llevando en las manos la laureada guirnalda, que colocó sobre las insignes canas de su preceptor.

Sonaron los solemnes acordes de la Marcha Real y se dio el acto por terminado.

Todos los escritores y artistas que acudieron a la conmovedora ceremonia fueron desfilando ante el festejado ingenio, que oficialmente ya era «inmortal», y estrecharon su diestra, que había cesado de ser puente de oro entre el cerebro y el papel.

***

Juan Manuel de Arenzana, en medio de todos sus compañeros, estaba solo…

Por olvidarse de las pesadumbres que se dejaba en su casa, atendía con sus cinco sentidos al espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos, y acaso su pensamiento —nunca, aunque se lo proponga, puede estar ocioso el pensamiento del ingenio— meditaba filosóficamente sobre lo que en realidad y lo que engañan las vanidades del Mundo.

Aquel anciano ilustre, ante el cual en el Palacio de las leyes, representativamente se prosternaba España entera, debía el frac que vestía en su propia apoteosis…

Aquellos Monarcas que gozosos y alegres, llenos de juventud y arrogancia, prestaban mayor solemnidad a la ceremonia, componían uno de los matrimonios más bien desavenidos del reino, porque entre ellos no había amor y así cada cual marchaba extraviadamente, y siempre lejos el uno del otro, por los cauces de su vida, aunque en público se presentaran juntos; él mismo, en fin, estaba allí con el cuerpo vestido de fiesta, pero con el alma llena de melancolías…

De pronto, sintió que una mano se le apoyaba suavemente en un hombro.

Se volvió y se halló con que aquella mano correspondía al brazo fraternal de Antonio Flores, el costumbrista admirable que con su «Ayer, hoy y mañana», había hecho arrugar un poco el ceño a «El curioso Parlante».

Arenzana y Flores eran amigos por encima de la literatura.

Puestos los dos frente a frente ante una mesa de café de «Venecia» o paseando por las verdes frondas de «El Retiro», se olvidaban de su condición de escritores para dar rienda suelta a la franca amistad.

Juan Manuel retrocedió del lugar en donde se encontraba entre Ventura de la Vega y Miguel de los Santos, y se fue junto al autor de *Doce españoles de brocha gorda*.

Juntos salieron del Senado ambos camaradas y, como siempre que se hallaban sin buscarse, pensaron en pasar juntos la tarde.

Bajando por la calle de «Bailen», se encaminaron hacia la «Moncloa», que entonces, como todavía no disfrutaba Madrid de la democrática invención del tranvía, representaba un paseo más que regular.

«Andando a un tiempo y charlando», se dieron detallada cuenta y razón de sus vidas; la de Juan Miguel, tan pronto como se viera a la par de un alma sana como la de Flores, en la que podía reflejarse con toda limpidez y serenidad, tal cual era, corrió con sus ondas de pesadumbre, manadas del corazón.

El autor de *Ayer, hoy y mañana*, que era padrino del primogénito de Juan Miguel, tenía derecho a estar enterado de por qué torcidas sendas echaba sus pasos al entrar en la mocedad aquel niño que él tuviera en la pila bautismal.

Román, que tal era el nombre del muchacho, aunque todavía le faltaban dos años para cumplir los veinte, daba en sacar la veta de los galanes escénicos del autor de sus días, y así era, como ellos, audaz, libertino, pendenciero y jugador.

Raro el día en que su buena madre no tenía que llorarle alguna pesadumbre, y su insigne progenitor no tenía necesidad de reparar algún daño que hiciera el mal acondicionado mozo.

De muy poco valían reprensiones ni castigos (aunque estos, por la blandura de carácter de Arenzana, nunca llegaban a las lindes de la severidad).

Alternaba de ordinario con lo más *escogido* de la gente tabernaria.

Campaba como uno de tantos entre la chulería del *Lavapiés*.

Tema su coima, que era una moza de rompe y rasga, de lo más terne que encerraba durante el día la Fábrica de Tabacos, y siendo noche, recorría con ella las tabernas y garitos más afamados de Madrid, desde los bodegones y merenderos de los altos de «Amaniel» hasta «El Pulpito» de la plaza «Mayor», que parece valer por cuerpo de guardia de la escalerilla de «Cuchilleros», y la zahurda de la calle «Imperial», que desde los tiempos de Luis Candelas seguía siendo lonja de contratación a los discípulos de Caco.

No era el único vástago de su honrada clase que gustaba de revolcarse en el fango de la ínfima plebe, pues otros de su mismo rango social tuvieron que ser sus iniciadores y maestros en tan desaprensivo género de vida.

En fin, que, como dicen, el niño no tenía desperdicio; mimado y desatendido por sus padres, había hecho, desde sus primeros años, su libérrima voluntad.

Arenzana, viviendo como vivía en las nubes de sus comedias, apenas ponía los ojos en la tierra si no era para fijarlos con harta benevolencia en los ángeles de su hogar, y así no

veía que el muchacho no comenzaba con buen pie sus jornadas por el Mundo, y que la niña sacaba un carácter demasiado huraño y misántropo para su tierna edad, y teniéndola sin cuidado los escritos de su padre, no dejaba que se emplearan sus lindos ojos en otras lecturas que la de los libros devotos que le daba sor Patrocinio, de la casta de aquel, venerable y necio Padre Claret, titulado *Alfalfa divina para los borregos de Cristo*.

La compañera del poeta era demasiado sencilla y buena madre para poder apreciar las mañas de sus hijos, y aun menos para corregirlas; antes ocultaba las fechorías del chico y, si ha de decirse verdad, alentaba las aficiones piadosas de Isabelita…

***

Verdadera compasión sentía Flores al escuchar las tristes confidencias de su insigne camarada y compadre, y ciertamente que no acertaba con las razones que pudieran prestarle la limosna de algún consuelo.

Él intentaría entrevistarse con su ahijado, sobre que creía tener alguna ascendencia y, quizá, hablándole al alma, conseguiría más que con amenazas y reconvenciones, y, en último caso, antes de dejarle caminar de tan desatalentada manera hacia el principio de su perdición, amistades poderosas tenían ambos que sabrían atarle corto antes de que cayese de manera que no pudiese levantarse…

CAPÍTULO IV

El último romántico

Era una mañana de 1856.

Más de una hora llevaba nuestro poeta ante unas cuantas cuartillas mordiendo distraídamente el manguillo de la pluma, sin lograr que las ideas bajasen claras y diáfanas a la inmaculada superficie del papel, porque era lo cierto que para llegar hasta allí tenían que romper por en medio de una espesa nube de preocupaciones de aquellas que, aderezando buen talante, le hacían ir dando tumbos por la vida, cuando le avisaron de que un joven desconocido le esperaba en la sala.

El veterano autor de *La cruz de la espada*, como hombre sencillo y de verdadero mérito, siempre se mostró asequible a cuantos llamaron a su puerta y sufrió a cuerpo limpio, sin poner mal gesto nunca, las irrupciones de escritores noveles que iban a presentarle las vírgenes armas con que pretendían entrar en la liza del revuelto campo de las letras, y a pedirle consejos que les hicieran salir más airosos en la empeñada lucha que con la pluma en la mano se proponían tener frente a la vida.

Aunque ya, por las señas que le diera el criado, comprendió Arenzana que el que llegaba era uno de tantos aspirantes a genio, mandó que le pasaran en seguida al despacho que en aquel instante le estaba sirviendo de cámara de tortura.

Momentos después tenía ante sí a un joven de buena presencia y gentil donaire, que, al tenderle la mano, se la quiso besar con muestras de extraordinaria devoción.

No lo consintió don Juan Miguel y, ofreciéndole asiento, le alentó cariñosamente para que expusiera los motivos de su visita, aunque mucho los presumía viendo que bajo el brazo llevaba un razonable sobre que seguramente tendría por alma un libro de versos inéditos o algún drama sin estrenar.

Siempre que se le ofrecían visitantes de esta clase, los miraba con paternal simpatía.

Se le venían a la memoria los años de su ya lejana juventud en que iba pacientemente de un lado para otro en busca de quien le valiese por padrino de los tempranos frutos de su fértil ingenio.

El visitante, que hablaba con un suave ceceo andaluz, le dijo, animado por aquella franca cordialidad que encontró en el maestro:

—Señor don Juan Miguel, yo he podido traer por vía de presentación una carta de algún antiguo camarada de usted y, a decir verdad, la traía, pero siendo como creo que soy, poeta, he pensado que nadie podría presentarme mejor que mis propios versos.

—Así es —le respondió bondadosamente Arenzana—, porque si son buenos, como presumo, aunque esta es la primera vez que tengo el gusto de verle, nadie mejor que ellos responderán por usted.

Animado el neófito por tan alentadoras palabras, prosiguió haciendo su presentación:

—Yo, señor, nací en Sevilla; me llamo Gustavo Adolfo Bécquer, soy huérfano de un modesto pintor costumbrista, más rico en inspiración y en maestría que en dineros. A la muerte de mi buen padre (mi madre murió siendo yo muy niño), quedamos mi hermano Valeriano y yo al cuidado de mi madrina, excelente señora, que ha hecho por nosotros cuanto ha podido, pero que no mira con buenos ojos el que yo haya dejado el arte de la pintura por las letras, y como estas son mi sueño dorado, la única ilusión de mi vida, me decidí a venir a la Corte con todo el fárrago de mis fantasías, muy poco dinero y el proyecto de una obra monumental que titulo *Los templos de España*, en la que tengo puestos todos mis entusiasmos. En mi loca aventura me acompaña un buen camarada, muchacho altamente simpático e ingenioso, llamado Narciso Campillo, que también viene a la conquista de Madrid con las armas de su ingenio. Yo sé, por haber seguido toda su labor, paso a paso, que también usted tuvo necesidad en sus comienzos de luchar como nosotros, y por ello no he vacilado en venir a aconsejarme de su experiencia y a tener la honra de estrechar la mano que sabe escribir versos tan admirables.

Por extremo simpática fue esta presentación para Arenzana y, tendiendo al joven Bécquer la diestra que le pedía, se ofreció a hacer en su favor cuanto estuviese de su parte.

—Y usted —preguntó el maestro al «aprendiz»—, y perdone la indiscreción en gracia al buen deseo de poderle ser útil, ¿con qué otra cosa cuenta además de sus libros inéditos?; porque estos, de momento, y lo sé por triste experiencia, no dan para vivir.

A lo que respondió Gustavo Adolfo con una ingenuidad casi infantil:

—Cuento con mis esperanzas, que son inagotables, y con dieciocho duros, restos de treinta que hizo la caridad de entregarme un tío mío para el viaje, con cuya cantidad bien

puedo esperar cosa de un mes, y malo será que en ese tiempo no encuentre un editor que acoja mi obra y una compañía que estrene el drama que hemos escrito Campillo y yo.

Se sonrió paternalmente Arenzana y dijo, haciendo ademán de tomar el sobre que Bécquer no había abandonado:

—¿Me permite usted…? Supongo que son algunas de las poesías que trae usted para que las vea, y le dé mi opinión sobre ellas. ¿No es así?

—Sí, señor —respondió el incipiente poeta, entregándole el manuscrito.

Hojeó Arenzana con algún detenimiento aquel montoncillo de cuartillas y se detuvo en una que tenía escrita esta «rima» que al cabo de los años fue recio escalón en que se apoyó su autor para subir a la cumbre de la inmortalidad:

«No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta enmudeció la lira;
podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía…».

—Amigo mío —exclamó el maestro, poniendo a una parte el manuscrito, con intención de quedarse con él para leerle despacio y paladear a su gusto todas las composiciones que le formaban—. Solamente por esto que acabo de leer, creo que es usted un poeta de cuerpo entero. Aquí hay un caudal de belleza y de sentimentalismo, que si todos pensaran como yo y hubiese verdadero amor a la literatura, le harían a usted famoso en poco tiempo, pero, desdichadamente, estamos en unos días demasiado prosaicos para que por su propio impulso triunfen las Musas. Poco soy y poco valgo; mi reino ya casi no es de este mundo, pero toda mi escasa influencia la pondré en juego para intentar sacarle a usted adelante como a mí me sacaron Espronceda, Ventura de la Vega y el marqués de Vega-Umbría.

Bécquer no acertaba con las precisas palabras para agradecer tan valioso ofrecimiento y, aunque de suyo no era muy comunicativo, se creyó en el caso de romper con su propio carácter en honor a tanta bondad y refirió los pormenores de su viaje en busca de gloria, desde las pintorescas riberas del «Guadalquivir» a las típicas márgenes del «Manzanares».

Por recomendación de un paisano suyo encontró una humildísima casa de huéspedes en la calle de Hortaleza, en donde pagaba seis reales diarios por el pupilaje completo. Por

tan módico estipendio, claro era que no podía pedir cotufas en el golfo; sabía amoldarse a las circunstancias, pues como no fuera por obra y gracia de la publicación de la obra en que tantas y tan halagüeñas esperanzas tenía puestas o del estreno del drama, no había forma de que se renovase su reducido capital.

Como sus quehaceres no eran otros que procurarse la publicación de aquellos versos en algún periódico y buscar pacientemente un editor que tomase bajo su férula *Los templos de España,* y sus necesidades eran cortísimas, con aquella suma exigua pensaba tener suficiente en espera el logro de sus aspiraciones, pues que para correr calles típicas y visitar monumentos no había necesidad de hacer gastos.

—Pues hay que emplearse en algo más —le dijo Arenzana— y rebajar algún crecido tanto por ciento de esa hermosa fantasía que hará de usted un gran poeta, pero también un hombre constantemente esquinado con la realidad. Procuraremos que sus versos se publiquen, pero no espere que ellos le den de comer, porque los tiempos no están para lirismos. Hoy no compra versos ningún editor; únicamente Delgado hace ediciones de obras dramáticas, y Boix paga a Zorrilla un real por cada verso; los periódicos literarios dan cabida en sus columnas a las composiciones de los poetas ya conocidos, pero sin ofrecerles remuneración alguna; los propietarios de ellos –algunos de los cuales, para mayor ironía de nuestra suerte, también tienen pujos de poetas– piensan que estamos más que bastante pagados con ver en letras de molde los frutos de nuestros desvelos, y en cuanto a lo de distraer sus forzados ocios para procurar más alimento espiritual a sus gustos artísticos recorriendo barrios típicos y visitando monumentos arquitectónicos, también tiene usted que hacer algún descuento. No crea usted que Madrid es Sevilla; los restos que allá por el «Lavapiés» quedan de la manolería y de la majeza, que tan diestramente retrataron don Ramón de la Cruz en sus sainetes y don Francisco de Goya en los cartones que pintó para la Real Fábrica de Tapices, están muy venidos a menos, y como rindiendo culto a la moda y a la renovación de costumbres no visten ya sus típicos trajes de antaño, no muestran más que el desparpajo y el buen donaire, cosas que para usted no ofrecen mucho de particular si no ha de seguir la huella de aquellos dos grandes costumbristas matritenses; de los monumentos más vale callar; los madrileños, gracias al fanatismo de la monarquía y de la grandeza, no tenemos más que conventos feos y destartalados, caserones enormes en los que se alberga la aristocracia, el Palacio Real, la puerta de Alcalá y los puentes de Toledo y de Segovia; para buscar emociones de Arte puro tendrá usted que ir al Museo de Pintura y a la Academia de Bellas Artes, en donde

encontrará huellas de los mejores pintores del mundo y lo mejor de cuanto pintaron sus paisanos Velázquez y Murillo, por los cuales se tiene aquí gran veneración, aunque algún escritorcillo de tres al cuarto, también de su tierra, costumbrista de pandereta, haga suya la doctrina americanista de que Sevilla para los sevillanos, y crea que los magníficos lienzos de aquellos dos colosos de la pintura no debieron salir de las iglesias hispalenses, y que fuera de Andalucía no hay gusto ni Arte, ni siquiera mujeres…

Y así, en animada charla, como si desde antiguo hubieran tenido amistad, estuvieron Juan Miguel de Arenzana y Gustavo Adolfo Bécquer gran parte de la mañana.

De tal suerte habían simpatizado ambos que el viejo rogó al joven que no dejara de visitarle con frecuencia, pues él no dejaría de la mano el procurar que sus pretensiones llegasen a buen logro y, al punto de separarse, pareciéndoles poco el estrecharse las manos efusivamente, se dieron un apretado abrazo.

Las notas de donde el autor va formando esta novela, con eslabones de crónica del tiempo viejo, no dicen más de aquella amistad ni dan noticia de si el ilustre don Juan Miguel de Arenzana llevó a cabo sus buenos propósitos en beneficio de la azarosa vida del vate sevillano. Vinieron para aquel tiempos de íntima amargura y de quebrantos económicos, siendo muy posible que las propias pesadumbres le obligaran a dar tregua a las ajenas, y por ello, el que de allí a pocos años se alzó con el cetro de la monarquía lírica española cruzó los revueltos mares de la vida dando terribles bandazos —que, en muchas ocasiones, le pusieron muy cerca de naufragar— a los impulsos de su propio ingenio…

CAPÍTULO V

Que puede titularse la gratitud de los hijos

Desde el capítulo anterior a este que se abre ante tus ojos, hermano lector, han pasado tres años más.

La vida literaria de Juan Miguel de Arenzana ha continuado por los mismos cauces de triunfo que ya tenía muy bien definidos, sin ascender un escalo más, pero también sin retroceder un solo paso.

En el terreno de la amistad tuvo una nueva pesadumbre. Aquel liberal marqués de Armuña, amigo de literatos y de artistas, que, en los difíciles momentos de sus comienzos le tendiera noblemente la diestra y que pasó a Francia como Ministro de España, había muerto en París.

La gratitud que su protegido le debía floreció en una composición altamente patética, de soberbia contextura, que bien podía ponerse junto a aquellas memorables oraciones poéticas que don Juan Nicasio Gallego escribió en memoria de la hermosa duquesa de Frías y del joven y malogrado conde de Campoalange.

De allí a poco tiempo, los hijos del opulento «mecenas» tomaron la vuelta de España, y con ellos siguió nuestro poeta disfrutando de la misma consideración que siempre había tenido en aquella mansión señorial.

La vida íntima se presentaba cada vez peor para el laureado vate, sin que fuera de su casa llegase nadie a advertir el más ligero reflejo de pesadumbre.

El buen camarada Antonio Flores sacó del sermón que predicara a su desaprensivo ahijado lo mismo que el negro del refrán.

Aquel mozo no tenía redención posible.

Estaba, como dicen, dejado de la mano de Dios.

Había dado de bruces en el fango con el cuerpo y con el alma…

Tras una canallada más considerable de las que hasta entonces habían *ilustrado* su vida, de la que, de no ser hijo de quien era, hubiese dado con sus huesos en Ceuta o en el Peñón de la Gomera, el triste padre, después de comprometerse a pagar la última hazaña de su

primogénito, le procuré un destino en Filipinas, y allá se fue el «angelito de Dios» a ser uno de tantos parásitos sin conciencia ni pudor de los que suele mantener la administración del Estado, y que al fin y al cabo, si no tienen otros más poderosos y desaprensivos que ellos que les guarden las espaldas, dan con sus huesos en la cárcel.

Dentro de la amargura que al autor de *Doña Isabel de Valois* le causaba esta determinación que le traía aparejado el perder un hijo en vida, se prometía entrar en una era de sosiego que le sería muy provechosa para la salud de su atormentado espíritu.

Entre su mujer y su hija volverían la quietud a su ánimo, y el trabajo constante a que se tendría que reducir para intentar pagar las trampas del ausente, no le consentirían otras quimeras en el pensamiento que las necesarias para componer los dramas que le pedía el público y los poemas que le reclamaban los editores.

***

Y aquella hija, que era el oasis florido en donde las pesadumbres familiares descansaban, llegó a la edad en que todo sonríe en la vida —y más estando, como ella estaba, llena de agasajos por los amigos y admiradores de su padre, y por su tía doña Francisquita, que se proponía entrarla en Palacio, al servicio inmediato de la joven Soberana, un día llamó a capítulo a sus progenitores, y cuando estos pensaban que acaso era para manifestarles humilde y ruborosa que Amor había tocado en las puertas de su corazón, se quedaron como muertos cuando le oyeron decir que deseaba consagrar su vida a Dios encerrándose dentro de los sombríos muros de un monasterio.

Cierto que la mística doncella, educada en el afán de que su instrucción fuese lo más perfecta que por el entonces podía apetecerse, con las monjitas de Leganés, y aconsejada continuamente por la intrigante sor Patrocinio, que embrutecía a los Reyes de acuerdo con aquellos dos clerizontes que se llamaban el padre Claret y el padre Fulgencio, nunca tuvo grande apego a las cosas del mundo.

No bastaron las juiciosas reflexiones del padre ni las conmovedoras lágrimas de la madre.

La voluntad de la muchacha, labrada en tan recios yunques del fanatismo, era resistente a las palabras y resbaladiza al llanto.

Ella lo había pensado bien y había sido aconsejada por personas doctas y virtuosas, y veía claramente cómo el niño Jesús la llamaba desde su altar con un amor igualmente intenso que aquel con que atrajo a sus reinos a la Virgen de Ávila.

Ni el intenso canto a la vida que el atribulado Arenzana entonó, haciéndola ver cómo a muchachas de sus personales prendas todo triunfo les estaba reservado, ni que tía Francisquita le asegurara que se abrirían para ella las puertas del Alcázar en donde viviría tan cerca de la realeza, que bien pudiera creerse en muchas ocasiones una princesa de la sangre.

La corte íntima de la «angélica» Isabel podía tenerse por una verdadera corte celestial, mirando al coro de azafatas y doncellas que rodeaban el trono de la hermosa Soberana.

Se dijera que había vuelto la antigua costumbre de la Casa de Austria, según la cual, las damiselas más lindas de la grandeza española componían la servidumbre de la Reina de España. Bella costumbre con la que, así como con los enanos y bufones, acabó la princesa de los Ursinos, cuando valía —sin que efectivamente lo fuera— como tutora de la aniñada Soberana María Luisa de Saboya, primera esposa del primer monarca de la dinastía borbónica…

También estas lisonjeras y halagadoras promesas dieron contra el duro aguijón del acendrado misticismo de la muchacha; antes se creyera que al ofrecerle todo esto como banal apoteosis de su lindeza, le hizo ratificarse con más fuerza en su obstinada obsesión.

—¿No conoces, ¡nenita! —le decía un día su afligida madre—, que si te vas tú, nos moriremos aquí de pena, porque no habrá un cariño que nos consuele de las pesadumbres que tu hermano ha dejado en nuestro corazón…?

—Yo me voy junto a Dios para pedirle que os conceda la paz del espíritu que tanto necesitáis —replicaba la novicia de Cristo, ya con el tonillo gangoso y melifluo tan peculiar en sus castas esposas.

»Ya veréis —proseguía— cómo mis oraciones serán el bálsamo que cure vuestras llagas del alma. Tened fe como yo, y pensando en el Cielo se os olvidará de que estáis en la Tierra.

Doña Angelita no se daba a partido con tan empalagosas razones y, defendiendo bravamente su amor de madre, invocaba la ley de la sangre, que es bendecida por Dios, el cual tiene a su diestra un lugar preferido para los hijos que saben honrar a quienes les trajeron a los caminos del Mundo; pero también esta réplica tenía para la muchacha una vereda acomodaticia con decir que el mismo Jesús había dicho que, quien por seguirle abandonara el amor de padres, hijos y hermanos, entraría con él en el reino de los Cielos.

Y la triste madre, vencida por la egoísta tenacidad de su hija, que por alcanzar la eterna bienaventuranza nada se le importaba de destrozar los más puros sentimientos que florecen en el árbol de la vida, como es el cariño de los hijos a los padres, terminó por cortar el deleznable hilo de sus hipócritas razonamientos, pero, dando suelta al manantial de las lágrimas, que resbalaban sobre el duro corazón de Isabelita, sin dejar la más ligera huella de pesadumbre.

***

Y una mañana de abril de 1858, la gentilísima señorita Isabel de Arenzana, que tan lucido papel pudo haber hecho en la vida por la esplendidez de su belleza y por hija de tan ilustre padre, renunciaba al siglo y entraba en clausura en el real monasterio de la Encarnación, de esta Corte…

Desde aquel punto y hora sí que ya no tenía la vida aliciente alguno para nuestro hombre, y, sin embargo, para vivir y para satisfacer aquella cantidad con cuya estafa hiciera el hijo méritos más que bastantes para avecindarse en cualquiera de los presidios de África, seguía llenando cuartillas que iban a ennoblecer el arte escénico nacional y a enriquecer a los editores madrileños.

CAPÍTULO VI

Cuesta abajo

Se perdió el hijo entre los laberintos del mundo.

Quedó la hija enterrada en vida detrás de unos muros altos y recios en donde solo se vivía con la esperanza egoísta de un bienestar eterno.

Arenzana, sin haber llegado a viejo, pero no faltándole mucho para tan fatal término, más por el fatigado espíritu que por el peso de los años, estaba en pleno ocaso de su vida y de su gloria.

Su nombre ilustre se mantenía venerado gracias a las batallas de ingenio que ganara en los días, ya un poco lejanos, de su mocedad.

A veces, todavía daba una ráfaga luminosa, pero ello acontecía tan de tarde en tarde, y en medio de tan confusas tinieblas, que apenas se percibía.

¡Pobre poeta…!

Fue como la cigarra de la fábula… Cantó durante el verano sin hacer cuentas con el invierno, sin acordarse de que hay nieve en la sierra y es menester, para contrarrestar sus rigores, que haya fuego en el hogar.

Mucha gente hizo negocio a su costa; editores, empresarios y usureros, y al cabo de su vida había apremiante necesidad de pasarse las noches en claro sobre las cuartillas para ganarse el pan que él y su sufrida compañera tendrían que comer al siguiente día.

Muy bien se aprovechaban de la triste ocasión sus inicuos explotadores para pagarle menos dinero y exigirle más trabajo.

Los versos que antes fueron fáciles y sonoros, como abejas locas del panal de una fantasía pródiga y ágil, salían ahora premiosos, llenos de incorrecciones y faltos de pasión.

No brotaban ya aquellos hermosos poemas de la juventud que arrebataban el ánimo y abrían las fuentes del sentimiento, llevando a su autor en glorioso vuelo hasta la más alta cumbre del Parnaso.

Mucho lo conocía él, y así, entristecido por las primeras sombras del ocaso, sin leer siquiera las cuartillas, después de que daba por finada su labor nocturna, las enviaba a la imprenta…

En las tertulias aristocráticas continuaba siendo el vate imprescindible, y siempre que se prevenía fiesta en los más linajudos salones de la Corte, allá iba el caduco inmortal con su fárrago de años y de versos.

Viéndole tan pulido y correcto, nadie dijera que en la intimidad de su hogar solía haber muchas privaciones, por obra y desgracia de la maldad y egoísmo de los hijos…

***

Corría el año 59 e iba ya hacia los finales de su vida, cuando un patriótico acaecimiento vino a levantar el alma de todos los españoles…

España, siempre cristiana y fanática, volvía a declarar la guerra a los que en otros tiempos fueron dueños y señores de nuestro territorio y supieron dejar una huella perenne en el reino de Andalucía.

«¡Guerra al infiel marroquí…!», se oía de un extremo a otro de la Península, y todo era aprestarse para emprender la campaña que habría de hacer humillarse una vez más a la media luna ante la enseña del Crucificado.

Todos los partidos que poco antes arremetían contra tan enconada saña en el campo de la política, olvidaron sus propias rencillas y dieron de lado sus ansias de medro para agruparse en torno a la patria, que creían ofendida y vilipendiada por el bravo e indomable agareno.

Las industrias y las artes latieron alrededor del ejército, que se preparaba para hacer entrar en razón al poderoso sultán de Marruecos, y estando tan ilustres señores empleados en el mejor servicio de la patria, claro es que las letras no tendrían que brillar por su ausencia en tan preciso momento.

El marqués de Molins preparaba a su costa un romancero en el que los más ilustres poetas tendrían que cantar las heroicas hazañas de nuestros soldados contra los feroces hijos del Islam.

Había que levantar el espíritu de la raza, aunque, la verdad, tratándose de volver por los fueros de la Religión, nunca estuvo caído, sino tan ojo avizor, que no más que con hacerle

un guiño o una seña supo ponerse en pie con tanto denuedo como si todos los demonios del infierno juntos los retasen a descomunal batalla.

Y pensar que una religión que tiene su base y fundamento en el fraternal amor al prójimo haya derramado tanta sangre, *ilustrando* sus hechos con tantas crueldades, por el afán de mantenerse única y absoluta ante las demás religiones, que, cuando menos, tenían sobre ella el prestigio de ser más antiguas…

Pero no divaguemos, que no es ocasión ni, por otra parte, tienen estas páginas la pretensión de ofrecer controversias.

Habiendo, pues, la idea de que el Parnaso español pusiera en la guerra que acababa de florecer la contribución de su ingenio, en manera alguna podía faltar en aquella bélica antología que proyectaba don Mariano Roca de Togores la firma prestigiosa del autor de *La cruz de la espada*; se señaló el asunto que tendría que tratar, que, a lo que ha llegado a nuestra noticia, era el embarque de las tropas expedicionarias, y cuando se disponía a escribirle, el corazón del padre venció al cerebro del poeta.

Aquel hijo que había desaparecido entre las bravas olas de la vida, tornaba a la playa de donde partió, con ansias de regenerarse, pidiendo un puesto entre los soldados de la Reina, ni más ni menos que hacían los antiguos creyentes cuando Godofredo de Buillón batió cajas y tocó clarines llamando a todos los fieles de la cristiandad a la conquista del Santo Sepulcro.

El resignado y afligido padre, que no le esperaba, le recibió con los brazos abiertos y como a otro hijo pródigo le honró con fiestas y agasajos, y le equipó a su costa para la empresa que aquel se proponía emprender, con lo que acabó de írsele como la sal en el agua el mezquino patrimonio que le quedaba.

Molins hubo de encargar a otro ingenio de reserva el romance que no pudo escribir Arenzana, y que sin duda hubiese sido una joya más que poner en su tesoro literario…

CAPÍTULO VII

En aras de la Patria

Román de Arenzana partió para la guerra de África, en el tercer cuerpo de ejército que mandaba el general Ros de Olano, a finales de octubre de aquel año de 1859, con el alma henchida de patriótico amor, queriendo ser útil a la nación ultrajada.

Ya que no había sabido ser buen hijo, quería hacer lo posible por ser buen español…

Don Juan Manuel le recomendó con gran insistencia a su camarada el caudillo poeta, a quien otro inolvidable soñador, Pepe Espronceda, dedicara *El Diablo Mundo*, y el bravo militar, por tener más cerca de sí al hijo de su «hermano» en la sublime religión de Apolo, le puso en la escolta de su Estado Mayor.

—Yo te fío, querido Juan Miguel —decía Ros de Olano—, que si mucho pecó tu hijo en la Vida, con esta gran penitencia que va a hacer en servicio de España, si, como espero, es valiente y pundonoroso, le quedará el alma tan limpia como una patena.

Y don Juan Miguel, escuchando a aquel que en los días de la mocedad fue compañero de sus luchas y testigo de sus triunfos, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y la voz, cuajada en sollozos, se le detenía en la garganta.

—Además —prosiguió aquel para mejor confortarle el ánimo—, le acompañará gente de nuestro oficio, que en los ratos de descanso –pues no piense que todo tenga que ser pesadumbres y fatigas– le hallarán llevadera la campaña. Uno es un muchacho granadino, también voluntario, que se llama Pedro Antonio de Alarcón, y el otro, un periodista que se llama Gaspar Núñez de Arce; los dos me parece –o yo he perdido los papeles de escribir– que tienen plumas de águilas…

Este breve coloquio tenían los dos antiguos camaradas de «El Parnasillo», en el andén del ferrocarril de la estación de Atocha, que estaba rebosante de soldados puestos ya un pie en el estribo, para acudir como un solo hombre a vengar el ultraje que las hordas marroquíes de Muley el Abbas infligieron al pabellón hispano, y de familias que acudían a abrazar —acaso por última vez— a los seres queridos, que nada tenían que ver con aquella contienda, pero que eran llevados a dirimirla como rebaño de mansísimos borregos, que, puestos frente al peligro, no dejarían de trocarse en manadas de leones.

Sonó un agudo clarín.

Jefes, oficiales y soldados se metieron en sus respectivos departamentos, y, unos desde los coches y otros todavía desde tierra, aprovechando hasta el último instante, acababan de despedirse, pero no con llantos ni demostraciones desesperadas de amarga pesadumbre, sino como si tuviesen la seguridad absoluta de que aquello no consistía más que en llegar a África, darles un pie de paliza a los levantiscos hijos de Agar y volverse a España al día siguiente, en el mismo barco.

Arenzana dio un fuerte abrazo al caudillo amigo de las Musas, y muchos al hijo redimido…

Silbó impaciente la locomotora.

Sonaron dos gritos estentóreos de «¡Viva la Reina! ¡Viva el Ejército…!», y el tren de los héroes comenzó a correr hacia los lejanos campos de la victoria…

***

Desde el mismo momento en que Román de Arenzana partió para la guerra, ya no hubo para el autor de sus días más vida que aquella otra que alentaba al otro lado del mar, en los ensangrentados campos rifeños.

No otra lectura apetecía que la de los periódicos que publicaban los partes de la campaña, y ningún otro diario merecía su atención como aquel que publicaba los admirables artículos de Pedro Antonio de Alarcón, aquel muchacho de quien le hablara Ros de Olano, y lo que su merced comenzó leyendo egoístamente, porque le parecía que en aquellas crónicas había huellas de su hijo, acabó por tomarlo como recreo y solaz de su refinada sensibilidad literaria, pues el estilo y la fuerza descriptiva de aquellas columnas eran por todo extremo dignos de la más ferviente admiración.

Si su autor proseguía cultivando las letras de aquella suerte, llegaría a ser uno de los más insignes escritores de la segunda mitad del siglo XIX.

Muchas eran las veces que el hijo que por amor a la patria piso los buenos senderos de la vida, prometiendo ser en cuanto finalizase la campaña y retornase a su hogar, enteramente distinto de como fuera hasta entonces, al final de las cartas, en las que daba cuenta y razón de la salud y del estado de ánimo en que se encontraba, decía en lo concerniente a la campaña:

«De la guerra, aunque mucho pudiera escribir a usted, porque es cosa que tiene mucho que contar, según el empeño con que la hemos tomado; la pericia de los generales y el ímpetu que las clases y soldados ponemos en ella, me remito al «Diario» de mi amigo Alarcón, que es el más vivo reflejo de la verdad y maravilla de buen estilo, como usted sabrá apreciar mejor que yo, puesto que es maestro en el arte…».

Así era que el complemento de las cartas del hijo estaba en aquellas otras páginas escritas por un espíritu exquisito y observador entre la baraúnda de las batallas.

Ningún correo dejaba de traer carta para don Juan, quien, viendo aguijada su inspiración por aquella filial correspondencia, llegó a pagar con usura la contribución que debía al *Romancero de la Guerra de África*, editado por el marqués de Molins, en cuyo florilegio, como ya queda dicho, colaboraron, inflamados de patriótico entusiasmo, las más ilustres plumas de la época, sin que —dicho sea de paso, y sin ánimo de censura— correspondiera el fuego de la inspiración al entusiasmo que la causa había despertado.

El poema de Arenzana fue una de las páginas más bellas que el ingenio español dedicara a la famosa campaña.

Pulsó las cuerdas de la lira antes el amor paternal que otro sentimiento alguno, y la poesía brotó limpia y fecunda de los manantiales del alma…

Fue la última y la más elocuente palabra que dijeron las letras españolas, de aquella nueva victoria con que la nación enjoyecía una vez más su gloriosa corona.

***

Las postreras noticias que Arenzana recibiera de su hijo tenían fecha del 1 de febrero de 1860.

Le anunciaba en aquella carta que se preparaba el asalto a Tetuán, y todas las tropas que tendrían que tomar parte en la operación estaban ansiosas de oír el toque de ataque y la voz de los jefes que deberían lanzarles contra la codiciada plaza.

Supo después, por los periódicos, que había tenido lugar la anunciada empresa, con enorme triunfo para nuestras armas, y que fue tal el quebranto que recibiera la morisma con aquel empuje violentísimo, que se tenía por cosa segura y cierta que aquella sería la última jornada del castigo tan duramente aplicado al orgulloso sultán.

Pero la carta del hijo, dándole cuenta del importante acaecimiento, no llegaba.

Nunca había buscado con tanto interés la crónica semanal de Pedro Antonio de Alarcón, pero el gran cronista no hablaba en su hermoso trabajo más que de la victoria lograda…

Era tanto el entusiasmo y tan avasalladora la que le embargaba en el momento de trasladar al papel lo que vieron sus ojos, que se dijera que la pluma había pasado grandes apuros para recoger el copioso raudal de las ideas. Pero a don Juan Miguel nada le importaba en esta ocasión de filigranas literarias; solo tenía ojos para buscar afanosamente la huella de su hijo en cuantas cosas leía concernientes a la guerra.

Acudió al Ministerio, y allí le dijeron que había muchas bajas, pero que de momento ignoraban si Román de Arenzana estaba entre ellas.

Un coronel amigo se ofreció a tenerle al corriente, y como quien sabe algo desagradable, pero no se atreve a dar la mala nueva, le dijo:

—Por ahora, mi señor don Juan Miguel, nada puedo adelantarte ni en pro ni en contra, porque todavía no sabemos nada en concreto; pero como la empresa, aunque victoriosa para nosotros, no se ha hecho sin que deje de costarnos bastante sangre, nada tendría de extraño que la de usted hubiese contribuido a fecundar aquel maldito suelo…

—Luego, ¿usted sabe algo…? No me lo oculte, aunque sea lo más horrible. Prefiero la más cruel realidad a esta torturadora incertidumbre que me mata —exclamaba angustiosamente don Juan Miguel, a lo que el militar replicó, procurando sosegarle y preparar a un tiempo mismo su ánimo, para asestarle el dardo acerado que habría de hincarle en medio del corazón—: No sé nada, amigo mío; pero en estos casos es preferible ponerse en lo peor, para que si ciertamente llega la desgracia nos coja prevenidos, y si no, como espero que será en el caso de usted, la alegría sea mayor al encontrarse al ser querido en buena salud.

Y Arenzana salió del departamento oficial con la angustia enconada en el alma…

Aquella misma tarde recibió la visita del coronel, quien, tras los piadosos preámbulos propios de tales circunstancias, cuajó en realidad la sospecha lacerante del ilustre poeta; su hijo había muerto en la toma de Tetuán, pero no en el momento fragoroso del combate, sino cuando ya todo estaba concluido y las aguerridas fuerzas, al mando del general Prim, se disponían a buscar el descanso que tanto necesitaban.

Lo mató su pundonor militar.

Hasta para morir fue desgraciado aquel pobre muchacho…

Ya sí que podía decirse que, en la casa del viejo poeta, tan mimado por la efímera gloria de los triunfos literarios, pero tan castigado por la Vida, se hizo la noche para siempre…

CAPÍTULO VIII

En donde Pedro Antonio de Alarcón cuenta la heroica pero estéril muerte de Román de Arenzana

Una de las primeras visitas que el ilustre «testigo» de la guerra de África hizo, tan pronto como asentó su planta en Madrid de regreso de la campaña tan felizmente terminada, aunque a costa de tantas vidas, fue para don Juan Miguel.

Después de los primeros momentos, que fueron de intenso dolor por la fuerza del recuerdo del hijo fenecido, el poeta, que ya en plena mocedad se había hecho célebre con aquella interesantísima relación, entregó al desconsolado padre los documentos que del difunto llevaba y que no eran más de una cartera y un escapulario del Corazón de Jesús, en torno del cual iba escrita la consabida leyenda: «Detente, bala, el Corazón de Jesús está conmigo», que precisamente por aquella parte estaba atravesado por una bala musulmana, que, sin duda, no sabía leer.

A las instancias de Arenzana, ansioso de saber si su desdichado vástago se había portado tal como bueno en la hora suprema, refirió Pedro Antonio el trance fatal que acaeció a su lado, habiendo podido ser el también víctima elegida para aquel estéril sacrificio.

***

Había terminado la gloriosa jornada de Tetuán que fue la última de aquella breve pero terrible campaña, en la que las armas españolas vencieron una vez más a las huestes agarenas.

Todo era júbilo en los campamentos, y jefes y soldados fraternizaban alegremente, ante la cercana perspectiva de regresar al suelo patrio.

Se dijera que los mismos heridos, aun los que estaban en trance de muerte y casi podía tenerse por seguro que no tornarían a pisar los caminos del mundo, ante la certeza de que todo había terminado y en plazo breve volverían a verse entre los brazos de los seres queridos, se aliviaban notablemente.

Ya nadie pensaba en otra cosa que en que le dieran la orden de embarcar, y en todas partes se sentía el castizo rasguear de las guitarras y el claro borboritar de las coplas, en que cada región española tenía su eco, olvidándose, un poco por la alegría del desquite, de que

aquella victoria, que ponía fin a la enconada lucha entre la Cruz y la Media Luna, nos costaba la vida de mil ciento quince hermanos.

En torno al conde de Lucena, que tan felizmente llevó la dirección de toda la campaña, se agrupaban muchos de los generales, jefes y testigos que tomaron parte en la encarnizada batalla; de pronto, se oyó un tiro y pasó silbando una bala por encima del grupo que formaban O'Donnell, sus subordinados y los corresponsales de la Prensa extranjera y española.

—Es la posdata de la última carta que han escrito, o mejor dicho, el sello —exclamó un sargento andaluz de la escolta del generalísimo.

Pero no se había acabado de reír la gracia cuando un segundo disparo cortó a todos la risa en los labios; uno de los correos de gabinete exhaló un débil gemido y, doblándose sobre la silla, dio pesadamente en tierra, sin que por la rapidez con que acaeció la desgracia hubiese una mano cercana que pudiese sostenerle.

El general fue el primero en darse cuenta de la desdicha, y como viese la sien derecha del infortunado ayudante atravesada por la bala traidora, exclamó:

—Está muerto. Quitémonos de aquí; el que tira está bien parapetado, por lo que parece; le ofrecemos buen blanco, y si no nos disgregamos, acabará por dar buena cuenta de nosotros.

Se obedeció aquella orden prudente, aunque de mala gana, porque todos quisieron salir para el lugar de donde habían partido los traidores disparos.

Cuando todos estuvieron en lugar seguro, al abrigo de unos altos peñascales, que por aquella parte había, se adelantó un sargento, y acercándose a O'Donnell, le dijo:

—Mi general: sin duda, el que tira tan a mansalva es un moro traidor que se ha quedado escondido, con la aviesa intención de asesinar a vuecencia, porque los tres tiros que ha disparado venían dirigidos hacia esta parte. Si vuecencia me da su permiso, iré a buscarle con cuatro hombres, y no porque para dar con él y traerle arrastrando deje de bastarme yo solo, sino porque si me toca caer a mí, no se quede mi cuerpo entre los moros.

Tal era la gallardía, sin baladronadas ni jactancias pretenciosas, con que hablaba aquel hombre que el conde de Lucena no tuvo inconveniente en acceder a su petición.

—Es usted un valiente —le dijo—. La empresa es peligrosa, porque como el traidor está bien resguardado y ustedes forzosamente tendrán que caminar a cuerpo descubierto, tienen muchas probabilidades de no volver.

A lo que respondió el decidido voluntario:

—Lo sé, mi general, pero aunque tuviese la absoluta certeza de que tendría que ser así, es tanto el coraje que me embarga que, por verme frente a frente a ese infame, no debería dejar de ir a buscarle…

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el Presidente del Consejo de Ministros.

—Román de Arenzana —respondió el arrojado sargento.

—¿Acaso es usted pariente del poeta del mismo apellido? —tornó a preguntar el caudillo; a lo que respondió el valiente, poniendo un cierto dejo de noble orgullo en la respuesta.

—Es mi padre.

—Por lo visto, el autor de *Doña Isabel de Valois* —repuso O'Donnell— lo mismo recoge laureles en los campos de las Letras que en los de batalla. Tome usted los hombres que crea que le son necesarios y que Dios le proteja. Haga usted cuenta de que, desde este mismo momento, lleva usted en el brazo las estrellas de teniente.

Y Román de Arenzana partió con otros cuatro valientes en busca de aquel moro, que hablando con verdad, antes que por traidor, podía tenérsele por el último grito de la protesta de su indomable raza.

El resultado, bien triste, por cierto, no se hizo esperar mucho tiempo.

Apenas había transcurrido media hora cuando aparecieron los cuatro soldados trayendo consigo el cadáver del bravo muchacho.

Quiso el general saber punto por punto cómo acaeció aquella desgracia, de la que, como queda dicho, no hizo él muy bien presagio antes de ponerla por obra, y sucintamente fue referida por los que en ella tomaron parte.

Salieron todos cinco del cuartel general y, ocultándose entre las jaras y chumberas, pudieron llegar hasta pocos pasos del tenaz enemigo, sin ser advertidos por este, que tenía puesta toda su atención en el grupo de generales, con el fin de ver si acertaba a

«despachar» al caudillo que, con tanta fortuna como pericia en el arte de la guerra, había ilustrado con tan señalado triunfo el turbulento reinado de Isabel II.

Tan enfrascado estaba el agareno en la mortal labor que entre manos traía que no se apercibió de que la muerte estaba a sus espaldas.

Por dos veces estuvo francamente a tiro de los fusiles españoles; pero Arenzana, que a cada disparo que hacía el rifeño sentía hervirle la sangre, lo impidió porque quería cogerlo vivo.

Por fin llegaron hasta su guarida.

El sargento fue el primero en saltar a su lado y agarrándole por el cuello, le arrojó violentamente al suelo.

Cuando sus compañeros iban a echarse encima, grito Román:

—¡Es un hombre solo…! ¡Dejadme a mí…!

Desenvainó el sable y, cruzándole la cara con la hoja de plano, exclamó:

—¡Levántate, canalla, que no quiero matarte como a un perro sarnoso, sino de hombre a hombre…!

A1 tremebundo latigazo del acero, que levantó un terrible verdugón en la horrible jeta del marroquí, salto este como una fiera herida, llevando armada la diestra con una afiladísima gumía, pero Arenzana ya estaba en guardia, y de un formidable sablazo le hendió la cabeza hasta la frente.

Toda aquella enorme mole de carne negra se desplomó en el suelo, desangrándose como un zaque roto.

Dando por terminada felizmente la hazaña, se volvía el pelotón, y el vencedor se entretenía en limpiar su acero en unas matas, cuando sonó un disparo y el aguerrido mozo cayó con el cráneo atravesado por un balazo.

El moro, al recibir el formidable tajo de su enemigo, había caído junto a la espingarda. En los estertores de la muerte, y aprovechándose del descuido en que los soldados estaban, creyendo estos que ya nada tenían que temer, tomó el arma y la disparó contra el que tan bizarramente le había dado pasaporte para la otra vida.

Los soldados entonces, no siendo dueños de contener su ira, cerraron contra el agareno y a puras cuchilladas y bayonetazos acabaron con él…

Nuestro gran poeta escuchó el emocionante relato de la muerte de su hijo, sin que una sola lágrima pudiese manar de sus ojos.

¡Tan grande era la fuerza de su dolor…!

CAPÍTULO IX

Camino de la decadencia

Tantos infortunios y desventuras, si no lograron resquebrajar la fortaleza moral de don Juan Miguel de Arenzana, minaron de tal manera la salud de su infeliz compañera que, poco antes de cumplirse el año de haberse quedado sin hijo en este mundo, pasaba a hacerle compañía en la otra vida.

Aquella santa mujer, admirable ejemplo de esposas y de madres, era el último puntal que sostenía su vigor de hombre fuerte; era el ala última de su fantasía que se deshacía para siempre; era, en fin, la última estrofa del poema de su hogar, que no volvería a dar frutos.

Tan solo quedó que los hijos de Armuña quisieron llevarle a su mansión señorial y tenerle en ella como un individuo más de la linajuda familia, pero él quiso alejarse del suelo que solo le daba flores para la frente y espinas para el corazón, y estimulado por los ejemplos de Zorrilla y García Gutiérrez, que habían pasado el mar en busca de consuelo para sus pesadumbres morales y de sus quebrantos financieros, expuso a sus alcurniados protectores su resolución de hacer aquella escapada, aunque no fuese más que por mudar de ambiente, y al comenzar la primavera de 1864 partió del puerto de Santander en un magnífico barco inglés con rumbo a la Habana.

***

Pocas noticias hay de la estancia de Arenzana en tierra de Indias.

En Cuba, se encontró con el autor de *Venganza catalana*, y en México, con el de *Don Juan Tenorio*, los cuales ya habían hartado de romances y de leyendas a los americanos, llevando cada uno la obra a que debía su fama a las mismas guaridas de los nietos de Moctezuma y a los más escondidos bohíos de la Manigua.

Nuestro poeta no tenía el espíritu andariego de Zorrilla y, por ende, no correspondieron los triunfos al mérito de las obras; además, que por donde había pasado el gran vate legendario no quedaban ganas de escuchar nuevos versos, y los «mecenas» que él encontrara se tornaban huraños y esquivos tan pronto como el gran don José se echaba a cuestas su inspirada lira y se iba a otra parte con sus leyendas.

El carácter de Arenzana no era tan asequible a a adulación como el del ilustre cantor de Granada, e iba «a cuerpo limpio» con sus versos, los cuales no estaban hechos a la medida de cada país que visitaba, y como las más de aquellas tierras estaban recién emancipadas de la tutela española, no mostraban mucho entusiasmo al oír las estrofas hinchadas de castellanismo y retóricos elogios a los antepasados caudillos que supieron echarles al cuello el dogal de la esclavitud.

Recibían cortésmente a su merced los centros culturales, como academias, ateneos y círculos, pero el verdadero público no llenaba los teatros cuando anunciaba una audición de sus poesías o conferencias acerca de nuestra literatura.

Obra de dos años estuvo nuestro hombre por aquellas lejanas tierras, emancipadas hijas de España, retornando al cabo de ellos tan desilusionado y triste como se partiera, con la misma penuria en el bolsillo y el mismo vacío en el corazón.

***

No hay cosa que tanto haga florecer el olvido como la ausencia, y más cuando el ausente no deja en el suelo que abandona recios eslabones de sangre.

Aquellos cinco años que don Juan Miguel permaneció en América, representaron diez para la conservación de su nombre en Madrid.

Durante este tiempo, vinieron nuevas firmas a la escena y al libro, de suerte que apenas se representaban sus dramas y se vendían muy pocos ejemplares de sus novelas y poesías.

Hasta corrieron rumores de que se había labrado nuevo hogar en una de aquellas lejanas Repúblicas, y, haciendo claudicación de su acendrado españolismo, se decidió a quedarse en aquel rincón del americano continente, como poeta nacional del Estado, que había hecho la caridad de acogerle.

Así es que cuando, menos se le esperaba, se le vio entrar en la villa y Corte —y ya queda dicho en qué históricos y críticos momentos—; se le tuvo por fracasado y hubo comentarios poco piadosos en los círculos y en los periódicos.

El teatro romántico, del que había sido uno de los principales caudillos, estaba también en las postrimerías y comenzaba una nueva modalidad en las Artes y en las Letras…

Estaban en apogeo, como nuevos valores en el teatro, Ayala, Tamayo, Eguílaz, Rodríguez Rubí; sobre todo, este último, que era el más inferior de todos, ramplón en la forma y

falso en el pensamiento, era el autor de moda; de manera que las comedias de Arenzana y de sus ilustres compañeros, aquellos pocos tertulianos que todavía quedaban de «El Parnasillo», se tenían por anticuadas y rancias; en una palabra, se habían pasado.

Y el que cuando no era nadie vio de pronto a la veleidosa fortuna esclavizada a sus pies tuvo que volver a empezar… y pasó por la pena de ver que obras ya no iban como antaño, con la última cuartilla, desde la mesa de su despacho a la concha del apuntador.

Ahora tenía que esperar turno y pasar por la humillación de perderlo como se le pusiera por delante algún esperpento de Rubí o alguna sosería de Eguílaz.

Los novelistas que entonces, como suele decirse, «llevaban el gato al agua» eran Fernández y González —el único que tenía derecho, aunque también por la necesidad de vivir hiciera las más de las veces bochornosas concesiones a los editores y al público—, Ortega y Frías, Ayguals de Izco, Tárrago y Mateos, Parreño, y de alguna más altura literaria, salvando la primera de dichas firmas, comenzaban a hacer sus primeras armas en la Prensa ingenios que pocos años más tarde debían ser legítimas glorias de nuestro Parnaso, como Alarcón, Valera, Galdós y Pereda.

Aunque lejos de España, continuaba Zorrilla conservando el cetro de la poesía lírica; Campoamor, con sus *Doloras* y *Humoradas*, seguía siendo el bardo de las mujeres, y Núñez de Arce daba ya muestras muy elocuentes de alzarse con el «arciprestazgo» de la poesía épica y ampulosa, que andando los años tendría que florecer en los *Gritos del combate* y en aquellos poemas que tan magistralmente fueron leídos por Rafael Calvo en las veladas literarias del teatro Español.

Ventura de la Vega y Pastor Díaz habían muerto. Escosura, Ros de Olano, Pezuela y Molins vivían casi por entero consagrados a sus carreras militares o políticas, y en un saludable apartamiento de las Musas, pues únicamente cuando no tenían mejor cosa en que emplearse, se ocupaban en estropear las blancas cuartillas que pillaban al alcance de sus manos.

Bretón, Hartzenbusch y García Gutiérrez se habían encastillado, respectivamente, en la Academia de la Lengua, en la Biblioteca Nacional y en el Museo Arqueológico, y muy de tarde en tarde volvían a acordarse de que había teatros en Madrid.

En fin, que todo venía a demostrar que la época triunfante de Juan Miguel de Arenzana comenzaba a entrar en las empolvadas sendas de la Historia.

Puede decirse que de las gentes de su tiempo solo vivían los muertos: «Fígaro», Espronceda, el Duque de Rivas…, todo lo demás eran rescoldos de la vida que no daban calor…

CAPÍTULO X

La tristeza de don Juan

Llegaron los tormentosos días del 68, en los que gracias a la impolítica de la Reina, a las intrigas de su camarilla de clérigos y danzantes, presidida por el decorativo Rey-consorte, y a las torpezas de González Bravo, se despeñó el trono de España como trasto viejo y carcomido que en una mudanza por la torpeza de los que le conducen, rueda todos los peldaños de la escalera, dejándose una astilla en cada escalón.

La Reina, mal aconsejada por González Bravo, su nuevo Presidente del Consejo y antiguo redactor de aquel infamante libelo que se llamó *El Guirigay*, se fue a tomar baños en la playa de Lequeitio y ya no tornó más a la capital de su reino.

Francia le abrió las puertas de la hospitalidad.

Se dijera que la «angélica» Isabel, la Soberana de los tristes destinos, se había llevado a su destierro toda su época. Muchos de los hombres políticos que heredó de su bien fenecido padre, habían dado ya en la paz de la tumba; de los caudillos que defendieron su causa en la fratricida guerra carlista quedaba el más ilustre, Espartero, pero retirado de la vida política en su finca de Logroño; los demás se habían arrimado al sol de la Revolución, que podía seguir calentándoles las ambiciones, y otros, los pocos que tenían alguna levadura romántica, se quedaron para levantar armas por su persona a la primera ocasión que hallaran propicia.

Juan Miguel de Arenzana era un jirón del reinado isabelino que se quedaba flotando en Madrid.

Estaba ya en pleno ocaso de su vida y de su gloria.

Su nombre se mantenía venerado en la nueva generación gracias a las batallas de ingenio que ganara en los días, ya un poco lejanos, de su apogeo.

A las veces, todavía daba una ráfaga luminosa pero era tan de tarde en tarde, y en medio de confusas tinieblas, que apenas se percibía.

¡Pobre don Juan Miguel…!

Por las tardes, su único consuelo estaba en ir a visitar, a través de las tupidas rejas del locutorio, a aquella hija que se le enterró en vida detrás de los recios y altos muros del convento de las *Trinitarias*, la santa casa de Dios, que más que por el culto que en ella se practica es famosa porque guarda en ignorado rincón las cenizas del inmortal autor del *Quijote*, y la romántica memoria de un amor de «El Fénix de los ingenios».

***

En el ocaso de sus días, tuvo Arenzana la amargura de advertir que la Vida había pasado ante él dejándole a la margen del camino como a un mendigo que ve desfilar ante sus cansados ojos la gente alegre que acude a las romerías, y los enlutados que van a dejar la carroña de un ser querido en la paz de la tierra, y como el dolor y la alegría son egoístas en grado sumo, no hay una mano caritativa que se llegue a él para darle una limosna…

Iba pasando todo.

Pasó su tiempo; deudos y amistades pasaban también, y él solo se estaba allí, como si la maldición de Asverus pesase sobre su cabeza.

El insigne y olvidado anciano vio pasar hacia la fosa a compañeros suyos como Bretón, Ventura de la Vega, Gil de Zárate y Estébanez, cuya camaradería comenzó aquella lejana noche de 1837, en que leyera, en «El Parnasillo», su *Doña Isabel de Valois*, y casi todos, como se habían dado cuenta de que los laureles del genio no suelen hacer buena olla, se dieron maña para que el Estado les tuviera la mesa provista, y así se durmieron en la Muerte sin que durante los tristes días de la vejez les hubiese atormentado la espantosa pesadilla del hambre…

La política le había abierto sus brazos en días venturosos, pero Arenzana no quiso ser siempre más que poeta y se permitió el lujo de dar calabazas a tan influyente y opulenta dama.

Por no profanar los versos con las minutas y expedientes administrativos, rehusó los cargos públicos con que le brindaron el conde de San Luis, el marqués de Molins y González Bravo, y siguió escribiendo dramas y poemas.

Por no vender a su musa, rechazó indignado los encargos de discursos y memorias que le hicieron varios próceres, prometiéndole pagárselos a buen precio, que ellos deberían pronunciar en reuniones académicas y en sesiones del Parlamento.

En fin: que al cabo de sus días se encontraba en el Mundo sin otros recursos que aquellos que su ingenio pudiera darle, y como la naturaleza del hombre es frágil y la humanidad, olvidadiza de héroes y poetas, en cuanto estos se retiran un poco de la circulación, empezó Arenzana a ser leído con mucho respeto, pero sus libros no se vendían y sus comedias lograban un éxito literario que no dejaba muy satisfechas a las empresas, por cuanto el público, teniendo en mucho el nombre ilustre del autor de *La cruz de la espada*, no acudía a ver sus obras últimas.

Decía que estaba *pasado*, que no daba la emoción y que su labor estaba muy bien guardada en los estantes de las bibliotecas.

Así y todo, en los salones aristocráticos y en las fiestas cortesanas eran número imprescindible los versos de don Juan Miguel, pero los oían con poco entusiasmo; mientras el poeta recitaba las exquisitas elucubraciones de su ingenio, los hombres, refugiados en los huecos de los balcones, charlaban de negocios y de política, y las damas, parapetadas detrás de sus vistosos abanicos, pasaban revista general a todas sus amistades y hablaban de trapos; en tanto, las rimas del poeta, que con tanto entusiasmo fueron escuchadas en los ya lejanos días de su juventud, resbalaban como lluvia menuda sobre la indiferencia de sus alcurniados oyentes.

Los nietos de aquel marqués de Armuña, que fue el conde de Lemus de Arenzana, en la hégira romántica, eran quienes, por guardar la tradición, seguían considerándole y queriéndole en devoción de su padre, y en aquel vetusto e histórico palacio de la antañona calle de «Don Pedro» se cobijaba el buen viejo más frecuentemente que en otra parte alguna, como al amor de un rescoldo de la mocedad.

Habiendo sufrido el caserón de los dichos duques pocas mudanzas, que en todo parecía guardar la memoria de S. E., se creía don Juan Miguel transportado a los días de la juventud en cuanto trasponía las mamparas del aristocrático zaguán.

Mas ni allí, con ser donde el desventurado vate encontraba más ecos de cariño, dejó nunca traslucir sus pesadumbres, fuera de lo que le estaba bien en lamentar sus desgracias familiares. En cuanto a los sufrimientos morales y a las privaciones que comenzaban a sentirse en su triste hogar, jamás se supo nada en aquella dorada mansión.

Tenía el orgullo de su buen nombre como ingenio, y le parecía que hubiera sido harta humillación tender la mano mientras pudiera sustentar en ella una pluma que, aunque escasamente, le produjera el pan de cada día.

Hasta tal punto parece que guardaba empeño en mantener la integridad de su rango espiritual, que, en cierta ocasión, una linajuda aristócrata que más de dos puntos subía por encima del escudo de los Armuña quiso una noche, en la que daba gran fiesta en sus magníficos salones, tener como uno de tantos números del programa la lectura de un poema de don Juan Miguel.

Como alicientes principales figuraban la Pepita Durand, verdadero prodigio bailando «jaleos», «boleros del Puerto» y «seguidillas gitanas», a la que acompañaba un tocador con más trazas de presidiario que de artista, el cual aseguran que era tan diestro en su arte que propiamente hacía hablar a la guitarra; una contralto del teatro «Real», que cantaba con portentosa maestría la romanza de «Sonámbula»; el por tantas cosas famoso Obregón, antes que por su arte, y un notable prestidigitador que hacía verdaderos milagros de ilusionismo.

La aristócrata en cuestión había determinado —sin previa consulta con los interesados— que Arenzana leyese «cualquier cosa» después de haber actuado la bailarina y antes que el ilusionista, y como a todos les miraba, más que como a artistas, como proveedores de su gusto, los contrató, y lo mismo pretendió hacer con nuestro poeta, al cual escribió una carta, dentro de la cual incluyó una libranza de cincuenta duros, «rogándole» que en tal noche, a punto de las diez, acudiese a su palacio, para tener el gusto de saber por experiencia si sus poesías eran tan buenas como la fama pregonaba.

Tan pronto como el «favorecido» ingenio leyó la cortesana misiva, le respondió devolviendo el dinero y diciendo que sus versos se compraban, pero no se vendían, y que, por lo tanto, si su excelencia y sus invitados gustaban de ellos, enviasen a buscarlos en cualquier librería.

Acaso no volvió a mostrar a nadie la llaga abierta en su alma desde que se la mostrara a Antonio Flores.

Los editores ya no le fiaban dinero a cuenta de nuevas producciones, porque las antiguas ya no tenían lectores, y aun alguno que le debía un buen renglón de ganancias, que le habían permitido tener coche y ser dueño de más de dos casas, cuando acudió en demanda

de un puñado de pesetas, que apenas bastara para sacarle de los apuros más perentorios y urgentes, tuvo la desfachatez de decirle que si hubiera sabido tener la virtud del ahorro a la par que la lozana inspiración, no se viera a punto de pedir una limosna…

Don Juan Miguel le miró de alto a bajo y retirándole despectivamente la mano con que, por vía de limosna, le ofrecía un billete, le dijo:

—¿Usted qué sabe…? Pues, si no hubiera locos como los que vivimos de la fantasía, ¿medrarían los mercachifles como usted, sanguijuelas del ingenio, cuervos de la literatura…?

No fue él como otro gran camarada suyo, Fernández y González, que desperdició el ingenio y la vida en verdaderos sueños de grandeza; que al cabo de los años le hicieron morir en la más espantosa realidad.

Aunque Arenzana, en la época de su apogeo, sacó muy buen rendimiento a sus obras, no tuvo, como el magnífico autor de *Men Rodríguez de Sanabria*, un editor como Guijarro, que durante más de quince años le diera tres mil reales todas las mañanas, de cuya suma, antes de acabarse el día no le quedaba ni la memoria, pues que toda la despilfarraba en caprichos y munificencias de gran señor.

Todo cuanto ganó Arenzana se lo llevaron las tristezas de su hogar; las enfermedades, la mala vida del hijo, que él tenía que reparar con oro en cada traspiés que daba, si no quería verle en el patio de un presidio; el desamor de la hija, que abandonó los lazos carnales que la unían a la tierra por el afán egoísta de volar como una iluminada al Reino de los Cielos.

No fue, como digo, de aquellos que sacrifican sus energías y el producto de su trabajo en aras del placer y de la concupiscencia y, sin embargo, al cabo de sus días se encontraba en tan triste situación, aunque por fuera aparentase otra cosa muy distinta…

CAPÍTULO XI

Un autógrafo curioso

Llegó un día que en el deshecho hogar de don Juan Miguel de Arenzana faltó lo más preciso.

Colgado sobre el respaldo de una silla desvencijada y cubierto por una colcha raída estaba el frac; el uniforme con que acudía a prestar el *servicio* de su ingenio en hogares aristocráticos y en veladas literarias.

El infeliz poeta, con toda su gloria añeja, con todos sus títulos académicos, con todas sus influyentes amistades, veía, resignadamente, entrar el hambre por las puertas de su casa.

Las coronas que le fueron ofrendadas en noches de triunfos delirantes, los álbumes costosos, que eran presentes de admiración, y aun los libros raros que formaban buena parte de su exquisita biblioteca, en fin, todo cuanto era muestra de antiguo esplendor, había naufragado en las negras aguas de la codicia y de la usura.

La presentación en el gran mundo de la lindísima marquesita de Armuña iba a constituir un acontecimiento en la señorial mansión de sus mayores.

Don Juan Miguel, como poeta «oficial» de la casa, tenía que ser el cronista de aquella fiesta, y su pluma, ya cansada, corrió premiosa por las cuartillas cantando la lindeza y la juventud de la nieta del opulento y generoso prócer que le ayudó a dar los primeros pasos por la florida senda de las letras, pero que suele andarse con mucho trabajo, como no haya más tierra firme sobre que asentar el pie que el ingenio.

Días antes de aquella ceremonia, que la gentil damisela esperaba como el momento más trascendental que su vida experimentara hasta entonces, había pedido al glorioso escritor que le llevase su primer libro, pues había visto que faltaba en su biblioteca, guardadora de tantas y tan preciosas joyas bibliográficas.

La buscó el poeta, y al tiempo de abrirle para escribir en su primer página la inevitable dedicatoria, que tendría que ser un símil entre su primera salida al campo de las letras y la de la duquesita al bullicio del mundo, le acució la curiosidad de hojear aquel libro, ya viejo, y ante las abiertas páginas estuvo meditando largo tiempo.

Sobre aquellas amarillentas hojas se reflejaba toda su vida anterior.

Años floridos de la mocedad, llenos de ilusiones, que son como exuberantes rosas, cuyo intenso perfume y soberana belleza parece que jamás ha de extinguirse…

Hacia la mitad del libro había una hoja escrita.

Los rasgos, descoloridos por la acción del tiempo, se leían con mucha dificultad.

Un rayo de luz, como la ráfaga vivísima de una idea, cruzó por la mente de Arenzana…

Un pleguezuelo en el que refiriese a un amigo íntimo su precaria situación y como olvidado el papel entre las hojas del libro podría ser su ancla de salvación… Y como cuando su magín era torturado por la llama fecunda de la inspiración, corrió a la mesa y sobre el primer pliego que halló a mano comenzó a trazar lo que le ordenaba su miseria.

Era como el final de una carta íntima y decía así:

«… En fin, querido Pepe. ¿Para qué referirte más miserias…? Bien sabes que si me determino a darte este mal rato, que sé que tendrás que sufrir por lo entrañable de nuestra amistad, más es por consuelo de mi espíritu que por otra cosa, pues mucho sé, para tu desgracia, que no estás en situación de remediar desdichas ajenas… Bastante haces con no aumentar las propias…».

***

La marquesita recibió el primer libro de don Juan Miguel con el mismo entusiasmo que recibiera el primer devocionario.

Al abrir el breve volumen, cayó al suelo el papel.

Lo alzó el duque, y así como leyó su contenido no se daba tregua a exclamar:

—La vida de estos poetas está llena de estrofas emocionantes; no son sus libros solamente.

Llamó a don Juan Miguel, que se había retirado fingiendo indiferencia, y echándole un brazo por el hombro le dijo:

—Seguramente que este papelito es muy anterior a la amistad suya con papá, y desde luego al estreno de *Doña Isabel*, porque, de no ser así, él no hubiese dado lugar a que se escribiera. Aquellos tiempos pasaron, afortunadamente, ¿verdad…? Oigan, señores.

Y leyó el papel en voz alta.

Arenzana estaba pálido.

El duque le acudió.

—¡Vaya…! ¿Ahora va usted a sentir vergüenza de la honrada pobreza de su mocedad?

La marquesita tomó el plieguecillo de manos de su padre y exclamó:

—Señores, tengo una idea con la que, sin duda, está de acuerdo nuestro gran poeta. Don Juan, ¿me permite usted rifar este curiosísimo autógrafo? Lo que se recaude será en beneficio de un escritor pobre y anciano. Usted entra en suerte, como todos los presentes… A ver…, ¿cuánto da usted por él…?

Aquella dama palatina doña Francisquita, crónica viviente de cuanto acontecía en el Alcázar desde los últimos años del reinado de Fernando VII, feneció el mismo día precisamente en que la «angélica» Isabel tuvo que soltar como lastre de su mal gobierno el trono de España y acogerse a sagrado en la hospitalidad de su bella compatriota la Emperatriz Eugenia.

Doña Francisquita, ya por la pesadumbre que le produjo el considerar que ya para siempre tendría que dejar una tan arraigada costumbre como la de vivir a la zaga de la realeza o ya por los achaques de la quebrantada salud, feneció repentinamente a las ocho de aquella histórica noche de 24 de septiembre de 1868, en Madrid, donde se había quedado a causa de no sentarle bien la humedad del mar al agudizado reuma que padecía.

No había más heredero que su sobrino don Juan Miguel de Arenzana, aunque en dinero era muy poco lo que dejara la buena señora, porque entre darle buena vida al cuerpo y procurarle a su alma buen asiento en la corte celestial se le iba, como la sal en el agua, cuanto dinero caía en sus manos.

Como era mujer cuidadosa que le gustaba anotar cada noche cuanto interesante había pasado durante el día ante sus ojos, don Juan Miguel recogió un manuscrito que formaban unas interesantes memorias de su tiempo, desde el mismo día en que entró en palacio, como azafata de doña María Cristina, hasta aquel año en que la veleidosa doña Isabel tuvo que buscar su salvación en la huida, llevándose al revuelo de su pomposo miriñaque toda aquella taifa de frailes, monjas hermafroditas y chulos «decentes» que componían su corte.

En otra ocasión, si por acaso me anima el favor de los lectores, daré a la estampa aquellas memorias que guardó como oro en paño el autor insigne y malaventurado de *Doña Isabel de Valois*, y que han venido a mis manos por obra y gracia de un librero de viejo al que se las compré en las ferias septembrinas que se celebran a la margen del Botánico.

Ahora, como muestra de lo que el tal cartapacio contiene, va una narración muy fernandina, que por lo que parece, acaeció a una linda y linajuda damisela, con la que jugaron al mismo tiempo el amor de un *lechugino* y el ingenio de un pícaro, que a la hora de esta, por su inmerecido y desastroso fin, anda en coplas y en romances de ciego…

FIN DE *EL HUMO DE LA GLORIA*

EL «PÁJARO» SUELTO

Narración romántico-picaresca fernandinos

I

Las feroces jaurías de Calomarde, teniendo como primer sabueso al brigadier Chaperón, no perdonaban hogar en la Corte, por honrado que fuese, en el que no se dejase sentir su husmeo en busca de sangre.

No solamente los «negros» más caracterizados de la más legítima cepa liberal estaban con la vida a merced de la bárbara Comisión Militar y de la inepta y servil policía de entonces, sino que muchos acendrados partidarios del Altar y del Trono tenían que sufrir las molestas investigaciones; y no pocos, por su parentesco —cuando no simplemente por la homogeneidad de apellidos con algún significado hermano de *El grande oriente* o de *Los comuneros*— se veían envueltos en un inquisitorial proceso de purificación.

No bastaba decir yo soy *apostólico*, tradicionalista de abolengo; era menester probarlo con hechos y razones que no dejasen lugar a dudas, bien denunciando conspiraciones o simplemente individuos, aunque estos fuesen de la familia, que hubieren hecho comentarios poco favorables al extraordinario apéndice nasal del bien amado y mejor «deseado» Monarca.

Y si tan grave como imperdonable delito no se ofrecía en buen servicio de Su Majestad, bastaba solo con descubrir entre el fárrago de papeles de cualquier despacho un ejemplar del «nefando» libro de la Constitución, o una mala estampa —ya que buena no había ninguna— del desdichado caudillo de Las Cabezas de San Juan, don Rafael del Riego, que ya por el entonces había pagado sus entusiasmos por la Libertad, en la más alta horca que había sustentado la antipática plaza de la «Cebada».

También era motivo más que suficiente para enviar a un hombre, si no a bailar «El Zorongo» al cabo de una soga ensebada, a pudrirse en los calabozos de la Inquisición, el

decir que Fulanito no iba a misa los días de precepto, o que Zutanito no cumplía con la Iglesia por Pascua florida.

El oír algún vejamen o comentario poco expresivo para la causa absolutista, sin inclinarse al uno o al otro bando, por aquello de que «al buen callar llaman Sancho», también era causa para hacer una excursión recreativa a Ceuta o al Peñón de la Gomera.

El Gobierno de Su Majestad era agradecido y sabía pagar estas delaciones, y aun las dignificaba llamándolas informaciones, a la gentuza que las hacía.

Como el oficio parecía lucrativo, entró en él mucha gente.

Las oficinas de información, instaladas en la antigua Cárcel de Corte, estaban a todas horas tan concurridas de soplones como de pretendientes las de cualquier Ministerio.

Las arcas de la Hacienda pública no dejaban de escurrir alguna onza de oro, dada generosamente, esto era, sin recibo, ni apuntamiento legal, cuando la «información» valía la pena.

A nadie le extrañaba ya si al despertarse a media noche oía en la calle acompasados pasos y tal cual bárbaro juramento que valía por aguijón de aquella andadura.

Por un buen tiempo esperaba el despertado, si el rastrear de aquellos pies se detenía ante su domicilio, y advirtiendo que no, se le paraba el sudor frío que empapaba su cuerpo, se le apagaba la zozobra que aceleraba los latidos de su corazón y daba media vuelta, exclamando:

—Todavía parece que no es tiempo; mañana, Dios dirá.

Todas las cárceles de Madrid, las de «Villa», «Corte» y «Corona», estaban tan llenas que no era posible andar con distingos ni primacías, y así en todas estaban revueltos los presos políticos con los más terribles criminales.

Para todos existía el mismo régimen penitenciario, aunque no igual trato por parte de alcaides y calaboceros, pues como los tales eran hechura y carne del Gobierno, trataban con más consideración a los magnates del delito que a los plebeyos de la idea…

Ya no herían de continuo las pacíficas orejas del vecino neutral el tonillo machacón y monótono del *Himno de Riego*, ni las tabernarias estrofas de *El Trágala* y de *La Pitita*.

Las habían trocado, con muy poca ganancia para el buen gusto y el sentido común, de las canciones fernandinas de esta marca:

«Con el pellejo de Riego
tengo de hacer un tambor,
para tocar a degüello
cuando haya Constitución».

«En el patio de mi dama
ha crecido un arbolito,
con naranjas y limones
para el rey don Fernandito».

A la Milicia Nacional había sustituido con ventaja numérica y cruel la de voluntarios realistas.

Hasta en las modas de la indumentaria ciudadana se reflejaba de clarísima manera la terrible reacción que asolaba a España.

Cesó el uso de las «cachuchas», especie de quepis, porque quienes se tocaban con ellas eran perseguidos como fieras dañinas, y en todo el reino no se veía un bigote civil. La exclusiva de este adorno —como queda asentado en la novela anterior— la tenían los militares.

***

El *Diario de Avisos* traía en todos los números, a manera de programa para divertir a las feroces hordas del Absolutismo, una breve relación de los desdichados que tendrían que dar el último paso de su vida en la dicha manolesca plaza.

También daba cuenta de cómo los celosos esbirros de «Tígrecán» (como en los clubs libertarios y en las sociedades secretas se denominaba al execrable Fernando VII) oían la misa del Espíritu Santo, para implorar la divina inspiración al sentenciar a los malaventurados que venían a caer entre sus crueles garras.

Con el nuevo estado de cosas no había burlas.

Ni aun en el sagrado del hogar de cada ciudadano podía hacerse juicio ni pronóstico político en que hubiese que poner apostillas a la infame labor gubernamental.

Nadie estaba libre de tener espías en la servidumbre, y lo que aún era más terrible, en el seno de las familias se dieron muchos casos de espionaje.

Si en algún tiempo se dijo: «Con la Inquisición, ¡chitón…!», bien podía entonces, sin decir palabra, por aquello de que «en boca cerrada no entran moscas", andarse con pies de plomo, yendo muy cuitadico por las calles, muy arrimado a las paredes para hacer el menor bulto posible.

Cuando los feroces sabuesos de Chapetón tenían olfateada la huella de un ciudadano, para borrarle del padrón, y no había base firme en qué apoyarse, ya sabían prepararle una habilísima trampa, como acaeció con Torrijos y sus infortunados compañeros, en que el infeliz viniese a dar de manera tan inocente como suele el ratón en la ratonera.

Ni aun el confesonario podía tenerse por «monte de piedad» de la conciencia, pues como el páter fuese arrimado a la cola fernandina —y lo eran el noventa y nueve por ciento de los clérigos españoles— y «negro» el penitente, presto sus culpas, que él cometía la candidez de pensar que iban a dar desde sus labios en el mismo tribunal del Altísimo, no iban sino a la «Junta de Purificación», de donde no tardaban en venir a buscarle…

II

Cuando en aquella mañana del 22 de octubre de 1831, la veleidosa marquesita de Campoarena, mientras desayunaba, tomó en sus marfileñas y aristocráticas manos el *Diario de Avisos*, se quedó como difunta.

A buen seguro que el abundante caudal de su azulada sangre se le estancó en las venas.

En la lista de los «negros» aprehendidos durante la noche anterior figuraba Jaime Rubí.

El tal Jaime no era otro que su «querido», como se decía entonces, su «martelo», según la nomenclatura amorosa de dos siglos antes, y su «novio», como se dice hoy.

Mucho se le alcanzaba a ella que el «angelito», según los pasos por que iba, no llevaba camino de cosa de más provecho.

Ya tenía noticia de que figuraba en las filas «numantinas», que era hermano de «El Gran Oriente», aunque él se lo callaba por miedo a que las opiniones furibundamente realistas de los Campoarena hicieran mella en su delicioso retoño y le apartara de su lado; pero, afortunadamente para el apasionado galán, en el corazón de doña Rafaelita —que este era el nombre de la gentil damisela— no habían hecho nido las telarañas beatíficas criadas en las camarillas.

No se le ocultaba tampoco que su galán más había tomado aquella postura política de inocente audacia arrastrado por las vehemencias de Espronceda, las travesuras de Ventura de la Vega, y que todos juntos no harían más que versos más o menos levantados de tono, ninguno de los cuales tendrían que quedar como modelos en florilegios y antologías, y cuando mucho, en lo tocante a alborotar el orden, no pasarían de apedrear algún que otro farol, de atar los cántaros de los aguadores que ejercían su cristalina industria en torno a la «Mariblanca» de la «Puerta del Sol» o el tenderete de «puntapié» de alguna castañera a la zaga de cualquier «simón», y aun puede que se alongara su travesura, más propia de colegiales que de hombres peligrosos contra el régimen, a mudar de color el carruaje de algún prócer, mientras que el confiado auriga esperaba a su amo roncando a pierna suelta.

Todo ello más era para tomarlo a risa y divertirse con el buen donaire de la gente moza, que siempre tuvo por rasgo exclusivo de su carácter el tomar la vida a broma, considerando que mucho tiempo nos queda a los míseros mortales para arrugar el ceño y

mostrarnos graves y sesudos; pero el receloso y absurdo Gobierno, que en todas partes veía enemigos, dio tras ellos aquella noche malhadada, y se los llevó a sofocarles los patrióticos fueros en la cárcel de Villa.

En todo aquel día no hubo sosiego para la gentil damisela… Solo tuvo alientos para ver la manera de librar a su Jaimito de las crueles garras de Chaperón.

Ello había que hacerlo pronto, pues el ogro no se saciaba de carne de horca, no existiendo para él fiesta comparable con otra diversión alguna como la de una «buena» cuelga de liberales en la plaza de la «Cebada».

Tan feroz cuentan que era este bárbaro polizonte, deshonra del Ejército a que pertenecía y escarnio de la justicia que representaba, hechura y perro de presa de Calomarde, que por sí mismo solía dirigir los preparativos de las ejecuciones de sus víctimas, se complacía después de visitarles en la capilla y darles hipócritas consuelos religiosos, y por cabo de su intervención, asistía al trance final, vestido de gran uniforme.

Pensaba Rafaelita que para el apretado caso de la salvación de su novio no había que hacer cuenta con su abuelo, el viejo marqués. No sería su mano la que buscase la ganzúa que abriese la mazmorra en donde el triste doncel lloraba su libertad perdida y quizá su temprana muerte, porque su excelencia era uno de los más recios puntales que sostenía el bando apostólico, tanto que, viendo al «Deseado» Monarca camino de su última morada en el monasterio escurialense, ya comenzaba a cerdear hacia el partido de don Carlos.

Esta libertadora empresa debía dejarla encomendada a sus fuerzas, tomando pie del abandono en que los políticos quehaceres de su viejo ascendiente, única familia que le quedaba en el mundo, la solían dejar.

Pepilla, su doncella, podía hacer tanto en este asunto como el mismísimo Calomarde.

Era la tal una moza madrileña, arrancada del foco de la manolería; nacida en el corazón de «Lavapiés», junto a la Inclusa, y bautizada en San Lorenzo, parroquia que parece haber tenido el privilegio de derramar las redentoras aguas del Jordán a la nata y flor de la gente de rompe y rasga.

Con tal ejecutoria, bien puede presumirse que la buena moza lo mismo servía para un fregado que para un barrido.

Por ser ahijada del mayordomo del viejo marqués, llegó a ser azafata y confidente de la lindísima Rafaelita.

Tal corriente de simpatía tuvo que establecerse entre ama y señora que, más que tales, parecían entrañables amigas de la misma condición.

Tiró del cordón de seda que servía de apéndice a la campanilla y, como atraída por el eco del doméstico instrumento, apareció la mencionada dama del delantal blanco y de la cofia rizada.

—¿Qué tripa se le ha roto a la señorita…? —exclamó, por vía de saludo.

Y así como la moza estuvo enterada de la pesadumbre que aquejaba a su señorita, no se espantó, como parece que tendrían que requerir las circunstancias, y más sabiendo en qué manos estaban las riendas del político cotarro.

—De algo le han de servir a una sus relaciones, que amigos dicen que hasta en el infierno es bueno tenerlos —replicó la manolesca doncella.

Allá estaba de mochil —que es lo mismo que mozo para hacer los recados—, en la cárcel de «Villa», el hijo del portero, que de puro vago no pudo ser miliciano nacional, ni siquiera voluntario realista.

De otra parte, tenían un covachuelillo de la Comisión Militar, que, ayudado por la fuerza de unos cuantos pesos duros, bien podía hacer lo blanco negro al excelentísimo señor don Francisco Chaperón.

Le dieron a ella (Pepilla) poderes con dinero, y desde aquel mismo punto y hora se atrevía a jurar con las manos puestas sobre cualquier libro sagrado que el señorito Jaime no comería durante mucho tiempo la bazofia carcelaria, si es que no disponía de unas cuantas onzas para procurarse de fuera el diario sustento, porque la administración de Justicia estaba dispuesta de tal modo que no facilitaba a los tristes presos más que la celda que ocupaban.

El alcaide hacía oficios de patrón con tanta escrupulosidad, para el mejor gobierno de sus intereses, como pudiera hacerlo el más cicatero menestral de la industria hospederil.

El que lo pagaba, y no poco (por cuarenta reales diarios se podía tener derecho a una ración de pan duro recalado en un caldillo de huesos y unas piltrafas), tenía la seguridad de no morirse de hambre.

Quien al entrar en aquel antro llevara con su desdichada persona todos sus bienes, muebles e inmuebles, ya podía estar seguro de que, como no trajera aparejada sobre su desventura una sentencia de muerte, ya su merced tomaría a su cuidado el despacharle presto en fuerza de ayunos forzosos.

Volviendo después de esta precisa digresión para pintar la época y el ambiente con los rasgos más firmes que sea posible, a los planes de Pepilla era preciso entenderse con los porteros, ordenanzas y demás gente baja de la cárcel.

Todo este engranaje debía tener, por fuerza motriz, al mencionado «Martinillo», el cual solo era capaz de moverse al poderoso impulso del dinero.

Los ahorros de la enamorada damisela resistirían como buenos una abundante sangría sin dar muestras de quedar muy debilitados.

La maja-azafata echó sus cálculos, y justo será decir, en honor del buen deseo que mostraba por servir a su señorita, y de ahorrar un ahorcado a la chusma canallesca de la plaza de la «Cebada», que sin descuentos de sisas vio que no eran necesarios menos de ocho mil reales, cuya suma no era, en verdad, muy crecida, teniendo en cuenta de que se trataba de comprar con ella la vida de un hombre.

***

El «Deseado» Fernando iba muy cuesta abajo por el resbaladizo camino de su placentera vida, a la que, a pesar de aparentar un espíritu muy religioso, procuraba las menos mortificaciones posibles. Dos años antes de la fecha por que van estas páginas quiso ponerla un recio puntal, matrimoniando, por cuarta vez, con una espléndida hembra, en la que venían a unirse la belleza y la esperanza de no dejar sin sucesión el trono de España.

Su sobrina doña María Cristina de Borbón, hija de los reyes de Nápoles, fue la última víctima destinada a sacrificar su mocedad y su hermosura al caduco, aunque no viejo, Soberano, que ya, más a merced de los graves achaques que de los dilatados días, iba dando los primeros pasos hacia la otra vida.

Grandísima contrariedad tuvo que sufrir el bando apostólico con tal matrimonio, descartando de él al ambicioso Calomarde, que por particulares y misteriosos cálculos, que aún la Historia no ha podido esclarecer, le apoyó con toda su fuerza de político y de tirano.

También este servil daba su primer traspiés hacia su desgracia, pues con toda su gramática parda no supo ver que, en fecha no lejana, este enlace, en que él ponía tanto empeño, vendría a ser su ruina.

De nada hizo mella en la testaruda voluntad del Monarca, subyugado por la hermosura de la que había elegido para nueva compañera, la calumniosa campaña emprendida por los llamados defensores del Altar y del Trono, y apoyado por *Le Cuotidienne*, diario legitimista francés, contra la linda princesa napolitana, a la que se empeñaba en manchar con las mismas canallescas especies que los cortesanos de Luis XV intentaron deshonrar el nombre de María Antonieta cuando llegó de la corte de Viena a casarse con el Delfín de Francia.

Fernando VII, como hizo aquel, de puro enamorado cerró los ojos a toda hablilla y chismorreo palatino, y cuentan que exclamó:

«Otras veces me han casado; ahora, me caso yo…».

Tan feliz momento para el hijo de María Luisa tuvo lugar el 29 de septiembre de 1829.

Ya antes de liar la impedimenta para el eterno viaje quiso la alta clerigalla buscarle sucesor en su hermano don Carlos María Isidro, y comenzó a tejer burdamente la estera de la intriga.

Con la nueva Reina, y no por ella en sí, pero por su hermana la infanta Carlota, mujer de grandes arrestos y de varoniles decisiones, se prometían pocas venturas; así es que todos miraron a retirarse tímidamente del lado de Sus Majestades, no quedando con ellos más de la precisa servidumbre y algún que otro personaje que no le iba mal en el «machito» del absolutismo y se le hacía incómodo el mudar de postura.

La desbandada fue realmente vergonzosa.

Los más decididos secuaces del Rey-neto iban desapareciendo bonitamente hacia donde ellos pensaban que tenían el pan más asegurado y de donde partían elocuentes promesas de volver a España los «felices» tiempos de los Austrias, con las purificaciones de conciencia y los autos de fe, que tantos mártires debieron ofrecer, no ya a la libertad del pensamiento, sino a la ciudadanía pacífica y enemiga de complicarse la tranquilidad de su vivir honrado.

De aquellos «Siete niños de Ecija», como el mismo Fernando llamaba a sus ministros —cada cual mirando a la guerra civil en que iba a encenderse España apenas el Soberano diese en el «pudridero» de El Escorial—, se preparaban a buscar su conveniencia en el campo que comenzaba a levantarse frente a la cuna de la «angélica» Isabel.

En cambio, los defensores de la Libertad, los que con las infantiles y disculpables sociedades secretas, en las que hacían lo posible por que la desdichada patria rompiese las cadenas de la esclavitud, miraban en la nueva Soberana la redentora de los derechos de ciudadanía y la matrona excelsa que abriera las puertas de las cárceles a los tristes reos que ya no esperaban respirar el aire libre en todos los días de su vida y que franqueara las fronteras a los infelices proscriptos que no pensaban en volver a pisar el querido suelo en que se mecieron sus cunas.

Si en los primeros años del advenimiento de Cristina se cumplieron en parte estos anhelos, al correr de los días, ¡buen chasco se llevaron…!

El marqués de Campoarena, abuelo de la gentil Rafaelita, era de los inquietos, y solapadamente iba haciéndose hacia el lado del cretino y ambicioso infante.

En tanto que llegaba el deseado momento en que «cristinos» y «carlistas» —estos llamados así desde la sublevación de Barcelona por el archiduque austríaco que disputó la corona de España a Felipe V— anduviesen a la greña, unos y otros daban sobre los pobres liberales, cazándoles como a feroces alimañas.

El viejo prócer estaba aquel día más atareado de lo que tenía por costumbre, porque, como coronel que era del regimiento de la Reina, tenía que presidir el consejo de guerra por cuyo camino se partirían de este mundo media docena de «negros».

De todo había en aquel puñado de aspirantes a la Eternidad.

Un viejo miliciano que cometió el *horroroso* crimen de besar el sitio en donde estuvo empotrada una lápida de la Constitución.

Una muchacha de quince abriles, hija suya, que no había querido «informar» a la Comisión Militar de tan monstruoso delito.

Un zapatero de viejo que tenía adornado su zaquizamí con una mala estampa de Riego. De este «delicuentazo» había rumores de que se le conmutaría la última pena por diez

años de presidio, paseándole antes por las calles acostumbradas con el dicho retrato pendiente del cuello.

Un militar que se había permitido hacer la «apología» del digno Soberano.

Otro que no había desplegado sus labios para dar opinión ni en favor ni en contra, pero había escuchado «alabanzas» expresadas por su compañero y no cumplió después con su deber, yendo con el cuento al Superintendente general de policía.

Para todos ellos, si no era para el maestro de obra prima, se pedía la pena de muerte, y en el rigor del fallo era muy bien atendida la influencia del apolillado prócer.

¡Bonito era él para que ni aun su nieta, que era lo que más quería en el mundo, le fuera con recomendaciones de clemencia…!

III

Pepilla puso en juego todas sus influencias para que el deseo de su ama tuviese buen logro, y mucho tuvo que conseguir o mucho confiaba en las promesas que le hicieran gracias a las poderosas razones con que apoyó su pretensión, cuando una mañana, al tiempo de ponerle el desayuno a la marquesita, le dijo alegremente, y con aquella cordial falta de respeto con que solía tratarla:

—Aderece su merced esa jeta con alguna sonrisa, que el caso no es para menos, pues todo marcha como las propias rosas. Sepa usía que «Martinillo» ha logrado engatusar a uno de los calaboceros –el cual tiene mucho metimiento con la gente de la cárcel, porque parece que está aprendiendo para verdugo, y dicen que es chico muy listo que lleva el oficio muy adelantado–, y ya está su carta de usted, más las dos onzas para que ablande la dureza de los carceleros, en manos del señorito Jaime.

Como si tan consoladoras palabras hubiesen sido un punzante sinapismo que aguijara las blancas y tersas carnes de Rafaelita, saltó esta de la cama, medio desnuda, y, sin hacer caso alguno del primer refrigerio que le estaba esperando sobre la mesita que había junto al lecho, exclamó abrazándose al cuello de su doncella y confidente:

—¡Ay, Pepilla! Eso que me dices es tanto como darme media vida, aunque mejor diría devolverme el alma. Pero, de verdad, ¿crees tú que podrá salir…? Como eres muy buena, ¿no lo dirás para animarme?

—Sí, que el caso es para andarse con mojigangas. Si han salido otros, no sé por qué no ha de salir él —replicó la buena moza.

—Tienes razón —repuso la damisela ya más confiada—. Aunque, la verdad, yo no sé de nadie en estos tiempos que traspasara el rastrillo de la cárcel y haya logrado escapar.

—Pregúntele usted a «Martinillo», y él le dirá cómo se las ha valido ese lechuguino sandunguero y revoltoso que se llama Olózaga.

—¿Que se ha escapado Olózaga…? —preguntó Rafaelita, llena del mayor asombro.

—Anteayer y en plena tarde; cuando había más gente en la cárcel y sus alrededores —replicó la muchacha, como recreándose en recordar el suceso; y la gentil novia de don Jaimito, picada en su curiosidad, se dispuso a escuchar con gran atención lo que Pepilla

se disponía a referir con su peculiar gracejo—. «Martinillo», que como buen pícaro no dejó de tener su parte en el ajo, me lo ha contado de *pe* a *pa* —comenzó a decir la sirviente—. Parece ser que los compinches y camaradas del tal liberalito no le abandonaban, como hacen otros, que en cuanto uno de los suyos cae en la «ratonera», ya para ellos como si hubiese dado en la sepultura. Parece que, en este caso, como en el nuestro, quiero decir, en el de usted, andaban manos blancas, que por más que digan los hombres, no olvidan nunca, aunque sea para aborrecer, las cuales manos, ¡Dios las bendiga!, se propusieron librarle a todo trance del mal fin que le esperaba, pues ya podía decirse que le olía la garganta a cáñamo; pero dice «Martinillo» que el tal sujeto estaba tan tranquilo como si supiera que de allí tenía que salir para gobernar alguna ínsula. Hace pocos días, no se sabe cómo ni por qué medios, recibió un cinto lleno de onzas y un puñal. Tan canallesca es la gentuza que come el pan de la justicia –y no hablo de los pobrecitos presos–, que aunque toda la recua de ordenanzas, porteros, alguaciles y algún que otro voluntario realista estaban en el secreto, fue necesaria el arma para asegurar la escapatoria, porque no faltaba rufián aprovechado que quería quedarse con el «santo y con la limosna»… Sobre las diez de la noche serían cuando se abrió la estancia en donde los guardianes distraían el tiempo, bebiendo y jugando, cuando apareció en la puerta el barbilindo Olózaga. En una mano traía el cinto, preñado de «peluconas», y en la otra blandía el puñal. Dice «Martinillo» que talmente parecía un traidor de teatro…

»—Reparto onzas y puñaladas —exclamó sin levantar mucho la voz, en tono trágico, sino más bien como quien ofrece amablemente dulces a unos invitados a quienes desea agasajar.

»Parece que hubo algún "prójimo" que, como ya tenía recibida de antemano la parte que le correspondía, no se creía en el caso de comprometerse, y acercándose al fugitivo, taimadamente, le tiró una feroz puñalada que el otro supo esquivar con ágil destreza, dando un prodigioso salto al mismo tiempo que arrojaba el codiciado cinto en medio de la habitación, como quien arroja carne a las fieras hambrientas. No fue necesario más para que le dejasen el paso franco…

»Todos se arrojaron como gatos a la caza de las onzas, que, escapándose de su cárcel de cuero, comenzaron a correr por la habitación como si tuvieran inteligencia para entretener la codicia de aquella gentuza despreciable.

»Mientras tanto, el guapo mozo –porque dicen que es guapo, con unos ricitos muy cucos en los aladares y unas patillas muy gitanas, de las que ya se han prendido unas cuantas docenas de mujeres– aprovechó el momento y, viendo la jaula abierta, abrió las alas y voló hacia la calle, en donde le esperaba la libertad y los brazos de una mujer…

»"Martinillo", que no fue de los más lerdos, pues no en balde en materia de bellaquerías puede poner cátedra, tiene una de aquellas onzas; me la enseñó y aun consintió que la tuviera en la mano unos momentos…

—Y, ¿qué se sabe de Olózaga? —inquirió la marquesita, porque con tal pregunta creía conjeturar el porvenir de su amante, si tenía tanta ventura que este pudiera escapar como aquel otro que andando los días fue Presidente del Consejo de ministros y dueño absoluto de la voluntad de la infantil Soberana.

—¿Yo qué sé? —respondió Pepilla, quien ya, como no interesaba la curiosa historia, no se preocupó de averiguar el epílogo—. Pero a buen seguro que no será tan tonto que se deje prender de nuevo.

Mas el narrador, respondiendo a la piadosa curiosidad de Rafaelita de Campoarena, tiene averiguado que una vez transcurridos los primeros momentos nadie sabe dónde, con aquella dama, fue recogido por el sombrerero Avrial, que tenía su tienda, que ha llegado hasta nuestro tiempo, en la «Puerta del Sol». Olózaga, mozo de grandes arrestos, como quien está en lo mejor de su edad y para quien todas las cosas, por graves que fueran, parecían no tener más que el lado risueño, dio en la flor de comprometer temerariamente su vida y la del generoso correligionario que le hizo tanta merced como la de ocultarle en su propio domicilio, cuando este género de favores se pagaba en el patíbulo de la plaza de la «Cebada».

Sin curarse poco ni mucho de que los esbirros de Calomarde dedicarían todas sus artes policíacas, sin reparar en procedimientos, a restituirle a las manos del verdugo, todas las noches abandonaba su escondite para dejarse prender en las subyugadoras redes de Cupido.

Más de dos veces faltó bien poco para que los torpes sabuesos tuvieran la «suerte» de echarle mano, dando con él en la hórrida cárcel de Villa, tan mal acondicionada para la seguridad de los presos, que estos solían hallar ocasión propicia para tender el vuelo en busca de la ansiada libertad.

Al fin, para mayor garantía de protector y protegido, se determinó que este, convenientemente disfrazado, saliese de Madrid, y, salvando la frontera francesa, buscase en la hospitalidad de la nación vecina el seguro de su persona.

IV

Cuando por las tardes, después de la siesta, que por el entonces era costumbre dormirla en todo tiempo, iban ama y azafata a dar un paseo en carretela por la fuente «Castellana» o «Las Delicias», no tornaban al viejo caserón de la calle de «Segovia» sin haber pasado por delante de la prisión en donde el triste Jaimito esperaba resignadamente que sonase la hora de su deseada libertad.

Rafaela asaetaba de tal suerte con sus hermosos ojos negros los muros de la mal defendida mansión en donde tantos desgraciados purgaban el romanticismo de defender una idea noble, que no parecía sino que los traspasase con la intensa luz de sus pupilas.

Si el sentido práctico de Pepilla no le valiese de freno, llevara su impaciencia hasta trabar plática con los soldados que había en el cuerpo de guardia, impelida por el anhelo ferviente de saber noticias del preso.

Y en verdad que alguna tarde comenzó a despertar curiosidad entre los guardianes aquella linda damisela, que llegando por aquellos lugares mandaba al cochero contener la vertiginosa marcha de los briosos caballos y miraba insistentemente a las rejas del triste caserón. Necesario era que Pepilla le hiciera ver la evidencia en que estaba para que diese orden de apartarse de allí.

Cuando la señorita quería tomar la iniciativa, pensando que por ser la más interesada tendría que poner más tenaz empeño en ir al buen logro de sus anhelos, le decía su doncella:

—Este asunto déjelo usted por completo a cargo mío. Hágase cuenta de que el que gime entre aquellas rejas no es el señorito Jaime, sino el que ha de llevar este cuerpo a la Vicaría. De manera que si no quiere echarlo todo a perder, no se me cruce en mi camino, que por la costumbre que tiene de que todo se lo den hecho no sirve para estos trotes. La cosa marcha como sobre ruedas. Si el ángel custodio quiere ayudarnos, echando un sueñecillo, no ha de tardarse mucho en ver a su cortejo más libre que el aire…

La marquesita se consolaba mucho de su pesadumbre con tales optimismos, expresados de una manera jovial y populachera.

Y el asunto, como la tal decía, sin duda que era llevado honradamente, sin dejar asomar la más pequeña ansia de medro, por cuanto desde que pidió aquellas onzas para los primeros gastos, no había vuelto a demandar nuevos desembolsos. Llevaba muy bien administrado el asunto, y mientras que no se agotaba una remesa no autorizaba otra.

V

Aunque el fiscal quisiera hacer ver lo blanco negro, intentando echar sobre Jaimito Rubí todo el peso de la ley, acusándole como hombre peligroso, enemigo del régimen, conspirador temible, amigo de Olózaga y de Alcalá Galiano, era cierto que todo el alcance de su delito no llegaba a más de haber hecho añicos unos cuantos faroles públicos, como individuo que era de la «feroz» y «oscurantista» sociedad de la que eran grandes maestres Pepe Espronceda, Ventura de la Vega, Miguel de los Santos Álvarez y Patricio de la Escosura.

Cierto que el hombre tenía sobre su conciencia y como elocuente prueba de su certera puntería las tres «urnas luminosas» que desgarraban algo las tupidas tinieblas de la calle del «Burro» y otras tantas de las de «Cosme de Médicis», a la margen del monasterio de la Merced, que se ilustró por haber tenido en su clausura a fray Gabriel Téllez de la Concepción, que inmortalizó en el teatro el seudónimo de «Tirso de Molina», y los dos fanales que, en noches de gala, daban guarda luminosa al palacio del marqués de Perales.

Pero acaeció que como los faroles componían parte integral del Municipio, y este a su vez era institución protegida por el Estado y no se podía emitir opinión alguna contraria al Rey y a sus Ministros, la sociedad fue descubierta y aprehendida, y allí estaba en la cárcel de Villa, esperando cada individuo que le llegase el triste turno de servir de espectáculo gratuito en la plaza de la «Cebada».

VI

Un poco extraña parecía la conducta de don Jaimito, la cual no correspondía ni poco ni mucho al interés que por él se tomaba quien daba elocuentes muestras de quererle con todas las veras de su alma.

Rafaelita, auxiliada por su doncella, no parecía vivir para otra cosa que para el rescate de su galán; este, en cambio, no contestaba sino de palabra y por mediación del bellaco de «Martinillo», a las cartas y billetes de su alcurniada novia.

Cada día el mozo azacán hallaba una razón para disculpar que el recluso no tomara la pluma para responder por sí mismo.

Era la que más iba sosteniendo que, deseoso el preso de aspirar el aire libre, que como limosna del Cielo entraba por una altísima ventana cerca del techo de la celda, se había encaramado hasta ella, sintió ruido de pisadas en la galería, y temiendo que fuesen de algún calabocero, quiso descender con tanta prisa, que dio con todo su cuerpo en el duro suelo y tuvo la desgracia de dislocarse un brazo.

En realidad, cosa de nada; una semana cuando más, a lo sumo obra de quince días, y bien podría ser que para entonces ya se encontrase en libertad y a muchas leguas de Madrid, porque quedarse en la Corte después de la fuga era tanto como no haber hecho nada, puesto que los mismos que trabajaban por abrirle la jaula pondrían todo su empeño en volver a prenderle, para tornar a hacer negocio con volver a dejarle escapar de nuevo…

Pero, a fe que si el hombre no podía escribir, no dejaba de pedir dinero.

Siempre faltaba una boca que hacer callar.

A las primeras onzas que entregó Rafaela para los gastos preliminares, siguieron remesas nuevas, a pesar del rigor con que la Pepa llevaba la administración del «negocio».

En verdad que la marquesita no lo sentía por la materialidad del dinero, que no tenía nada de tacaña, y menos en asunto que tan interesado tenía el corazón. ¿Qué podría valer el oro ante la vida del ser amado? El daño estaba en que con tan continuas sangrías la hucha de los ahorrillos iba mermando de manera alarmante.

Los gastos ya habían rebasado por tres veces el presupuesto de la traviesa Pepilla.

Tampoco el preso daba muestras de encontrarse demasiado abatido.

En verdad que esta despreocupación hubiera sido bastante para que otra que no estuviese tan enamorada le dejase abandonado a su suerte; pero ella había hecho la intención y no se apartaba un paso del camino que tenía trazado hasta ver el logro de sus deseos.

Muchas veces estuvo tentada de no atender a los consejos de su doncella y recomendar su patrocinado personalmente al mismo don Francisco Tadeo Calomarde, que de vez en cuando solía distinguir al viejo marqués con honrar su mesa, la cual, por el buen arte del cocinero, tenía fama entre las mejores de la grandeza matritense.

Y a buen seguro que hubiera puesto su pensamiento por obra si no oyera un día contar a su abuelo algunos capítulos de la vida privada de su excelencia, con quien aquel transigía porque entonces no medraba quien no le tuviese por amigo y estuviera dispuesto a servir su infamante política.

Uno de aquellos días, en que, por lo que parece, el anciano magnate no consiguió del hinchado y villanesco ministro cierto favor que le pidiera, le hizo la apología de su vida, aunque teniendo muy buen cuidado de no haber más oyentes que la nieta Rafaela y un sobrino, coronel de Voluntarios Realistas, que le hacía muy bien la «rosca» para que cuando Dios fuese servido de sacarle de este valle de lágrimas no quedara la damisela por única heredera.

—Ese harto de ajos —decía el marqués de Campoarena— no se acuerda ya de cuando fue paje en Zaragoza, y solo a fuerza de arrastrarse consiguió llegar a la cumbre en que se encuentra y en la que se tiene por amo de España. Quien le conoce palmo a palmo es Paquito Córdoba, que ahora, como lobo de la misma camada, hace buenas migas con él. Siempre rastreando el tal Calomarde, pues no parece sino que corre por sus venas sangre de reptil, consiguió ser recomendado a don Antonio Beltrán, médico de Godoy, y cuya protección logró por la influencia de aquel. El doctor era padre de una damisela, que siendo ya talludita, aún el amor no se había dignado llamar a las puertas de su corazón, porque la infeliz, aunque era buena, no tenía que agradecer a Dios más en la vida. El ambicioso Calomarde, desde el primer momento en que la viera, pensó que podría servirle muy bien, a pesar de lo poco que valía, como uno de tantos peldaños en que asentara el pie para subir a la cima de sus ambiciones, y no tuvo inconveniente en pedir su mano.

»Desde antes de la boda comenzó a escalar con seguro paso la cumbre adonde pretendía llegar, ya que por vía de regalo recibió una credencial de oficial de secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia, cargo que era muy superior a sus escasos merecimientos.

»Tan pronto como tomó posesión de su empleo creyó oportuno dar un puntapié al *escalón* en que subiera para conseguirlo, y abandonó las relaciones con la hija de su protector; pero Godoy, que lo supo, le obligó severamente a mantener la palabra que diera de matrimonio; así pues, no hubo más remedio que casarse, mal que le pesara, con quien no quería.

»Cuando el poderoso valido, en el breve espacio de una noche, cayó desde la más alta jerarquía del reino a un camaranchón del Real Sitio de Aranjuez, y no tuvo poca suerte al escapar con vida de las garras del pueblo, Calomarde, como ya no tenía nada que temer, y menos que esperar de Su Alteza, repudió a su esposa, la cual tuvo que retirarse a Zaragoza, en donde murió pobre y oscuramente, en tanto que su marido llegaba a ser el primer magistrado de la nación.

»Pertenece al partido apostólico, no por convicción, sino por despecho primero y por conveniencia después. Al reunirse las Cortes extraordinarias, pretendió salir diputado por Zaragoza, pero sus paisanos, que le conocían muy bien, no estuvieron dispuestos a servir sus ambiciones y se abstuvieron de votarle. El rencor que este desaire le causara le hizo unirse a nuestras filas y constituirse en activo agente de un grupo que trata de elevar a la regencia de la Corona a la infanta portuguesa María Carlota.

»Como en Cádiz predominaba el espíritu liberal, no logró hacer fortuna. Cayó en desgracia y no pudo alzarse de ella hasta que el Rey volvió de Francia en 1814. Entonces se reintegró a su puesto antiguo de oficial mayor en la secretaría de Gracia y justicia. En 1820, volvió a caer en desgracia, y esta vez no al empuje de sus contrarios, sino del mismo Monarca, que exoneró al ministro Lardizábal, a cuyos faldones estaba por entonces agarrado Taedillo, y fue confinado a Pamplona, por sospechoso, en donde tuvo que permanecer hasta 1822.

»En la regencia que el duque de Angulema nombró el 25 de mayo de 1823, aceptó el cargo de secretario, y al regresar el Monarca a Madrid desde Cádiz consiguió la cartera de Gracia y Justicia.

»De aquí en adelante, todos sabemos los desmanes y tropelías que ha cometido, y en buena ley de Dios, no puede ser de otra manera, porque como dicen: «¿Quién pone asnos en portillo…?».

Y nerviosamente se levantó su excelencia de la mesa y, dando por terminada la breve semblanza del ministro vapuleado tan sin piedad y con más justicia que gracia, se encerró en sus habitaciones, y como tío y sobrina parece que se «mascaban, pero no se tragaban», no tardaron mucho espacio en separarse.

VII

Por distraer Pepilla el abatimiento de su señorita, en tanto que llegaba el ansiado instante de resolverse su empeño, al que, dicho sea de paso, no se le acertaba a ver el fin, solía trasladarle algunas cosas de las que el mochil carcelario le contaba de la vida de los presos.

Los había que llevaban años sin que a la sazón supieran por qué se veían privados de la libertad.

Ignoraban, asimismo, el estado en que se encontraban sus causas y quiénes eran los jueces que las tuvieren que juzgar, ni los letrados que aceptaban el formulismo de encargarse de su defensa. De cuando pudieran ver la calle no tenían para qué hacer cuenta.

No se consentía que a los presos políticos les llevasen la comida de sus casas; tendrían que adquirirla forzosamente en la cantina de la cárcel, y contentarse con que fuese poca y mala, pero tan cara como si la pidieran al restaurante de «Genieys».

En amigable compadrazgo, cuando salían a desentumecerse un poco los huesos en el angosto y maloliente patinillo de la prisión, estaban los forajidos y los hombres de bien, que no habían cometido más delito que el de opinar contra el mal gobierno y las infamias del Monarca.

Últimamente había ingresado un «huésped distinguido», que gozaba de gran popularidad en la Corte y aun en toda España.

Era Luis Candelas, el ladrón por excelencia, para el que no había cadenas bien remachadas ni cerrojos bastante seguros.

Tres veces hasta entonces se había escapado de las garras de la Justicia, aunque siempre alguaciles y calaboceros parecía que le habían apretado las clavijas en firme.

Nunca se le vio cruzar el rastrillo de la «trena» triste ni cariacontecido, sino con buen rostro y alegres maneras, como quien más que a cumplir una sentencia va a cumplir una temporada descansando de sus habituales trabajos.

Ahora había prometido, según lo tenía por costumbre cada vez que *iba* por allí, no permanecer mucho tiempo en tan incómodo hospedaje.

Sus mismos guardianes no tenían vergüenza en reconocer que cumpliría lo prometido; tanta era la habilidad de que le hacían justicia —y era la única que se hacía en aquella casa— para procurarse la libertad…

No había forma de descubrir de qué medios se las arreglaba para cumplir sus propósitos.

Era el caso que la cuadrilla facinerosa que mandaba y era espanto de la Villa, continuaba trabajando, según órdenes que él mismo transmitía desde su calabozo, sin que hubiese forma de averiguar quién le valiese por ayudante de campo.

Sus robos eran audaces y atrevidos por todo extremo, aunque en todos se podía encontrar el atenuante de que jamás había remachado el delito con sangre.

Si para hacer una «operación» había que recurrir irremisiblemente a borrar a algún ciudadano del padrón de los vivos, «renunciaba generosamente a la mano de doña Leonor» —como por el entonces decía, con gran regocijo del público, el «don Simplicio Majaderano y Cabeza de Buey», de *La pata de cabra*.

***

En este punto quedó cortada la relación de Pepilla y que la gentil Rafaela no dejaba de escuchar con interés.

En la puerta de la alcoba sonaron unos discretos golpes.

Se levantó la doncella del escabel que ocupaba junto a su ama y fue a ver quién era.

En el umbral apareció otra criada acompañada de «Martinillo».

En cuanto la marquesita de Campoarena oyó la voz del truhan, le hizo pasar adelante, no sin despedir a la muchacha que le acompañara.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó resueltamente la moza.

El bigardo, tras dar innumerables vueltas a la mugrienta gorrilla que resobaba entre las callosas manos, como para ayudar la corta elocuencia de que disponía, respondió muy despaciosamente:

—Cuatro onzas más, y son cuatro bocas parlanchinas que se quedarán mudas, como si jamás hubiesen tenido uso de la palabra; ocho manos atadas y ocho pies de piedra…

—Pero…

—… o no sale de allí hasta que me le pongan en el asnillo, que con tan gentil garbo, porque ya tiene mucha costumbre, hace el viaje al patíbulo… La cosa marcha tan bien, que sería una pena el abandonarla cuando llevamos andado lo más del camino…

Ante tales consideraciones, se fue la enamorada damisela a un primoroso vargueño que había en un ángulo de la coquetona saleta en que estaban, abrió uno de los innumerables y primorosos cajoncillos incrustados que tenía el mueble y, buceando en su fondo, sacó presas entre sus rosados dedos cuatro onzas de oro como cuatro soles…

Así como las magníficas piezas estuvieron atarazadas por las negras uñas de «Martinillo», dijo este, mientras guardaba las monedas en las zahúrdas de sus andrajos:

—Pues esta noche, al punto de las once, procure usía estar en la puerta del convento de las «Constantinoplas», y de allí a poco verá salir a su cortejo tan galán como si ni un solo día hubiese dejado de darle el aire libre de los Atochares o la «Moncloa». Si por acaso se demorase un poco, no se impaciente, que no tardará mucho.

Y, haciendo un desvergonzado mohín de rufianesca cortesía, salió «Martinillo», no sin que le fuera agradecido con un par de «napoleones» su «desinteresada» ayuda en tan humanitaria empresa como la de librar a un hombre de la horca…

VIII

A la enamorada marquesita se le antojaban años los minutos y siglos las horas que tardaba en ver al dueño y señor de sus amorosos pensamientos.

En todo aquel día no hubo otra preocupación en la casa que las once de la noche.

Ama y criada no parecían vivir para nada que no fuera preparar el recibimiento del fugitivo.

Menester era que el viejo marqués viviera tan absorto con la política para que no cayese en la cuenta de que en la vida de su nieta, que debiera ser recogida y pacífica, estaba ocurriendo algo trascendental que la traía fuera de tino.

No hacía más que consultar a cada momento los innumerables relojes que había en la casa.

Le parecía que retrasaban todos, y quería —por decirlo así— empujar al tiempo.

Un hermoso reloj de caja, espléndida joya de la industria londinense, daba las horas gravemente, con parsimonia conventual…

Se dijera que entre sonido y sonido había espacio bastante para rezar un «Avemaría»; luego, con toda solemnidad, se extendía el eco por la amplia estancia y, cuando al cabo, dejaba marcada la hora una grata vibración, que era como resumen de todas las sonoras campanadas, buscaba los pliegues de los vetustos cortinones, las breves concavidades de los venerables muebles, el callado reposo de las blandas alfombras y se iba durmiendo en ellos.

Como diligente guardador de aquel sueño, quedaba el acompasado tic-tac de la péndola, y la damisela enamorada, viéndola moverse con tan grave lentitud, exclamaba, queriendo aguijarla con el apostrofe:

—¡Majadero, más deprisa…!

IX

Después de la cena —si puede llamarse cena a dos cucharadas de sopa— se despidió de su abuelo, el marqués, según tenía por costumbre todas las noches antes de retirarse a sus habitaciones, y siempre acompañada de su fiel Pepilla, se fue a esperar *su hora*.

El vejete, con su «apostolismo» y sus achaques, tenía bastante para no ocuparse de nada.

Tanto se le daba de que la gentil Rafaelita le hiciese compañía mientras él hacía cigarrillos en una maquinilla agujerada, que era a manera de un panal en forma de tambor, como que le dejase solo, sin esperarse siquiera a que fuesen levantados los manteles.

***

Apenas sonó la media de las diez, ama y moza tornaron dos recios mantones, con los que quedaron aderezadas como dos chulas de «trapío», de lo más escogido de «Lavapiés», y salieron sigilosamente por la escalera de servicio. Una vez puestas en la calle, dirigieron sus menudos pasos hacia la cárcel de Villa.

Aunque el tiempo no era nada agradable y la seguridad personal era poco recomendable, caminaban las dos jóvenes con tanto agrado y confianza como si lo hicieran por un florido y deleitoso jardín en las gratas horas de una hermosa mañana abrileña.

Sin el menor tropiezo con galanes nocturnos ni borrachos impertinentes —cosa que era frecuente en el camino que tendrían que recorrer, plagado de tabernas y mancebías, llegaron al lugar que «Martinillo» les indicara en la entrevista de la tarde.

Aun tuvieron que esperar un buen espacio, porque como la distancia recorrida era corta y lo hicieron deprisa, llegaron con demasiada ventaja.

Se acurrucaron en la lonja del convento, y echándose los pañuelos muy sobre la cara, de manera que no se les pudiese distinguir las agraciadas facciones, se dispusieron a esperar el ansiado instante de la libertad de don Jaime del Rubí.

El reloj del Ayuntamiento y el sereno de la calle se pusieron de acuerdo, y casi al mismo tiempo los dos «cantaron» las once.

No se había esfumado en los imperios del eco la postrera campanada, cuando por la plaza de la Villa se vio avanzar resueltamente una sombra.

A buen andar y bien embozada, al parecer, se encaminó hacia donde esperaban las dos mujeres.

A la Campoarena le daba tan rudos y descompasados golpes el corazón que también parecía querer huir de su hermosa cárcel.

Cuando el que llegaba estuvo junto a las buenas mozas, saludó, llevándose la mano a la cabeza, a usanza militar, y ofreciendo el brazo a la marquesa, los tres se apartaron de aquellos sitios.

El hombre no habló palabra; las que se tenían per redentoras pensaban que era porque temiese que algún espía emboscado pudiera reconocerle por el eco de la voz y diera de nuevo con él en la prisión, y así de nada hicieron extrañeza, aunque a la verdad, les parecía que el silencio se iba prolongando demasiado.

Las mujeres observaron que Jaimito vestía uniforme de voluntario realista; desde luego, pensaron que era el disfraz comprado para facilitar la evasión, y tampoco hicieron reparo alguno, pues bien se les alcanzaba que toda industria era poca para escapar de las feroces dentelladas de Calomarde.

La misma ansia de retirarse cuanto antes de lo que bien podían llamar la zona de peligro y pasar inadvertidos entre los pocos transeúntes que a tal hora había por las calles los obligaba a caminar en silencio.

Así y todo, como al embocar en la «Plaza Mayor» advirtieran las mujeres que el camino que llevaban no era el mejor para que el mancebo les acompañase hasta la casa de su redentora, exclamó esta, tirando del brazo en que se apoyaba, con tanta firmeza que le hizo parar bruscamente:

—Pero ¿adónde vamos…?

Entonces, el fugitivo bajó el embozo de la capa y, destocándose la gorrilla cuartelera, exclamó con extremada galantería:

—Señorita, donde usted se sirva disponer; por lo pronto, creo que lo mejor será dejarla en su casa, pues supongo que no querrá hacerme el honor de seguir toda la noche colgada de mi brazo.

Las dos mujeres se quedaron como petrificadas ante aquel hombre que en nada se parecía al que ellas esperaban.

Pepilla, que era la más determinada, dio un fuerte tirón de su ama, poniéndose delante como para protegerla, pero el desconocido no hizo ademán alguno por el que tuvieran que alarmarse.

—¿Quién es usted…? —acertó a preguntar Rafaelita.

A lo que respondió el galán, acentuando la cortesía con un tono zumbón que al mismo tiempo era simpático:

—Luis Candelas, ladrón de oficio y por temperamento. Gracias a su buen corazón he podido *mudarme* de casa por cuarta vez. No piense usted que soy desagradecido. Aquí le entrego, sin faltar ni una sola carta, toda la correspondencia que ha sostenido con su novio y que este —no tengo inconveniente en declararlo para limpiarle de culpas que no ha cometido— no recibió.

Diciendo esto, puso en las aristocráticas manos de la asombrada Rafaelita, que no acertaba a explicarse aquella escena, un paquete de cartas, sujeto por una primorosa liga azul adornada con un broche de plata.

—Desde mañana —prosiguió el famoso amigo de lo ajeno contra la voluntad de su dueño— nos ocuparemos en serio, de verdad, como usted habrá oído decir que yo acostumbro a hacer las cosas, de su novio. Tengo ya casi maduro un «negocio» redondo, cosa de tres o cuatro días a lo sumo, que me permitirá emplear las onzas de usted en salvarle la vida; y créame, que le salvaremos… Por algo soy quien soy…

***

Candelas no consintió que las dos mujeres fuesen solas a tales horas de la noche.

Las acompañó hasta la misma mansión señorial, y aun tuvo el cínico capricho de pasar ante el mismo caserón en que estaba instalada la Superintendencia general de Policía.

Muy cortés besó la diestra de la gentil y desilusionada damisela, que no se atrevió a protestar de aquel abuso de confianza, y en cuanto se vio solo, encaminó sus pasos hacia la calle «Imperial», en cuya famosa taberna, que ha durado casi hasta nuestros días, le esperaba su gente…